

DOCUMENTOS DE TRABAJO IELAT

**Nº 32 – Noviembre
2011**

**Metodología estructural militar de la represión en la Argentina de la
dictadura (1973-1983)**



José Manuel Azcona



Metodología estructural militar de la represión en la Argentina de la dictadura (1973-1983)

José Manuel Azcona



Estos documentos de trabajo del IELAT están pensados para que tengan la mayor difusión posible y que, de esa forma, contribuyan al conocimiento y al intercambio de ideas. Se autoriza, por tanto, su reproducción, siempre que se cite la fuente y se realice sin ánimo de lucro. Los trabajos son responsabilidad de los autores y su contenido no representa necesariamente la opinión del IELAT. Están disponibles en la siguiente dirección: [Http://www.ielat.es](http://www.ielat.es)

Instituto de Estudios Latinoamericanos
Universidad de Alcalá
C/ Trinidad 1
Edificio Trinitarios
28801 Alcalá de Henares – Madrid
www.ielat.es
ielat@uah.es

Equipo de edición:
M^a. Cecilia Fuenmayor
Mercedes Martín Manzano
Eva Sanz Jara
Inmaculada Simón
Vanessa Ubeira Salim
Lorena Vásquez González
Guido Zack

Consultar normas de edición en el siguiente enlace:
<http://www.ielat.es/inicio/repositorio/Normas%20Working%20Paper.pdf>

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY
Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain
ISSN: 1989-8819

Consejo Editorial

UAH

Diego Azqueta
Concepción Carrasco
Isabel Garrido
Carlos Jiménez Piernas
Manuel Lucas Durán
Diego Luzón Peña
José Luis Machinea
Pedro Pérez Herrero
Daniel Sotelsek Salem

Unión Europea

Sergio Costa (Instituto de Estudios Latinoamericanos,
Universidad Libre de Berlín, Alemania)
Ana María Da Costa Toscano (Centro de Estudios
Latinoamericanos, Universidad Fernando
Pessoa, Porto, Portugal)
Georges Couffignal (Institute des Haute Etudes de
L'Amérique Latine, Paris, Francia)
Leigh Payne (Latin American Centre and Brazilian
Studies Programme, Oxford, Gran Bretaña)

América Latina y EEUU

Juan Ramón de la Fuente (Universidad Nacional
Autónoma de México, México)
Eduardo Cavieres (Pontificia Universidad Católica de
Valparaíso, Chile)
Eli Diniz (Universidad Federal de Río de Janeiro,
Brasil)
Carlos Marichal (El Colegio de México, México)
Armando Martínez Garnica (Universidad Industrial
de Santander, Bucaramanga, Colombia)
Marcos Neder (Trench, Rossi e Watanabe Advogados
Sao Paulo, Brasil)
Peter Smith (Universidad de California, San Diego,
EEUU)
Francisco Cueto (Facultad Latinoamericana de
Ciencias Sociales –FLACSO–, República
Dominicana)

Metodología estructural militar de la represión en la Argentina de la dictadura (1973-1983)

José Manuel Azcona *

Director de Actividades de Proyección Social
Universidad Rey Juan Carlos

Resumen

Se trata de un trabajo de investigación sustentado en entrevistas a 292 ciudadanos argentinos y otros tantos españoles que vivieron la represión argentina de carácter dictatorial entre 1976 y 1983, en un caso, y que la conocieron por los medios de comunicación en España, en el otro. Asimismo se sustenta esta investigación en fuentes primarias, bibliografía especializada y entrevistas a historiadores y asesores en derechos humanos de ambos continentes. Se trata sobre los elementos que causaron el golpe de Estado de marzo de 1976 y el clima de tensión que se vivía en el país austral bajo el gobierno de Isabel Martínez de Perón.

Se ve la acción de grupos paramilitares y también de la guerrilla de Montoneros. Poco después se estudia el propio golpe de Estado y la organización de la represión institucional desde la cúspide del poder, narrándose con detalle la estructura de la represión, luego viene la guerra sucia con testimonios concretos, la Operación Cóndor que implicó a todo el Cono Sur, la desaparición de personas contrarias a poderes dictatoriales y de sable. Se detallan los macabros procedimientos de desaparición y sus secuelas. Se trabaja la Escuela Francesa y su influencia en esta red de violencia de Estado y se termina el documento con el secuestro de ideas y la represión intelectual de toda la sociedad argentina.

Palabras clave:

Argentina, Violencia política, terrorismo, terrorismo de Estado, Operación Cóndor, Escuela militar francesa, desaparecidos, secuestro de ideas.

Abstract

This is a research work based on 292 interviews to Argentinian citizens who lived the Argentinian dictatorial repression between 1976 and 1983 on the spot, and to the same figure of Spaniards who knew it through the media in Spain. In the same way this research is held on primary sources, specialised bibliography and interviews to historians and human rights advisors from both continents. It deals with the reasons

* José Manuel Azcona es Profesor Titular de Historia Contemporánea de la Universidad Rey Juan Carlos. Dirige el Grupo de Investigación GIB-Presdeia que estudia la presencia española y el desarrollo socioeconómico en Iberoamérica dentro de la Cátedra Iberoamérica Santander/URJC, de la que es responsable. Su línea de investigación principal es emigración española hacia Iberoamérica en la Edad Contemporánea y también estudia la violencia política de Estado y el terrorismo en América Latina. Entre sus más de cuarenta publicaciones destacaríamos Basque emigration to Latin America, s.XVI-XX, Nevada ,Universidad de Nevada-Reno, 2004; Violencia política y terrorismo de Estado en Argentina, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010; Las dimensiones de la presencia española en Brasil, Madrid, Editorial Universitas 2010 y Emigración , actividad empresarial y cooperación al desarrollo en República Dominicana, Madrid, Editorial Universitas, 2011. En estos dos últimos casos es el director de ambas publicaciones que recogen los trabajos de la Cátedra que dirige.

why the coup d'état happened in March 1976, and the atmosphere of tension in the austral country under the government of Isabel Martínez de Perón.

One can see the action of the paramilitary groups and also of the Montonero's guerrilla. After that there is a study of the coup d'état itself and how the institutional repression organised from the top, narrating with great detail the repression structure, and after that the dirty war with specific testimonies, the Condor Operation which involved all the South Cone in the disappearance of people against the dictatorial powers and sable. It can be found with great detail the macabre procedures of disappearances and its after-effects. There is a deep work on the French schools and its influence on this violent State network, and the document is finished with the hostage-taking and the intellectual repression of the whole Argentinian society

Keywords:

Argentina, Political violence, terrorism, State terrorism, Condor Operation, French military school, disappeared, hostage-taking

La gestación del drama

Antes del golpe de Estado de 1976 ninguna organización guerrillera había conseguido una amplia base popular pues los Montoneros tuvieron poco éxito intentando entrar en los sindicatos. En 1975, una de sus organizaciones afines, el Partido Auténtico, se unió a los peronistas para obtener el triunfo electoral en Misiones pero sólo obtuvo el 9% de los votos. Al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) no le fue mejor y en diciembre de 1975 sus seguidores en Tucumán fueron abatidos por el ejército en la guarnición de Monte Chingolo. Su fuerza estaba más en las acciones terroristas directas y Montoneros, ERP y otras organizaciones de filiación marxista habían ejecutado (antes de 1976) a unas cuatrocientas personas de contraria ideología o sustentadoras del Estado argentino. Por el contrario, los militares golpistas acabarían asesinando a casi nueve mil ciudadanos, según unas fuentes, y a treinta mil según otras, la inmensa mayoría de los cuales nunca había participado en estas organizaciones guerrilleras y terroristas.

El 12 de octubre de 1973 el fundador del Partido Justicialista, Juan Domingo Perón, formación política de reminiscencias fascistas que terminaría generando dos sectores antagónicos, uno conservador, la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) y otro de tintes marxistas-leninistas (Montoneros), asumía por tercera vez la presidencia de la nación y que duró hasta su muerte el 29 de junio de 1974. El 1 de julio de este año, su esposa María Estela Martínez de Perón llegó a la presidencia. El entonces teniente general Videla fue nombrado comandante en jefe del ejército por la presidenta María Estela Martínez de Perón en 1974. Videla sustituyó a Martínez de Perón por una junta militar, formada por él mismo, en representación del ejército, el almirante Emilio Eduardo Massera por la Armada y el brigadier general Orlando Ramón Agosti por la fuerza aérea, dando inicio al autodenominado *Proceso de Reorganización Nacional* el 24 de marzo de 1976. Muchos de los miembros de las altas esferas militares argentinas recibieron entrenamiento en la famosa Escuela de las Américas (actualmente denominada Instituto de Cooperación para la Seguridad Hemisférica), ubicada en Panamá hasta 1984, financiada y dirigida por Estados Unidos. El golpe militar formó parte de un plan mayor para toda Latinoamérica en el cual se presume que participó la CIA y las autoridades americanas. El 29 de marzo asumió la Presidencia de la Nación Jorge Rafael Videla tras el golpe de Estado del 24 de dicho mes, que ocuparía hasta ser reemplazado por Roberto Eduardo Viola en 1981, al cumplir el periodo presidencial estipulado por la junta militar de cinco años. En total, la dictadura iba a durar ocho años (1976-1983).

La junta llegó al poder en un contexto de violento enfrentamiento entre las facciones izquierda y derecha del movimiento peronista; en creciente tensión desde la década de 1960, y que se había agravado durante el tercer mandato de Juan Domingo Perón y exacerbado a su muerte. Continuando el *Operativo Independencia* que la viuda de Perón había ordenado, la junta llevó a cabo una guerra sucia contra la oposición de izquierdas. Con el apoyo inicial del gobierno estadounidense -cuyo secretario de

estado, Henry Kissinger, avaló expresamente el recurso a medios violentos para erradicar la “amenaza del comunismo”-, el gobierno secuestró, torturó y asesinó a numerosos disidentes y sospechosos políticos de toda índole, incluyendo a médicos y abogados que ofrecieron apoyo profesional a los perseguidos, y estableció centros clandestinos de detención para llevar a cabo estas tareas. Los que eran trasladados a estos lugares, a partir de ahí, se pasaban a llamar “desaparecidos”, y gran cantidad de ellos fueron enterrados en fosas comunes. Los autores e ideólogos del golpe de Estado emplearon este nombre para la fractura del orden jurídico y la dictadura surgida de ella como justificación, argumentando que el modelo democrático era insuficiente y que se requería de la fuerza para restablecer la paz en la nación.

Los historiadores de la Universidad de Valladolid, Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Á. Pérez Sánchez, llaman la atención sobre la importancia del contexto internacional en el que se desarrollaron estos acontecimientos:

“La Doctrina Truman de Contención del Comunismo estaba plenamente vigente y por tanto los militares golpistas tenían la convicción de que su intervención contaría con el apoyo de la potencia norteamericana. La ruptura entre Estados Unidos y la Unión Soviética, después de 1945, no sólo había influido decisivamente en la división del continente europeo, enfrentado política, ideológica y económicamente, sino que se había extendido al resto del mundo. En este marco cobraba sentido tanto el golpe militar argentino como el surgimiento de otras dictaduras igual o más sanguinarias apoyadas desde el Kremlin.”¹

Se inicia, pues, la dictadura en Argentina con un credo neoliberal en lo económico y con la supuesta intención de terminar con la actividad de las organizaciones guerrilleras. Esta excusa, en realidad, sirvió para reprimir de manera sistemática toda forma de protesta social, a través de un régimen de terrorismo de Estado. Entre sus primeros actos se contaron el establecimiento de la pena de muerte a los acusados de subversión, la suspensión de las libertades ciudadanas, la disolución del Congreso, la remoción de los miembros de la Corte Suprema de Justicia, la intervención de los sindicatos obreros y las universidades, la anulación de la actividad de los partidos políticos y la censura de los medios de comunicación.

En opinión del historiador Félix Luna², los cambios que se produjeron en la sociedad argentina durante el gobierno de Isabel Perón fueron determinantes en el agotamiento del régimen democrático inaugurado en 1973, y su derrota por el golpe militar. A comienzos de 1975 se produjo un agravamiento de la situación económica, causada por la suspensión en el Mercado Común Europeo de las compras de carnes argentinas, que llevó a la devaluación del peso, la caída de los salarios reales y el aumento de reclamaciones sindicales. Esto ocasionó la renuncia del ministro de economía, Alfredo Gómez Morales, y la designación en su reemplazo de Celestino Rodrigo, a quien se le encargó instrumentar un plan económico. Las medidas,

¹ Entrevista realizada a los profesores Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo A. Pérez Sánchez, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, el 30 de mayo de 2008.

² Luna, Félix, *Perón y su tiempo, tiempo, III, El régimen exhausto, 1953-1955*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1986.

anunciadas el 4 de junio de 1975, incluyeron una devaluación superior al 100%, el aumento de los precios del combustible del 175%, de las tarifas eléctricas el 75%, y de otros servicios públicos. Entonces se volvió necesario someter a los dirigentes sindicales más contestatarios y designar una cúpula sindical dócil. Las medidas económicas impulsadas fueron un duro golpe a los salarios reales de los trabajadores e hicieron caer en el desprestigio a sindicalistas, otrora combativos, que tuvieron una actitud dubitativa. La consecuencia de esto fue el nombramiento de hombres afines del gobierno. Fueron desplazados dirigentes como Agustín Tosco, del gremio metalúrgico, René Salamanca, del de los mecánicos y Raimundo Ongaro, líder de la industria gráfica. Las medidas tomadas por el nuevo ministro, conocidas como “El Rodrigazo”, generaron muchas protestas obreras ya que el ministro Rodrigo se negaba a dar aumentos salariales superiores al 38%.³

Para imponer su política económica y frenar las protestas, un sector del gobierno se dedicó a perseguir a intelectuales, artistas y activistas sindicales considerados de izquierda. Esta persecución ilegal fue llevada a cabo por elementos clandestinos organizados en la Alianza Anticomunista Argentina (AAA) dirigidos desde el ministerio de Bienestar Social a cargo de la principal figura del peronismo, el “Brujo” José López Rega. La CGT (Confederación General de Trabajadores) suspendió las negociaciones paritarias el 5 de junio. Desde entonces, la CGT se vio obligada a llevar adelante un plan de lucha con huelgas generales, movilizaciones y apoyo a subidas salariales que desestabilizó al gobierno y precipitó la caída del ministro López Rega, quien fue destituido el 11 de julio para luego abandonar precipitadamente el país. Rodrigo fue reemplazado en economía por Antonio Cafiero, el 14 de agosto de 1975, quien tampoco consiguió un plan económico que permitiera mejorar la situación de las empresas del país, ya que los trabajadores no estaban dispuestos a hacer sacrificios. En 1975, el coste de vida aumentó 334,8%, tal y como se anunció el 5 de enero del siguiente año. Las cúpulas empresariales presionaron y exigieron cambios al gobierno. Los grupos de ultraizquierda profundizaron sus acciones armadas, que aumentaron la confusión política dando al gobierno la posibilidad de intensificar la represión indiscriminada. María Estela Martínez de Perón abandonó temporalmente el poder por razones de salud desde el 13 de septiembre hasta el 6 de noviembre de 1975. Durante el periodo, Ítalo A. Luder asumió el cargo de presidente provisional del Senado. El nuevo mandatario reemplazó al ministro del Interior, Vicente Damasco por Ángel F. Robledo, y procuró ganar el apoyo de las fuerzas armadas. Para ello envió al Congreso el proyecto de creación del Consejo de Defensa Nacional y de Seguridad Interior que entregaba a los militares la responsabilidad total de la lucha contra la subversión armada. Durante los meses siguientes se incrementaron la inflación, el desempleo y las huelgas. Entre los trabajadores se intensificaba la organización de sus luchas y algunos de sus líderes comenzaron a proponer la toma u ocupación de los lugares de trabajo. La represión ilegal, que se había ensañado contra los dirigentes sindicales, se tornó ineficaz. Este curso de los acontecimientos asustó a muchos empresarios que, viendo al gobierno debilitado, atado por los mecanismos parlamentarios y las necesidades electorales, se inclinaron a favor de un golpe militar. Los hombres con más sensibilidad

³ A pesar de lo elevado de esta cifra, téngase en cuenta que la inflación estaba disparada al igual que el coste cotidiano de la vida.

política, también percibieron que los acontecimientos empezaban a favorecer el crecimiento de organizaciones políticas izquierdistas, mientras se debilitaba la influencia de los partidos tradicionales. El 7 de febrero, la UCR (Unión Cívica Radical), de tendencia socialdemócrata, advirtió sobre la inminencia de un golpe de Estado.

Como señalan Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Á. Pérez Sánchez:

“la proliferación de grupos revolucionarios con hondo calado entre sectores importantes de la juventud demostraba la incapacidad de las instituciones estatales para corregir los defectos más evidentes de una sociedad muy compartimentada en niveles sociales extremadamente diferenciados. El desprecio por la democracia liberal alimentado por estos grupos para quienes la degradación del sistema había conducido a una profunda crisis social se unió a quienes, desde la otra orilla política, demandaban más orden y seguridad. Actitudes de este tipo contribuyeron a generar una situación insostenible que finalmente favoreció el golpe militar.”⁴

Los más amplios sectores populares pasaron de una actitud de oposición a los militares, que caracterizó la mentalidad de los años sesenta, a un rechazo al gobierno constitucional y a una disminución de su participación política, asustados y confundidos por el accionar de la guerrilla. La política vacilante de la CGT, entre el gobierno peronista y el apoyo a las luchas de los trabajadores, había ido debilitando la idea, en la clase media, de que esas luchas pudieran dar solución y traer orden. Los cambios de rumbo del gobierno de Isabel, las acusaciones de corrupción que se le hicieron, las devaluaciones de la moneda y el crecimiento de los precios, fueron ganando entre las clases medias la necesidad de que hubiera un gobierno fuerte que pusiera las cosas en orden. El golpe se empezó a preparar el 12 de diciembre de 1975, cuando el brigadier Orlando Capellini hizo el primer pronunciamiento fallido. El intento fracasó porque todavía no se habían terminado de consolidar las jefaturas de las fuerzas armadas detrás del mismo objetivo. Pero su acción mostró que, entre los altos oficiales, las condiciones estaban maduras. Las incógnitas que despertaba entre las cúpulas militares acerca de cuál sería la reacción social fueron despejadas cuando los estratos medios de la sociedad reflejaron que no se opondrían a un golpe. Así fue interpretada, al menos, la indiferencia o simpatía que despertó el alzamiento de Capellini. Mientras tanto, la prensa siguió insistiendo en que era necesario poner orden, que había que atajar la corrupción y facilitar el advenimiento de un gobierno menos incapaz que el de “Isabelita”, nombre que recibía la presidenta.

La Unión Cívica Radical no estuvo dispuesta a preparar a la población para que se defendiera. El jefe del partido radical, Ricardo Balbín, fue claro cuando respondió “no tengo soluciones” al reclamársele una alternativa frente al golpe. Durante los primeros dos meses de 1976, estas características se acentuaron y prepararon el escenario del golpe militar. En el Congreso se multiplicaron las peticiones de renuncia de la presidenta como forma de solución de la crisis, durante el 9 de febrero. El 18 de aquel mes María Estela Martínez de Perón informó que no dimitiría y el 20 de febrero se convocaron elecciones presidenciales para el 12 de diciembre. La suerte estaba

⁴ Entrevista realizada a los profesores Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo A. Pérez Sánchez, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, el 30 de mayo de 2008.

echada. El golpe fue preparado con anticipación por las fuerzas armadas. Dos días antes del 24 de marzo, por ejemplo, ya se realizaban movimientos militares con la excusa de combatir la subversión ocupándose lugares estratégicos. Así vio la situación el profesor de la Universidad Rey Juan Carlos, Pablo Francescutti, que entonces tenía 15 años:

“Lo que había era una sensación de descontrol y amargura y que los peronistas estaban matándose los unos a los otros, y que entre los tiros cruzados moría gente inocente... El partido gobernante había entrado en guerra civil entre ellos y contra los militares (al menos un sector de ellos) y eso se traducía en una crisis política muy fuerte, con sentimiento de debilidad, de anarquía creciente, cosa que se agudizaba por el desabastecimiento que se empezó a dar, pues faltaban productos de primera necesidad, y la inflación comenzó a dispararse, con lo cual parecía que el país se iba a pique... La Argentina otra vez había iniciado un ciclo de caída en el vacío y el último año de Isabel el país iba en caída libre. Los atentados eran ruidosos, sin duda, pero se incluían en esta dinámica. Así, la Triple A era el gobierno, estaba claro, eran peronistas de ultraderecha que estaban matando a peronistas de extrema izquierda y no sólo a éstos, sino también estaban matando a progresistas, artistas, intelectuales, pero la gente lo que veía era que había una estrategia de tensión, estrategia [hoy lo veo claro, con el paso del tiempo] que estaba fomentada por los militares. Además, la clase media, en 1975, había roto con el gobierno peronista y en la prensa se pedía mano dura, incluso en la prensa progresista. Había que poner orden... El golpe de Estado en sí mismo no generó mucha presencia militar en las calles pues la sociedad ya estaba en un proceso de militarización. Había tanques en la calle, de hecho yo vivía [en Rosario] al lado del cuartel y los tanques pasaban al lado de la puerta, temblaba todo cuando pasaban por los adoquines. Iban de patrulla, no pasó nada, no hubo ningún enfrentamiento, además, en Argentina, habían habido otros golpes militares y los uniformados intervienen cuando las brevas están maduras, cuando el estamento gubernativo civil no da más de sí. Con la excepción del golpe de 1955, donde sí hubo resistencia popular... Pero en el resto de las ocasiones, ellos pulsan la opinión de la gente hasta que llaman a las puertas de los cuarteles para pedir su intervención. Claro que hay que ver quiénes son los que llaman. El 24 de diciembre de 1975 los militares le dieron un ultimátum de tres meses a “Isabelita”, con lo cual empezó la cuenta atrás para todo el mundo. Y el 24 de marzo tuvo lugar el golpe de Estado. Así que los uniformados cumplieron plazos”⁵

En esta misma línea interpretativa debemos ubicar el testimonio del abogado argentino Nicolás Sisinni, que trabajó en Presidencia de la Nación, Buenos Aires, como colaborador de Carlos Nino (asesor presidencial) y en el ministerio del interior, en la subsecretaría de Derechos Humanos y en la Comisión Nacional de Desaparición de Personas y que colaboró, también, con el fiscal Strassera y su adjunto Luis Moreno

⁵ Entrevista realizada a Pablo Francescutti, en la Universidad Rey Juan Carlos, Campus de Fuenlabrada-Madrid, el 10 de octubre de 2007.

Ocampo. En efecto, Sisinni⁶ sustenta que la situación anterior a 1976 era insostenible desde el punto de vista institucional. Se precisaba un remedio urgente, adecuado, que pusiera fin a una situación de caos gubernativo. Y eso que la mayoría de los ciudadanos no estaba en política, aunque en el caos no hay proyecto que valga, sustenta Sisinni. Quien, por cierto, tampoco preveía en aquellos tiempos la inminencia del golpe de Estado, aunque el recuerdo que tiene del momento es el comunicado oficial que emitió la primera junta militar. Asimismo, incide en que no hubo resistencia social al asalto al poder de los uniformados, y que la opinión general de los medios de comunicación tampoco era muy distante de la línea oficial gubernativa, más bien próxima o igual. Nicolás Sisinni vivió estos acontecimientos desde Mones-Cazón, en la provincia de Buenos Aires, y en principio sostiene que no sintió miedo, aunque la sensación de pavor llegó -según narra- un año, o año y medio después del golpe de Estado. “Yo me enteré de los desaparecidos -dice- por las Madres de Plaza de Mayo”⁷.

Los militares consideraban que el país había tomado un rumbo equivocado al realizar una industrialización no moderna que había traído consigo un perturbador movimiento obrero capaz de destruir las propias estructuras del Estado. Por ello, las fuerzas armadas se convertían en la única institución capaz de garantizar el destino de la nación argentina, según su propia expresión. Sin un programa político determinado pedían los golpistas:

- Restitución del orden social, del ámbito público.
- Reorganización de las instituciones.
- Mantener la seguridad nacional.
- Recuperar la “dignidad de ser argentino”.
- Erradicación de la subversión comunista para integrar al país en el “mundo occidental y cristiano”.

Todo ello al amparo de un proyecto de despolitización de la sociedad austral en su conjunto, con el fin manifiesto de crear un nuevo cuerpo de mentalidad que permitiera la fácil inserción de los cinco puntos antes citados, o lo que es lo mismo, que llevase al país a la instauración de una dictadura corporativa. Dictadura que, en principio, iba a contar con el respaldo de una parte considerable del cuerpo social de la nación, especialmente entre los ámbitos financieros y comerciales y dentro del electorado de tradición conservadora común. He aquí un testimonio de primera mano:

“Si hay algo que siempre recuerdo es esa extraña sensación de enfática normalidad que empieza el 24 de marzo de 1976 pero que, como en una película de terror, lo que esconde es un subsuelo donde están todos los monstruos actuando. Aparentemente el país parecía un cuento feliz. La Argentina, después de un periodo de caos, volvía a recuperar la paz, se trabajaba, se acabaron las huelgas, los militares tuvieron el tino de mantener la política de empleo masivo, lo cual les garantizó una paz social que contribuyó a esa normalidad, pero además los militares se abstuvieron de tocar muchas de las conquistas sociales

⁶ Entrevista a Nicolás Sisinni, realizada en Madrid, el 22 de enero de 2008.

⁷ Idem

conseguidas, y hubo de esperar a que Menem las quitase, pues ni la dictadura militar lo hizo, aunque se quitaron algunas conquistas clásicas como las de expresión o reunión y en la universidad se estableció un régimen vertical y se terminó toda la democracia interna. En la universidad sí se notó un clima de terror y echaron a muchos profesores y aquí hubo muchos desaparecidos, entre docentes y estudiantes.”⁸

En este esquema aquí trazado, la lucha contra la subversión pasaba a ocupar un destacado posicionamiento. Claro que más allá de la persecución de los militantes marxistas, el dictador Jorge Rafael Videla tenía esta concepción de la subversión: “Subversión es también la pelea entre hijos y padres, entre padres y abuelos. No es solamente matar militares. Es también todo tipo de enfrentamiento social.”⁹

En muchos sentidos, podemos considerar que la junta militar, a partir de 1976, no hace sino prolongar los métodos ya utilizados por la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) con el apoyo del aparato político del Estado y del Servicio de Información del Estado (SIDE) en tiempos de Isabel Perón. A partir de 1976 aparecen los llamados “grupos de tareas”, una mezcla heterogénea de civiles, policías y militares que eran los encargados de poner en marcha toda la maquinaria de desapariciones, y de robar - falsificando títulos de propiedad- a los asesinados sus bienes para repartírselos y pagar (con su venta) tales operaciones. Asimismo, a medida que pasó el tiempo, la facción Videla-Viola adquirió el predominio en la junta, y las luchas de poder en el seno del gobierno permitieron explotar la creciente oposición militar al plan de enajenar las corporaciones estatales. Desde el golpe, muchas corporaciones del Estado habían caído en manos de administradores militares, quienes ahora, desde sus posiciones de poder bien remuneradas, se oponían firmemente a la privatización. Tal y como afirma David Rock¹⁰, el recurso a las inversiones extranjeras bajo el régimen militar siguió a la legislación de marzo de 1977, que establecía nuevos beneficios fiscales y condiciones favorables para la repatriación de beneficios, incluso la supresión de todas las restricciones sobre la convertibilidad. Las inversiones extranjeras también fueron facilitadas por nuevas regulaciones bancarias liberales y elevados tipos de interés internos. Los cambios en las leyes bancarias, también a inicios de 1977, llevaron a la rápida proliferación de nuevas instituciones mercantiles llamadas “casas financieras”. Los elevados tipos de interés internos estimularon a las nuevas corporaciones financieras y a los bancos tradicionales a una enérgica búsqueda de fondos en el exterior, y pronto se convirtieron en uno de los principales medios del gobierno para atraer inversiones extranjeras. En 1978, después de una acentuada caída de los tipos de interés internacionales, también hubo disponibilidad de inversiones foráneas en términos relativamente cómodos. La creciente afluencia de dinero financió los proyectos de exploración de petróleo y gas, la hidroelectricidad y los planes nucleares, exactamente el tipo de proyectos que, esperaba el ministro de economía Martínez de Hoz, eventualmente impulsarían la industria nacional. Para acelerar aún más el proceso, en enero de 1979 eliminó la condición que exigía a los bancos y entidades financieras de mantener en reserva un margen del veinte por cien de sus fondos del

⁸ Entrevista a Pablo Francescutti, 10 de octubre de 2007.

⁹ Entrevista, Revista *Gente*, nº 560, abril de 1976.

¹⁰ Rock, David, *Argentina, 1516-1988*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 458-459

exterior. Arguyendo que los cambios importantes en la paridad originaban tasas aún mayores de inflación, también instituyó las “devaluaciones escalonadas”, las cuales hacían que la tasa de depreciación del peso fuera sustancialmente inferior al aumento de los precios internos.

Las medidas económicas de principio de 1979 complementaban las establecidas en 1977 para estimular las inversiones extranjeras¹¹. Los inversores ahora podían comprar pesos e invertir en bancos y entidades financieras locales; cuando se retiraban del mercado, reconvirtiendo sus pesos, sus ganancias reflejaban la elevada tasa interna prevaleciente menos la tasa de depreciación del peso, sustancialmente menor. En 1979 las ganancias sobre tales inversiones subieron hasta el sesenta por cien, y este esquema adquirió un impulso autosostenido: cuanto más rápida era la afluencia de inversiones extranjeras, tanto más elevadas eran las ganancias sobre ellas, puesto que las nuevas inversiones contribuían a hacer más lenta la depreciación del peso, mientras mantenían una presión inflacionista sobre la economía. Tales oportunidades de beneficio atrajeron grandes fondos hacia la Argentina dictatorial, no sólo de extranjeros, sino también de inversores privados internos que habitualmente tenían sus ahorros en el exterior, normalmente en dólares y en bancos de Miami o europeos. Un peso cada vez más sobrevalorado, unido a aranceles en descenso, también abarataba las importaciones, lo que ocasionaba una creciente entrada de artículos de consumo de lujo y abundantes compras por corporaciones del Estado. A fines de 1979 las importaciones estaban creciendo tres veces más rápidamente que las exportaciones.

A inicios de 1980 el país parecía haber sufrido un espectacular cambio. Vencidas las guerrillas, la represión discernible había desaparecido: las tropas habían retornado a los cuarteles y las cuadrillas policiales encubiertas, agentes de las desapariciones, ya no estaban activas. Aunque los salarios y los beneficios de los industriales eran muy bajos, la prensa se hallaba amordazada y los sindicatos acobardados, gran parte de la población encontraba solaz en la especulación y la compra de productos importados baratos. Pero el paso de la tormenta era sólo aparente; en verdad, el país estaba en el ojo del huracán, ideado por Martínez de Hoz. Un peso sobrevalorado inyectaba inversiones extranjeras pero rápidamente trastornó el comercio exterior, y en la primera mitad de 1980 el déficit comercial llegó a los quinientos millones de dólares. Para controlar el déficit se necesitaba una drástica devaluación, que inmediatamente eliminaría las elevadas ganancias de los inversores extranjeros. Martínez de Hoz sabía que, con toda probabilidad, la devaluación, y hasta el rumor de la devaluación, provocaría retiradas masivas de inversores extranjeros que causarían el colapso de las reservas y el peso, llevando la economía a otra profunda depresión¹². El Plan Económico del *Proceso de Reorganización Nacional* fue diseñado básicamente por el empresario José Alfredo Martínez de Hoz, quien se desempeñó como ministro de

¹¹ Saborido, Jorge, “Crisis y dilema en la economía argentina”, en Saborido, Jorge (coord.), “Historia reciente de la Argentina (1975-2007)”, *Ayer*, nº 73, Madrid, 2009.

¹² Véase Prados de la Escosura, L. y Saz-Villaroya, I. *Institutional instability and growth in Argentina: a long-run view*. Working Paper 04-67, December 2004. Departamento de Historia Económica e Instituciones, Universidad Carlos III de Madrid.

Economía hasta el 29 de marzo de 1981¹³. El Plan Económico fue presentado el 2 de abril de 1976, y tenía como objetivo explícito detener la inflación y estimular la inversión extranjera. Se inició una reducción arancelaria que llegó a su máximo nivel en 1978, con la finalidad expresa de incrementar la competitividad de la economía argentina y promover sus ventajas naturales. El resultado fue un proceso de importaciones masivas y un efecto desastroso sobre la industria. Grandes empresas industriales cerraron sus plantas: General Motors, Peugeot, Citroen y Chrysler, Siam, Decca (Deutz-La Cantábrica), la planta de vehículos utilitarios de Fabricaciones Militares, Aceros Ohler, Tamet, Cura, Olivetti, y otras tantas fábricas medianas y pequeñas. Para 1980 la producción industrial había reducido un 10% su aporte al PIB, y en algunas ramas, como la hasta entonces extendida industria textil, la caída superó el 15%.

Apoyado en una política laboral que produjo una profunda reforma de las leyes del trabajo, la prohibición de las huelgas, la intervención militar de los sindicatos, y la política represiva, Martínez de Hoz decretó el congelamiento de salarios y contuvo el descontento general, ante una caída del nivel de vida de la población sin precedentes. El sueldo real, sobre una base 100 en 1970, había subido a 124 en 1975. En 1976, en un sólo año, cae bruscamente a 79, el nivel más bajo desde los años treinta. Nunca más volverá a recuperarse. Adicionalmente la pobreza, que desde los años cuarenta se ubicó siempre debajo del 10%, y que era del 5,8% en 1974, subió al 12,8% en 1980 y al 37,4% en 1982. Con el objetivo de controlar la demanda de divisas y mantener su propia política cambiaria, Martínez de Hoz impulsó, a fines de 1978, un sistema de devaluación programada, apodado popularmente como *la tablita*. Junto con la Ley 21.526, de entidades financieras, promulgada en junio del año anterior, el nuevo modelo de paridad cambiaria promovería la especulación financiera desmedida. La medida se tomó para intentar compensar las pérdidas ocasionadas a los ahorradores por la diferencia entre la tasa de interés obtenida por los depósitos a plazo fijo y la inflación; para proteger a las entidades financieras, el Estado se hizo responsable del sostenimiento de los depósitos. El coste de estas medidas, que ocasionaron el cierre de más de veinticinco entidades crediticias, cuyos pasivos debió asumir el Estado, fue enorme; también lo fue para los consumidores, que debieron hacer frente a un mercado de crédito liberalizado, cuyas tasas aumentaron a la vez que las pagadas por los depósitos. Los créditos hipotecarios alcanzaron un interés del 100% anual, que resultó impagable para numerosos deudores, y condujo a una gran parte de la población a perder la propiedad de sus viviendas.

El resultado combinado de las políticas económicas locales y la situación financiera internacional de abundantes capitales buscando plazas de inversión, impulsó un nivel de endeudamiento récord. La deuda externa pasó de 7.000 millones de dólares, al iniciarse el Proceso, a 66.000 millones al 10 de diciembre de 1983, lo que constituyó esencialmente una operación delictiva ejecutada por empresas nacionales y

¹³ José Martínez de Hoz llegó a afirmar en Nueva York, en 1980: “La gente nunca tuvo más plata que ahora”. Por su parte, Christian Zimmermann, vicepresidente del Banco Central, y también en 1980, sostuvo que la inflación estaba muerta, cfr. David Rock, *Argentina, 1516-1988*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, p.32.

extranjeras, por los propios militares y por los agentes económicos asociados, según se comprobó en el importante fallo de la justicia argentina del 13 de julio de 2000.

Con posterioridad a la renuncia de Martínez de Hoz se sucedieron como ministros de Economía: Lorenzo Sigaut (marzo a diciembre de 1981); Roberto Alemann (diciembre de 1981 a junio de 1982); Dagnino Pastore (julio a agosto de 1982); Jorge Wehbe (agosto de 1982 a diciembre de 1983). Estos políticos asumieron como logros insignes de la dictadura los siguientes hitos que a nosotros no nos parecen nada espectaculares: inauguración de un tramo del ferrocarril Zárate-Brazo Largo; declaración de nulidad del laudo arbitral británico sobre el Beagle; firma del Acta de Montevideo con Chile: se solicita la mediación papal en la disputa del Canal de Beagle; nueva ley de asociaciones profesionales; inauguración del complejo hidroeléctrico de Futaleufú; inauguración de las transmisiones de Argentina Televisora Color; censo nacional de población y vivienda; inauguración de las autopistas 25 de mayo y Perito Moreno. El testimonio cualificado del profesor Francescutti resulta significativo sobre el ámbito económico de Argentina bajo la política de Martínez de Hoz:

Los militares liberalizaron las importaciones, tras una etapa de autarquía, y entraron los equipos de alta fidelidad..., entraron los televisores a color, para los jóvenes de clase media entraron las motos Kawasaki y Honda, pues nosotros estábamos con la vespa todavía... Pasamos a una modernización del consumo como nunca se había visto antes... El modelo de vestimenta juvenil era un adolescente con chaleco de pluma de ganso y una Kawasaki de 650, se llamaba la juventud "cheta" y a sus miembros los jóvenes chetos, que es el equivalente en España a los pijos. Era un modelo dominante de juventud consumista, y eran muchos los que seguían este estereotipo, sobre todo los chicos de la clase media, porque el nivel de vida no bajó en las clases medias. De hecho, lo que se llamó la "plata dulce", el hecho de equiparar un peso a un dólar, generó mayor consumo, aunque el poder adquisitivo de los salarios fuese menor. Y como entraron montones de productos antes inaccesibles, yo creo que esta fue una política de Martínez de Hoz de endulzar a la clase media con el hiperconsumismo, como pasó en Chile también.¹⁴

En otro orden de cosas, hemos de decir que durante el gobierno militar, el conflicto limítrofe entre Argentina y Chile acerca de la soberanía sobre tres islas en el Canal de Beagle (islas Picton, Lennox y Nueva) estaba pendiente de resolución y sometido al arbitrio de la Corona Británica. En 1977 se dictó resolución desfavorable a la Argentina, lo que provocó una reacción inmediata del gobierno militar. La guerra pareció inminente en el año 1978, y la tensión no disminuyó hasta la intervención de la Santa Sede; el Papa Juan Pablo II abrió un nuevo ámbito de mediación, nombrando como representante personal al cardenal Antonio Samoré, lo que permitió la desmovilización de las tropas. El conflicto no se resolvería hasta la firma del Tratado de Paz y Amistad de 1984, y del que luego hablaremos.

¹⁴ Entrevista a Pablo Francescutti, 10 de octubre de 2007.

El campeonato mundial de fútbol de 1978 fue el escenario para que el triunfo de la selección argentina permitiera que Videla recibiera la aclamación de la multitud congregada en el estadio de River Plate, al entregar la copa al equipo nacional. Según la opinión de Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Á. Pérez Sánchez,

“la junta militar actuó de manera muy hábil al capitalizar un acontecimiento deportivo de esta envergadura. En un país como Argentina, donde la afición al fútbol está muy extendida, la victoria de la selección nacional quiso verse como la legitimación del poder establecido. La utilización de los espectáculos de masas por los poderes autoritarios y totalitarios ha sido una constante a lo largo del siglo XX. Sin duda, el ejemplo de la celebración de los Juegos Olímpicos en el Berlín del III Reich y las olimpiadas populares auspiciadas por la Komintern hayan servido de referencia simbólica para las dictaduras de todo signo.”¹⁵

Sin embargo, esto no evitó que entre el 6 y el 20 de septiembre de 1979, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos visitara el país, donde recibió denuncias de los afectados por las desapariciones y otros abusos y se entrevistó con miembros del gobierno y de la oposición. En 1980, el dirigente de la organización Servicio Paz y Justicia (SERPA), Adolfo Pérez Esquivel, recibió el Premio Nobel de la Paz, exponiendo aún más al mundo las violaciones a los Derechos Humanos en Argentina. Las autoridades militares se enfrentaron a un desafío mayor al tratar de recomponer su imagen pública en el exterior. Diversos grupos de opositores exiliados y algunos gobiernos denunciaron reiteradamente la situación de los Derechos Humanos en el país austral. El ejecutivo castrense contraatacó con el lema “Los argentinos somos derechos y humanos”, y atribuyó las críticas a una campaña “antipatriótica”.

Cuesta creer que la vida cotidiana siguiese su curso mientras la junta militar dirigía los designios de la nación argentina y mientras se producían -como narraremos ahora- todos los crímenes imaginables desde la más absoluta impunidad del terrorismo de Estado que allí imperó:

“Lo paradójico del llamado “proceso” era que en Argentina la vida diaria pasaba como si nada ocurriese en los cuarteles. Yo, por aquel entonces, pasaba el Río de la Plata con mucha frecuencia y me trasladaba a Buenos Aires por razones de ocio. No se pueden imaginar lo repletos que estaban todos los boliches y discotecas como si el asunto de los desaparecidos no existiese. Y eso que a escondidas se trataba esta cuestión. Si no te metías con el gobierno militar y no lo criticabas abiertamente, se hacía una vida “tranquila” dentro de la gravedad del momento histórico. Claro que yo hablo como extranjero, porque quienes habían participado en Argentina en partidos políticos o sindicatos tenían un miedo atroz a desaparecer para siempre. De todas formas, siempre me ha llamado la atención la manera como se suele percibir desde fuera de Hispanoamérica el fenómeno de las dictaduras militares. Quizás el cine y la literatura, y en cierta medida también los medios de comunicación, han contribuido a dar una imagen algo estereotipada de las mismas. Es que lo común no era ver tanques por la calle o columnas de detenidos subiendo a punta de

¹⁵ Entrevista realizada a los profesores Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo A. Pérez Sánchez, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, el 30 de mayo de 2008.

bayoneta a camiones del ejército, y menos escenas públicas de salvaje sadismo o fusilamientos en las esquinas. Por ello, creo que hasta que no se aprenda a conocer el verdadero funcionamiento de sus perversos y sutiles mecanismos de coacción y miedo, siempre se seguirá corriendo el riesgo de ignorar la inminencia de una nueva aventura dictatorial”.¹⁶

Realmente resulta sorprendente esta narración porque, a tenor de la gravedad del fenómeno de los desaparecidos, pareciera que la sociedad civil debiera estar en conflicto abierto permanente, en continua crispación, que se vivía, no obstante, en la intrasociedad. He aquí otro testimonio que apuntala la anterior impresión:

“El 24 de marzo de 1976 salí a la calle y me sorprendió la impresionante normalidad que había ese día. Evidentemente había deseo en la sociedad de reencontrar la normalidad. La huelga general convocada por la CGT no la secundó absolutamente nadie, es verdad que no había clases, creo... Era un día de sol radiante, un hermoso día de otoño, era un día con una normalidad que luego se mostró absolutamente engañosa... Para ser un día de golpe de Estado fue uno de los más tranquilos de los que yo recuerdo”.¹⁷

Insistimos en la idea anterior a esta narrativa, resulta verdaderamente sorprendente que prácticamente ningún sector de la sociedad civil argentina se levantara en contra del pronunciamiento castrense.

La estructura de la represión

Las diferencias entre los fascismos italiano y alemán con el caso argentino de la dictadura militar, acontecida entre 1976 y 1983, se sustentan en las siguientes consideraciones: los motivos ideológicos del fenómeno nazi o del *fascio* italiano eran mesiánicos, buscaban cambiar el mundo, conquistarlo, implantar un *Reich* de mil años o un nuevo imperio romano. Buscaban romper definitivamente con el legado del liberalismo ilustrado que había nacido con la Revolución Francesa y con la herencia comunista que había surgido tras la Revolución bolchevique de 1917, los dos únicos procesos revolucionarios ortodoxos que ha dado, en nuestra opinión, la historia del mundo contemporáneo. Además, tanto Benito Mussolini como Adolfo Hitler llevaron a sus respectivos pueblos a un estado de guerra permanente, una guerra total en la cual, como sostenía el líder italiano, los súbditos fascistas iban a convertirse en hombres, en un cuerpo social también nuevo y distinto a cuantos habían existido con anterioridad.

Los motivos de la última dictadura argentina, aunque en el fondo y forma coincidentes con los postulados antedichos, buscaron -como principal pauta de acción- eliminar físicamente a toda oposición. Intentaron callarla para siempre. La dictadura castrense creó su propio corpus ideológico o un fascismo vernáculo, sustentado sobre la cruz y la espada. Veamos un ejemplo: el diálogo entre el periodista Fernando

¹⁶ Entrevista a Martín Ospitaletche, Montevideo, 1 de octubre de 1989.

¹⁷ Entrevista a Pablo Francescutti, 10 de octubre de 2007.

Almirón y el ex-sargento Víctor Ibáñez, quien tuvo un papel bien activo en el campo de concentración “El Campito”¹⁸. A la pregunta del reportero sobre cómo le decían que tenía que combatir al enemigo responde:

“Hasta el exterminio total. Muerte, sangre. Los argumentos eran que esos tipos, los subversivos, querían destruir la familia, imponer un gobierno totalitario, una bandera roja. Que planeaban acabar con nuestras tradiciones, con el ser nacional, la Iglesia y las instituciones para imponer otra doctrina, una forma de vida extranjera, antinacional, foránea. La Patria estaba en peligro, eso nos decían”.

A la pregunta del periodista: “¿Qué era para usted la Patria?”, el torturador respondía¹⁹:

“Para mí, la Patria era la defensa de mi territorio; eso es lo que yo creía. Era nuestro estilo de vida: el tradicional, católico, occidental. Esto lo vas a escuchar en todos los discursos del Ejército. Defender el estilo de vida que siempre fue nuestro sistema de vida”.

Las respuestas no pueden ser más claras y contundentes, y enlazan, además, con el ideario anticomunista de la Triple A que, entre 1973 y 1976, había ejecutado a más de novecientas personas a las que consideraba enemigas. El esquema represivo respondía a una estructura férrea y estrictamente militar. El sistema funcionaba verticalmente, según la estructura jerárquica de las fuerzas armadas, de seguridad e inteligencia, y horizontalmente, por armas o clases, pero con rígida coordinación, impuesta, en última instancia, por los componentes de las sucesivas juntas militares, estados mayores del ejército, armada, fuerza aérea y sus equivalentes en la policía y demás fuerzas de seguridad e inteligencia. Como recuerdan los profesores Martín de la Guardia y Pérez Sánchez,

“en dictaduras de signo contrario, la organización del sistema represivo es similar; así, por ejemplo, en los sistemas comunistas, la relación entre las fuerzas armadas y la policía política o secreta era fundamental para el mantenimiento del orden establecido.”²⁰

En el desarrollo de la estrategia diseñada, los denominados grupos operativos o grupos de tareas o unidades de tareas estaban integrados por personal militar, civil y de inteligencia y actuaban organizadamente en el seno mismo de las fuerzas del orden, con arreglo al sistema de comandos, que no respondía necesariamente a unidades militares preexistentes, sino que podían estar compuestos por miembros de diferentes secciones, armas y ejércitos, basándose en criterios de operatividad y homogeneización ideológica, fuera de las normas y manuales de uso en los ejércitos regulares, y siguiendo el mismo esquema de funcionamiento que los “einsatzgruppen” organizados durante la II Guerra Mundial por el ejército alemán bajo las instrucciones

¹⁸ Cfr. Finchelstein, Federico, *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2008.

¹⁹ Cfr. Misma fuente.

²⁰ Entrevista realizada a los profesores Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo A. Pérez Sánchez, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, el 30 de mayo de 2008.

del Partido Nacional Socialista Alemán²¹. Funcionaron cinco grupos de tareas: el GT1 (Policía Federal), GT2 (Batallón de Inteligencia 601), el GT3 (Armada Nacional), el GT4 (Fuerza Aérea Argentina) y el GT5 (Side). Este diseño se contenía en directivas secretas o en las denominadas órdenes de batalla, y los responsables inmediatos eran los respectivos comandos en jefe. A partir de octubre de 1975, el ejército tuvo la responsabilidad primaria en la lucha antisubversiva en virtud de lo dispuesto en la directiva n° 1/75 del Consejo de Defensa.

El 28 de octubre de 1975 fueron distribuidas veinticuatro copias de la normativa del comandante general del ejército, la número 404/75 (lucha contra la subversión). Un año antes, el 6 de noviembre de 1974, se implantó por decreto el estado de sitio y fueron detenidas muchas personas con y sin acusaciones concretas. Ese decreto fue derogado en diciembre de 1983, con la llegada de la democracia. En la misión del ejército que aparecía en la mencionada directiva, se expresó que había que “operar ofensivamente contra la subversión en el ámbito de su jurisdicción y fuera de ella en apoyo de las otras fuerzas armadas, para detectar y aniquilar las organizaciones subversivas...” En este escrito se indicaba que el ejército argentino:

a. Tendrá responsabilidad primaria en la dirección de las operaciones contra la subversión en todo el ámbito nacional.

b. Conducirá, con responsabilidad primaria, el esfuerzo de Inteligencia de la comunidad informativa contra la subversión [...]




c. Establecerá la VF (Vigilancia de Frontera) necesaria a fin de lograr el aislamiento de la subversión del apoyo exterior.



Para ejecutar materialmente el proyecto criminal dibujado, los máximos responsables militares y los jefes de los correspondientes comandos aprovecharon la propia estructura militar de la nación, dividida en zonas, a su vez divididas en subzonas y áreas²². La misión del ejército se materializaría según el siguiente esquema:

²¹ Estos comandos especiales se encargaron de fusilar de forma sistemática, en el Este de Europa, a judíos, comunistas, gitanos latinos y, en general, opositores al III Reich antes de que en 1942 se articulase la llamada “solución final”, o fórmula de exterminación masiva e industrial de judíos en las cámaras de gas y hornos crematorios.

²² Castillo Campo, María Teresa. *Ocho años de dictadura militar en Argentina*, bajo la dirección de José Manuel Azcona, o/m, Madrid, 2006, pp. 14-15.

ÁMBITO REGIONAL DE LA REPRESIÓN MILITAR

Zona 1	
	<p><i>Jurisdicción:</i> Capital Federal, Provincia de Buenos Aires excepto los partidos de Adolfo Alsina, Guaminí, Coronel Suárez, Saavedra, Puán, Tornquist, Coronel Pringles, Adolfo González Chávez, Coronel Dorrego, Tres Arroyos, Villarino, Bahía Blanca, Patagones, Escobar, General Sarmiento, General San Martín, Pilar, San Fernando, Tigre, Tres de Febrero y Vicente López.</p> <p>Hasta fines de 1979 la zona 1 también abarcó toda la Provincia de La Pampa.</p> <p><i>Cantidad de subzonas:</i> 7</p> <p><i>Cantidad de áreas:</i> 31</p> <p><i>Población:</i> 11.502.200 habitantes (Censo de 1980).</p>
Zona 2	
	<p><i>Jurisdicción:</i> Provincias de Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Misiones, Chaco y Formosa.</p> <p><i>Cantidad de subzonas:</i> 4</p> <p><i>Cantidad de áreas:</i> 28</p> <p><i>Población:</i> 5.612.000 habitantes (Censo de 1980).</p>
Zona 3	
	<p><i>Jurisdicción:</i> Provincias de Córdoba, San Luís, Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy.</p> <p><i>Cantidad de subzonas:</i> 4</p> <p><i>Cantidad de áreas:</i> 24</p> <p><i>Población:</i> 7.263.000 habitantes (Censo de 1980).</p>

	<p style="text-align: center;">Zona 4</p> <p><i>Jurisdicción:</i> no tuvo subzonas sino Áreas, y abarcó los siguientes partidos de la Provincia de Buenos Aires: Escobar, General San Martín, General Sarmiento, Pilar, San Fernando, Tigre, Tres de Febrero, Vicente López.</p> <p><i>Cantidad de subzonas:</i> --</p> <p><i>Cantidad de áreas:</i> 8</p> <p><i>Población:</i> 2.010.500 habitantes (Censo de 1980).</p>
	<p style="text-align: center;">Zona 5</p> <p><i>Jurisdicción:</i> Parte sur de la provincia de Buenos Aires, y las provincias de Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz, y el Territorio Nacional de Tierra del Fuego.</p> <p><i>Cantidad de subzonas:</i> 4</p> <p><i>Cantidad de áreas:</i> 26</p> <p><i>Población:</i> 1.598.000 habitantes (Censo de 1980).</p>

Sobre esta estructura bien definida se pretendió atentar contra, fundamentalmente, los estratos de menor edad de la sociedad argentina. Durante la época dictatorial hubo una característica común a la gran mayoría de los jóvenes: la intención de contribuir a transformar una sociedad que consideraban injusta. En Argentina, la juventud tuvo un gran protagonismo y se identificó con los deseos de cambio social. Amplios sectores (universitarios y obreros) del país compartían ideales revolucionarios y se manifestaban con un tono crítico frente al orden establecido. Cuestionaban la sociedad de consumo y la vida burguesa de las generaciones anteriores. Estas actitudes de ruptura se desplegaron en el campo político, artístico y en la producción de los intelectuales, académicos y profesores. Casi ningún ámbito de la vida cultural estuvo ajeno a ese espíritu cuestionador y de transformación de todo lo existente, en el que se entremezclaban las influencias, procedentes del exterior, con posiciones que reivindicaban las raíces nacionales y también las populares.

Una de las formas de expresión estaba conformada por las caminatas y/o manifestaciones que se desarrollaban en las distintas partes de las ciudades en las cuales se expresaba su disconformidad mediante carteles, pancartas o canciones. Una generación de jóvenes rockeros, artistas de vanguardia, escritores de ficción, ensayistas, y militantes políticos, fueron la expresión de esos anhelos de transformación y utopía. Este tipo de actos, en la mayoría de los casos, eran sofocados por la fuerza policial, la cual, mediante gases lacrimógenos, terminaba con cualquier

intento de expresión que fuera en contra de la autoridad del momento. Otros muchachos con los mismos ideales de justicia, de solidaridad, de ayuda, de generosidad, eligieron caminos distintos de participación. No querían estar al margen. Desde los centros urbanos, los sindicatos, las parroquias y las secciones de catequesis en las villas y los barrios marginales se dio esa intención de contribuir a transformar el mundo en el que se vivía.

Algunos jóvenes se vieron identificados con movimientos artísticos²³, se sintieron con la necesidad de dar a conocer su punto de vista sobre la realidad del país, y, quizás al ver que la represión era demasiado violenta, optaron por el arte en muchos casos como medio de expresión. A esa relación que se estableció entre juventud y arte, podemos atribuirle la aparición de un movimiento musical significativo al que se denominó rock nacional y que sirvió como vía de expresión popular, y que todavía hoy (2008) goza de buena salud y difusión internacional. Otros, en cambio, optaron por el que, seguramente, era el camino más directo, más firme, el que más podría comprometer al régimen, pero al mismo tiempo el más violento. Este camino era, sin duda, el formar parte de grupos armados de distintas tendencias. Entre los más importantes estaban: ERP, FAR, FAP y Montoneros²⁴. Tanto los Montoneros, como los otros grupos guerrilleros, buscaban el logro de sus objetivos mediante atentados, contra las instituciones, empresas extranjeras y, en definitiva, contra el gobierno. Además de arrojar bombas y hacer pintadas, realizaban lo que se denominó trabajo de bases: trataban de, con lo obtenido en los secuestros, robos y extorsiones, principalmente realizadas a los sectores oligárquicos, financiar sus proyectos para insertarse en los sectores obreros y marginales con el fin de incorporarlos a su causa, y llevar a Argentina hacia un moldeo social revolucionario y marxista.

La guerra sucia

Desde el mismo día del golpe de Estado (24 de marzo de 1976), por parte del general Jorge Rafael Videla, comenzó la llamada guerra sucia contra la subversión, por utilizar la terminología tantas veces repetida en la época por el directorio militar. El uso del vocablo guerra para definir un proceso de concienzudo aniquilamiento de los enemigos políticos no es baladí. Y no lo es porque los protagonistas de tan funesta actuación represora sistemática se creyeron realmente que su país estaba pasando por un proceso de conflicto abierto -antes de su llegada al poder- entre grupos de extrema izquierda con ideología marxista-leninista salidos del peronismo político (Montoneros) y aquellas otras organizaciones (de extrema derecha) también provenientes del

²³ Aún recuerdo una comida en una casa en el centro de Buenos Aires, en el verano austral de 1989. Me había invitado un amigo (cuyo nombre omito) con el fin de presentarme a su novia, hija de un militar de graduación considerable. Acudimos a casa de la chica donde ella nos mostró sus habilidades con la pintura y en concreto un cuadro de “una muchacha joven que rompía sus cadenas”. El padre hizo un comentario hostil al respecto, mostrando su desaprobación acerca de aquel lienzo pintado diez años antes. Este militar insistió durante la comida en que en Argentina se había desarrollado una verdadera guerra entre las fuerzas armadas y los subversivos.

²⁴ ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), FAP (Fuerzas Armadas Peronistas).

peronismo como la Alianza Anticomunista Argentina, o miembros de la Alianza Federal, que se oponían a que este país configurase un Estado comunista de gobernación. Propósito éste en el que insistían los más teóricos que pragmáticos guerrilleros montoneros. Se culpaba, además, a Isabelita (Estela Martínez de Perón) de ser incapaz de poner freno a estas acciones terroristas por uno y otro lado, y por tales motivaciones se justificó la intervención militar golpista en un claro intento de autosalvación del país.

Instalados los militares en el aparato del poder político y controlando todos los resortes del Estado dieron principio a una bien organizada estrategia de eliminación física de las personas que en su mentalidad se concebían como elementos subversivos y que, en principio, iba destinada a quienes habían participado en asesinatos, boicots y acciones terroristas. Quizás sea este uno de los aspectos menos conocidos de la Argentina contemporánea, nos referimos a la tentación revolucionaria y marxista que caracterizó al país desde la segunda mitad de la década de los sesenta y principios de la de los setenta. Así, en 1970, nació la guerrilla urbana de sustrato marxista-leninista (Montoneros) pero de inspiración peronista rebozada de fuerte nacionalismo. Y en aquel año, también vio la luz el ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) de índole trotskista y con articulación en forma de guerrilla rural y urbana. Ambas formaciones cometieron atentados terroristas de envergadura y que la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) se encargaría de contrarrestar también con acciones de terrorismo urbano a partir de 1973, bajo condimentación de ideología de extrema derecha²⁵, y tronco también peronista.

Argentina no fue el único país de América Latina que sucumbió a estas tentaciones, como se ve en el siguiente cuadro²⁶. Sin embargo, obsérvese que es en el único lugar donde nació una organización terrorista de extrema-derecha.

ORGANIZACIONES GUERRILLERAS EN AMÉRICA LATINA				
País	Grupo	Carácter	Ideología	Fundación
Argentina	- Montoneros	Guerrilla urbana	Peronista nacionalista	1970
	- Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP)	Guerrilla rural y urbana	Trotskista	1970
	- Alianza Anticomunista Argentina (Triple A)	Terrorismo urbano	Ultraderecha	1973
Bolivia	- Ejército de Liberación Nacional	Guerrilla rural	Castrista	1965
Colombia	- Ejército de Liberación Nacional (ELN)	Guerrilla rural y urbana	Comunista	1964
	- Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)	Guerrilla rural	Próxima al P. Comunista	1959
	- Ejército Popular de Liberación (EPL)	Guerrilla urbana	Maoísta	1960
	- Movimiento del 19 de Abril (M-19)	Guerrilla urbana	Populista	1973

²⁵ Azcona Pastor, José Manuel. *Historia del mundo actual (1945-2005)*, Madrid, 2005, p. 373 y ss.

²⁶ Azcona Pastor, José Manuel. *Ibidem.*, p. 381.

Cuba	- Movimiento 26 de Julio (M-26)	Guerrilla rural	Nacionalista y antinorteamericana	1955
El Salvador	- Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP)	Guerrilla rural	Nacionalista. Pro-chino	1978
	- Fuerzas Populares de Liberación (FPL)	Guerrilla rural	Castrista	1979
	- Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN)	Guerrilla rural y urbana	Marxista-leninista	1980
Guatemala	- Movimiento Revolucionario (MR)	Guerrilla rural	Comunista	1960
	- Fuerzas armadas Rebeldes (FAR)	Guerrilla rural	Comunista	1963
	- Ejército de la Guerrilla de los Pobres (EGP)	Guerrilla rural	Comunista	1959
	- Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA)	Guerrilla rural	Comunista	1980
México	- Ejército Zapatista de Liberación	Guerrilla rural	Indigenista	1994
Nicaragua	- Frente Sandinista de Liberación Nacional (FMLN)	Guerrilla rural y urbana	Marxista-leninista	1962
Perú	- Sendero Luminoso	Guerrilla rural y urbana	Maoísta	1969
	- Comandos Revolucionarios del Pueblo (CRP)	Guerrilla urbana	Comunista	1980
	- Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR)	Guerrilla urbana	Comunista	1980
	- Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA)	Guerrilla urbana	Castrista	1963
República Dominicana	- Movimiento del 14 de Junio	Guerrilla rural	Castrista	1960
Uruguay	- Movimiento de Liberación del Uruguay (Tupamaros)	Terrorismo urbano	Leninista	1962
Venezuela	- Fuerzas armadas de Liberación Nacional (FALN)	Guerrilla rural y urbana	Comunista	1960

Además, en 1973, el general Augusto Pinochet había provocado un golpe de Estado en Chile derrocando al gobierno legítimo de Salvador Allende, dando principio a una política dura de represión contra la oposición de izquierdas o democrática en términos generales. Otro punto de vista sobre el que inciden Martín de la Guardia y Pérez Sánchez “estaría representado por una parte de la historiografía chilena que pone en cuestión la legitimidad (otra cuestión es la legalidad de origen) de las políticas de Allende, en tanto en cuanto aspirarían a superar el sistema liberal para suplantarlos por otro socialista. Nos encontraríamos ante lo que Peukert denominó, para otro espacio y otro tiempo, “radicalización acumulativa”: deterioro absoluto de la economía, crisis de alimentos y de abastecimiento, enfrentamientos sociales hasta culminar en la oleada de huelgas de octubre de 1972. En esta situación de precariedad, el Gobierno de Allende habría echado más leña al fuego con medidas políticas de cariz profundamente antidemocrático, desde la creación de los Comités de Vigilancia hasta el control de la distribución de alimentos a sus acólitos. A este respecto, resulta de enorme interés la tesis doctoral de Marcelo Arturo Jara Román La violencia política en Chile y el Partido Socialista, 1946-1973, un largo camino a la democracia.”

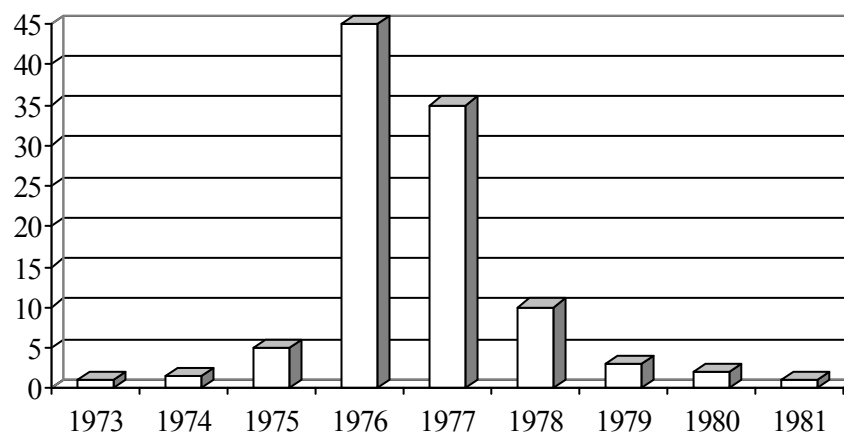
En Uruguay, desde 1973 hasta 1985, también se habían suprimido las libertades democráticas. En efecto, en 1973 los militares tomaron el poder aludiendo la -según su criterio- incapacidad del presidente Bordaberry de terminar con el clima de violencia que -desde 1962- había impuesto el Movimiento de Liberación Nacional del Uruguay (los Tupamaros), guerrilla urbana de marcado carácter leninista que utilizaba la violencia para conseguir sus fines políticos.

Pero el ejemplo más antiguo de gobiernos militares estaba en la vecina República de Brasil. En efecto, en este país la era de gobiernos populistas se hundió cuando, en 1964, el ejército expulsó del poder a João Goulart. Vino a continuación el ejecutivo de Humberto Castelo Branco, al que siguieron el mariscal Artur da Costa e Silva, los generales Emilio Garrastazu Médici, Ernesto Geisel y João Baptista da Oliveira Figueiredo con el que se iniciaría la transición hacia la democracia y que no llegaría a esta nación de forma efectiva hasta 1986. Alineado con Estados Unidos, el régimen de los generales brasileños puso en marcha una dura represión, especialmente con los sindicatos, los campesinos y los estudiantes que se manifestó, sobre todo, en la crueldad paralegal de los llamados escuadrones de la muerte, y cuyos métodos pronto se repetirían en Argentina y Chile. De hecho, se ha constatado la participación de militares brasileños en los procesos represivos argentino-chilenos, y numerosos mandos de los ejércitos de estos dos países aprendieron los métodos de tortura y desaparición en los cuarteles brasileños. Y cuando todo el Cono Sur Iberoamericano tuvo uniformados como gobernantes nació la llamada Operación Cóndor, por la cual cualquier militar de estos países citados (Argentina, Uruguay y Chile, a los que hay que sumar Paraguay, donde la dictadura de Stroessner era veterana) tenía la obligación de luchar contra la llamada subversión comunista zonal, más Brasil, Bolivia, Ecuador y Perú, se encontrase en la nación que se encontrase. Y todo ello en estrecha colaboración castrense, y bajo las sucesivas administraciones norteamericanas lideradas por Nixon, Carter y Reagan y cuya política exterior en América Latina velaba por la contención máxima del avance comunista. Así que, para conseguir estos objetivos, se alternó la vertiente diplomática de alta intensidad impuesta por el que fuera Secretario de Estado de Estados Unidos, Henry Kissinger, con apoyo extraoficial pero efectivo a las acciones de represión policial, militar o paramilitar desde las embajadas de USA en el país en el que se operase. Todo ello sucedía en un momento de agudización del conflicto de la Guerra Fría (1973-1980) y siempre con operaciones secretas pero llenas de efectividad caracterizadas por ayuda financiera, armamentística y de asesoramiento a gobiernos militares y altas jerarquías del ejército del Cono Sur, dispuestas a terminar con el comunismo y las guerrillas populares. Y en las que la Central de Inteligencia Americana (CIA) tuvo, sin duda, un papel primiciero. Bajo esta ambientación, miles de argentinos fueron secuestrados o encarcelados sin causa, y otros miles se vieron forzados al exilio, y un número no determinado que los organismos de Derechos Humanos estiman en el orden de 30.000 (8.961 casos están documentados en el informe oficial “Nunca Más” de 1984, de CONADEP -Comisión Nacional de Desaparecidos- aunque el mismo texto deja claro que “es -inevitablemente- una lista abierta”) fueron detenidos sin juicio previo, torturados y asesinados o continúan desaparecidos.

Estas acciones de represión ilegal constituyeron la llamada guerra sucia y dejaron a las fuerzas armadas (sin sustento constitucional eran simples bandas armadas) en una situación de ilegitimidad e ilegalidad similar, o aún peor, que las otras fuerzas irregulares a las que supuestamente se intentaba combatir. Las violaciones a los Derechos Humanos durante la dictadura fueron sistemáticas. El plan de represión de la oposición política e ideológica, combatida como subversión fue uno de los elementos claves en la imposición y desarrollo del proceso. En el curso del mismo, la supresión del derecho a la defensa, los encarcelamientos ilegales, las torturas y los asesinatos de opositores fueron frecuentes, sobre todo en los núcleos urbanos de mayor presencia estudiantil y obrera .

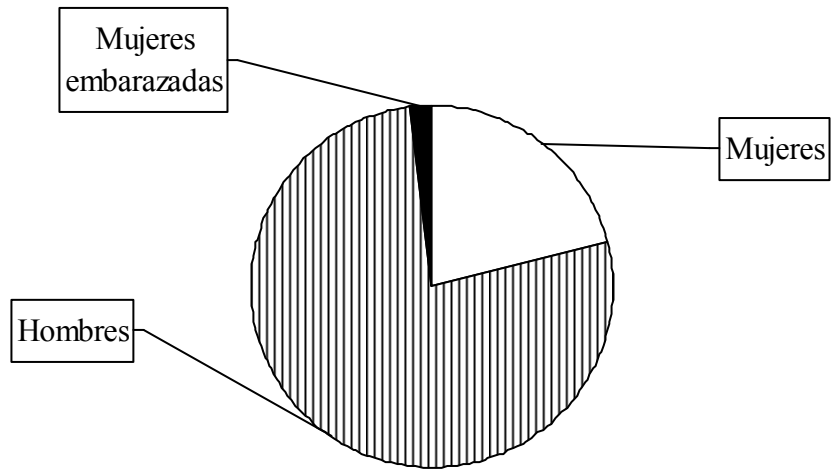
Con diferencia, y tal y como se comprueba en el grafico siguiente, la mayor parte de las detenciones y desapariciones de los casos documentados por la Comisión Nacional de Desaparecidos -CONADEP- se dio entre 1976 (45% del total) y 1977 (35% del total). En 1978 se constata el 10% de desapariciones y en 1975 el 5% de las mismas, en este último caso bajo el gobierno de Estela Martínez de Perón. Dentro del ejecutivo de Videla (24 de marzo de 1976 - 28 de marzo de 1981) las máximas violaciones de los Derechos Humanos se producen en orden decreciente en los cuatro primeros ejercicios anuales.

PORCENTAJE DE CASOS DOCUMENTADOS



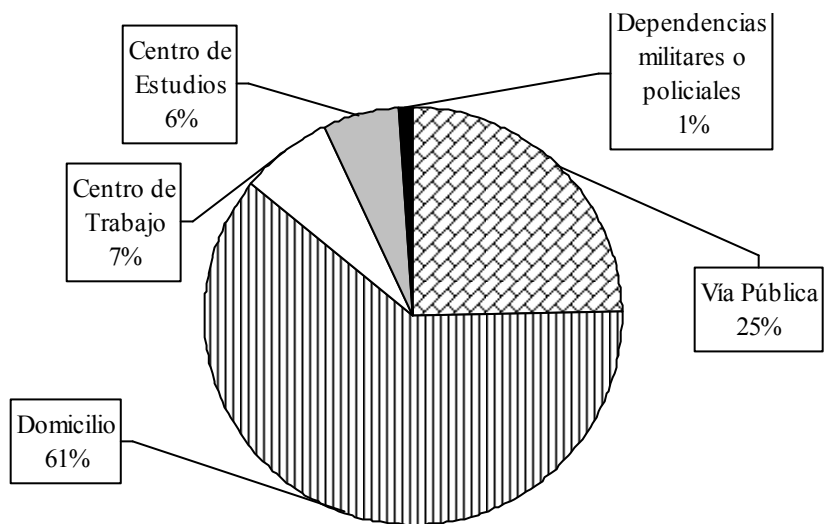
Fuente: CONADEP, Buenos Aires, 1984

DESAPARECIDOS DOCUMENTADOS (POR SEXO)



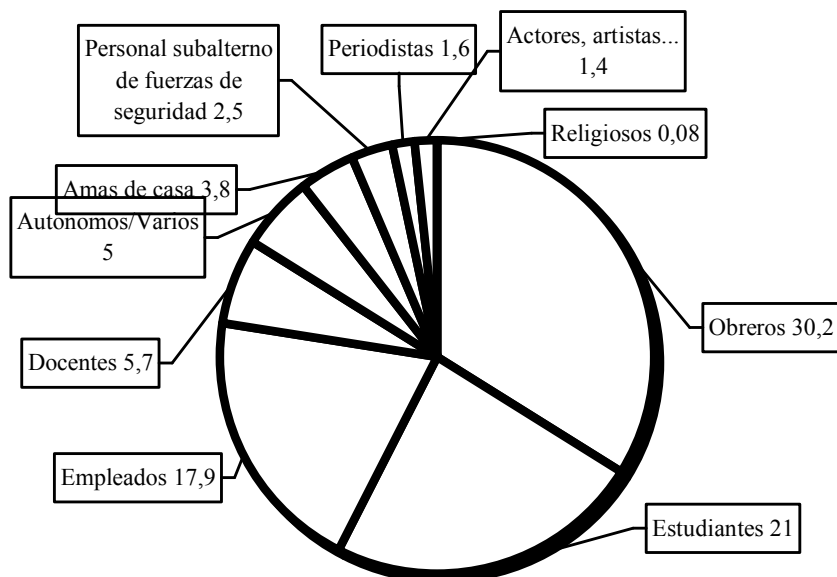
Fuente: CONADEP, Buenos Aires, 1984

LUGAR DE DESAPARICIÓN



Fuente: CONADEP, Buenos Aires, 1984

ACTIVIDADES LABORALES DE LOS DESAPARECIDOS (en %)



Fuente: CONADEP, Buenos Aires, 1984

Nos ha parecido interesante, asimismo, incluir tres testimonios de primera mano acerca de la dimensión real de las torturas y sufrimientos que padecieron aquellos que tuvieron la desgracia de caer en las garras de los asesinos y torturadores, muchas veces por el simple hecho de formar parte del listado de teléfonos de un militante político de izquierdas ya detenido, o por haber manifestado ideales pacifistas, ecologistas o de bien público.

Testimonio 1º (1976). Luis Alberto Urquiza:

[...] Entonces comienzan los golpes. Al día siguiente soy nuevamente golpeado por varias personas, reconozco la voz del Comisario Principal Roseli quien fue a visitar la dependencia por la detención nuestra y también logro reconocer la voz del asesor del Jefe de

Policía, un Teniente Coronel quien también me golpea. Fui sometido reiteradas veces a simulacro de fusilamiento²⁷.

El testimonio de Luis Alberto Urquiza (legajo nº 3847) fue hecho el 22 de marzo de 1984 en Copenhague, ante la Embajada de la República Argentina en Dinamarca. Su detención se produjo en Córdoba el 12 de noviembre de 1976. Luis Alberto Urquiza, que era estudiante de psicología, ingresó preso en la Escuela de Suboficiales de la Policía de la Provincia de Córdoba el 1º de noviembre de 1974. Por sus estudios universitarios fue reiteradamente acosado por el oficial instructor. Posteriormente, tras largos avatares minuciosamente narrados por el denunciante, y de haber trabajado, ya licenciado, en dependencias relacionadas con la “inteligencia” fue tomado prisionero.

Testimonio 2º (1976). Norberto Liwsky:

Ya atado, la primera voz que oí fue la de alguien que dijo ser médico y me informó de la gravedad de las hemorragias en las piernas y que, por eso, no intentara ninguna resistencia. Luego se presentó otra voz. Dijo ser EL CORONEL. Manifestó que ellos sabían que mi actividad no se vinculaba con el terrorismo o la guerrilla, pero que me iban a torturar por opositor. Porque: 'no había entendido que en el país no existía espacio político para oponerse al gobierno del Proceso de Reorganización Nacional'. Luego agregó: 'Lo vas a pagar caro... ¡Se acabaron los padrecitos de los pobres!' Todo fue vertiginoso. Desde que me bajaron del coche hasta que comenzó la primera sesión de 'picana' pasó menos tiempo que el que estoy tardando en contar. Durante días fui sometido a la picana eléctrica aplicada en encías, tetillas, genitales, abdomen y oídos. Conseguí sin proponérmelo, hacerlos enojar, porque, no sé por qué causa, con la 'picana', aunque me hacían gritar, saltar y estremecerme, no consiguieron que me desmayara. Comenzaron entonces un apaleamiento sistemático y rítmico con varillas de madera en la espalda, los glúteos, las pantorrillas y las plantas de los pies. Al principio el dolor era intenso. Después se hacía insoportable. Por fin se perdía la sensación corporal y se insensibilizaba totalmente la zona apaleada. El dolor, incontenible, reaparecía al rato de cesar con el castigo. Y se acrecentaba al arrancarme la camisa que se había pegado a las llagas, para llevarme a una nueva 'sesión'. Esto continuaron haciéndolo por varios días, alternándolo con sesiones de picana. Algunas veces fue simultáneo. Esta combinación puede ser mortal porque, mientras la 'picana' produce contracciones musculares, el apaleamiento provoca relajación (para defenderse del golpe) del músculo. Y el corazón no siempre resiste el tratamiento. En los intervalos entre sesiones de tortura me dejaban colgado por los brazos de ganchos fijos en la pared del calabozo en que me tiraban. Algunas veces me arrojaron sobre la mesa de tortura y me estiraron atando pies y manos a algún instrumento que no puedo describir porque no lo vi pero que me producía la sensación de que me iban a

²⁷ CONADEP, Buenos Aires, 1984.

arrancar cualquier parte del cuerpo. En algún momento estando boca abajo en la mesa de tortura, sosteniéndome la cabeza fijamente, me sacaron la venda de los ojos y me mostraron un trapo manchado de sangre. Me preguntaron si lo reconocía y, sin esperar mucho la respuesta, que no tenía porque era irreconocible (además de tener muy afectada la vista) me dijeron que era una bombacha de mi mujer. Y nada más. Como para que sufriera... Me volvieron a vendar y siguieron apaleándome. A los diez días del ingreso a ese 'chupadero' llevaron a mi mujer, Hilda Nora Ereñú, donde yo estaba tirado. La vi muy mal. Su estado físico era deplorable. Sólo nos dejaron dos o tres minutos juntos. En presencia de un torturador. Cuando se la llevaron pensé (después supe que ambos pensamos) que ésa era la última vez que nos veíamos. Que era el fin para ambos. A pesar de que me informaron que había sido liberada junto con otras personas, sólo volví a saber de ella cuando, legalizado en la Comisaría de Gregorio de Laferrère, se presentó en la primera visita junto a mis hijas. También me quemaron, en dos o tres oportunidades, con algún instrumento metálico. Tampoco lo vi, pero la sensación era que me apoyaban algo duro. No un cigarrillo que se aplasta, sino algo parecido a un clavo calentado al rojo. Un día me tiraron boca abajo sobre la mesa, me ataron (como siempre) y con toda paciencia comenzaron a despellejarme las plantas de los pies. Supongo, no lo vi porque estaba 'tabicado', que lo hacían con una hojita de afeitar o un bisturí. A veces sentía que rasgaban como si tiraran de la piel (desde el borde de la llaga) con una pinza. Esa vez me desmayé. Y de ahí en más fue muy extraño porque el desmayo se convirtió en algo que me ocurría con pasmosa facilidad. Incluso la vez que, mostrándome otros trapos ensangrentados, me dijeron que eran las bombachitas de mis hijas. Y me preguntaron si quería que las torturaran conmigo o separado. Desde entonces empecé a sentir que convivía con la muerte. Cuando no estaba en sesión de tortura alucinaba con ella. A veces despierto y otras en sueños. Cuando me venían a buscar para una nueva 'sesión' lo hacían gritando y entraban a la celda pateando la puerta y golpeando lo que encontrarán. Violentamente. Por eso, antes de que se acercaran a mi, ya sabía que me tocaba. Por eso, también, vivía pendiente del momento en que se iban a acercar para buscarme. De todo ese tiempo, el recuerdo más vivido, más aterrador, era ese de estar conviviendo con la muerte. Sentía que no podía pensar. Buscaba, desesperadamente, un pensamiento para poder darme cuenta de que estaba vivo. De que no estaba loco. Y, al mismo tiempo, deseaba con todas mis fuerzas que me mataran cuanto antes. La lucha en mi cerebro era constante. Por un lado: 'recobrar la lucidez y que no me desestructuraran las ideas', y por el otro: 'Que acabaran conmigo de una vez'. La sensación era la de que giraba hacia el vacío en un gran cilindro viscoso por el cual me deslizaba sin poder aferrarme a nada. Y que un pensamiento, uno sólo, sería algo sólido que me permitiría afirmarme y detener la caída hacia la nada. El recuerdo de todo este tiempo es tan concreto y a la vez tan íntimo que lo siento como si fuera una víscera que existe realmente. En medio de todo este temor, no

sé bien cuándo, un día me llevaron al 'quirófano' y, nuevamente, como siempre, después de atarme, empezaron a retorcerme los testículos. No sé si era manualmente o por medio de algún aparato. Nunca sentí un dolor semejante. Era como si me desgarraran todo desde la garganta y el cerebro hacia abajo. Como si garganta, cerebro, estómago y testículos estuvieran unidos por un hilo de nylon y tiraran de él al mismo tiempo que aplastaban todo. El deseo era que consiguieran arrancármelo todo y quedar definitivamente vacío. Y me desmayaba. Y sin saber cuándo ni cómo, recuperaba el conocimiento y ya me estaban arrancando de nuevo. Y nuevamente me estaba desmayando. Para esta época, desde los 15 ó 18 días a partir de mi secuestro, sufría una insuficiencia renal con retención de orina. Tres meses y medio después, preso en el Penal de Villa Devoto, los médicos de la Cruz Roja Internacional diagnostican una insuficiencia renal aguda grave de origen traumático, que podríamos rastrear en las palizas. Aproximadamente 25 días después de mi secuestro, por primera vez, después del más absoluto aislamiento, me arrojan en un calabozo en que se encuentra otra persona. Se trataba de un amigo mío, compañero de trabajo en el Dispensario del Complejo Habitacional: el Dr. Francisco García Fernández. Yo estaba muy estropeado. Él me hizo las primeras y precarísimas curaciones, porque yo, en todo este tiempo, no tenía ni noción ni capacidad para procurarme ningún tipo de cuidado ni limpieza. Recién unos días después, corriéndome el 'tabique' de los ojos, pude apreciar el daño que me habían causado. Antes me había sido imposible, no porque no intentara 'destabícarme' y mirar, sino porque, hasta entonces, tenía la vista muy deteriorada. Entonces pude apreciarme los testículos... Recordé que, cuando estudiaba medicina, en el libro de texto, el famosísimo Housay, había una fotografía en la cual un hombre, por el enorme tamaño que habían adquirido sus testículos, los llevaba cargados en una carretilla. El tamaño de los míos era similar a aquél y su color de un azul negruzco intenso. Otro día me llevaron y, a pesar del tamaño de los testículos, me acostaron una vez más boca abajo. Me ataron y, sin apuro, desgarrando conscientemente, me violaron introduciéndome en el ano un objeto metálico. Después me aplicaron electricidad por medio de ese objeto, introducido como estaba. No sé describir la sensación de cómo se me quemaba todo por dentro. La inmersión en la tortura cedió. Aisladamente, dos o tres veces por semana, me daban alguna paliza. Pero ya no con instrumentos sino, generalmente, puñetazos y patadas. Con este nuevo régimen, comparativamente terapéutico, empecé a recuperarme físicamente. Había perdido más de 25 kilos de peso y padecía la insuficiencia renal ya mencionada. Dos meses antes del secuestro, es decir, por febrero de ese año, padecí un rebrote de una antigua salmonelosis (fiebre tifoidea). Entre el 20 y 25 de mayo, es decir unos 45 ó 60 días después del secuestro, tuve una recidiva de la salmonelosis asociada a mi quebrantamiento físico.

A la tortura física que se aplicaba desde el primer momento, se agregaba la psicológica (ya mencionada en parte) que continuaba a lo largo de todo el tiempo de



cautiverio, aún después de haber cesado los interrogatorios y tormentos corporales. A esto se sumaban vejaciones y degradaciones ilimitadas.

El trato habitual de los torturadores y guardias con nosotros era el de considerarnos menos que siervos. Éramos como cosas. Además cosas inútiles. Y molestas. Sus expresiones: 'vos sos bosta'. Desde que te 'chupamos' no sos nada. 'Además ya nadie se acuerda de vos'. 'No existís'. 'Si alguien te buscara (que no te busca) ¿vos crees que te iban a buscar aquí?' 'Nosotros somos todo para vos'. 'La justicia somos nosotros'. 'Somos Dios'. Esto dicho machaconamente. Por todos. Todo el tiempo, muchas veces acompañado de un manotazo, zancadilla, trompada o patada. O mojarnos la celda, el colchón y la ropa a las 2 de la madrugada. Era invierno. Sin embargo, con el correr de las semanas, había comenzado a identificar voces, nombres (entre ellos: Tiburón, Víbora, Rubio, Panza, Luz, Tete). También movimientos que me fueron afirmando (conjuntamente con la presunción previa por la ruta que podría asegurar que recorrimos) en la opinión de que el sitio de detención tenía las características de una dependencia policial. Sumando los datos (a los que podemos agregar la vecindad de una comisaría, una escuela -se oían cantos de niñas- también vecina, la proximidad -campanas- de una iglesia) se puede inferir que se trató de la Brigada de Investigaciones de San Justo. Entre las personas con las que compartí el cautiverio, lo sé porque oí sus voces y me dijeron sus nombres, aunque en calabozos separados estaban: Aureliano Araujo, Olga Araujo, Abel de León, Amalia Marrone, Atilio Barberan, Jorge Heuman, Raúl Perruch, Norma Ereñú. El 1° de junio, día de comienzo del Mundial de fútbol, junto con otros seis cautivos detenidos-desaparecidos, fui trasladado en un vehículo tipo camioneta (apilados como bolsas unos arriba de otros) con los ojos vendados a lo que resultó ser la Comisaría de Gregorio de Lafèrre. Actuó en el traslado uno de los más activos torturadores. También puedo afirmar que fue él quien me disparó cuando me secuestraron. El trayecto y tiempo empleado corrobora la hipótesis anterior con respecto al Centro Clandestino. Un dato previo, de suma importancia, después, es el de mi participación profesional a partir de 1971, en la Escuela Piloto de Integración Social de Niños Discapacitados, que había sido creada en 1963. Funcionaba en Hurlingham, partido de Morón. Después de permanecer dos meses en un calabozo de esa Comisaría (una noche me hicieron firmar un papel -con los ojos vendados- que después utilizaron como primera declaración ante el Consejo de Guerra Estable 1/1) el 18 de agosto me llevaron al Regimiento de Palermo, donde el juez de Instrucción me hace conocer los cargos. Entre ellos figuraba el mencionado anteriormente de mi participación en la Escuela Piloto de Hurlingham. Allí denuncié todas las violaciones, incluyendo las torturas, el saqueo de mi hogar y la firma del escrito bajo apremio y sin conocerlo.²⁸

²⁸ CONADEP, Buenos Aires, 1984.

Norberto Liwsky fue conducido al Tribunal Militar -Consejo de Guerra Estable nº 1/1-. Éste se declaró incompetente por no tener acusación que dirigirle. Giradas las actuaciones a la Justicia Federal se dicta inmediatamente el sobreseimiento definitivo. Todo el martirio relatado fue soportado por una persona contra la que nadie formuló cargo alguno.

Testimonio 3º (1976). Oscar Martín Guidone:

Le atan las manos a una pared, con los brazos abiertos, pudiendo apoyar solamente la punta de los pies sobre el piso. Lo amenazan e insultan permanentemente. Le empiezan a pegar con algo duro (tipo de guantes de boxeo) pero grande, que le abarcaba, cada vez que lo golpeaban, más de la mitad del abdomen. Eso duró tres horas aproximadamente. Lo interrogaban sobre nombres y personas. Eso se llamaba 'sesión de ablande'. Lo llevan a la guardia en una situación muy mala, tal es así que la gente que estaba detenida en la cuadra, comenzó a golpear las rejas pidiendo que fuera inmediatamente atendido. Es llevado al hospital Militar de Mendoza, en un camión donde es atendido por médicos de dicho nosocomio. Le colocan guardias armados en la puerta. La orden era que, a ese lugar, no entrase ni el presidente de la República. Al lado estaba el ex-Gobernador Martínez Baca. Luego se realiza una junta médica, manifestándole que sabían que el dicente estudiaba medicina, diciéndole que sabría lo que era una segunda eclosión de bazo, así que tendrían que operarlo. Lo operan en dicho nosocomio al día siguiente practicándole una 'lamparotomía'. Le efectuaron las curaciones estando fajado. A los 20 días vuelve al 8º Regimiento (que está al lado del Hospital Militar). Hasta le permiten seguir estudiando los libros de medicina. El dicente, por sus conocimientos, ayudaba a otros detenidos que salían de las sesiones de tortura. En una oportunidad, a los 45 días de su operación, lo maniatan y le vendan los ojos, transportándolo en un camión, por un muy corto recorrido, a un lugar de torturas. Uno de los que lo llevaba tenía la respiración muy agitada, como si estuviera drogado. Lo bajan y uno le dice 'ya comenzamos mal', ya que lo había pisado. Lo interrogan sobre su ideología, él responde que no la tiene, y a cada respuesta negativa le hacen quitar una prenda, hasta dejarlo completamente desnudo. Luego de esto lo maniatan a una mesa, atándolo boca arriba con cadenas. Estaba con todos los miembros en posición abierta. Lo comienzan a torturar con picana eléctrica, de variada intensidad, acusándolo por el despido de dos compañeros que lo habían torturado antes, dejándolo con los problemas físicos que lo llevaron a que se opere. Hacían disparos sobre su cuerpo y lo amenazaban constantemente con quitarle la vida y con eliminar a su familia. Este tormento dura unas dos o tres horas. En la parte final de la tortura le aplican una gran cantidad de voltaje, lo que hace que su cuerpo se

contraiga, a tal grado que cortó las cadenas que lo ligaban a la mesa. Le decían que sus bigotes eran más de fascista que de comunista, que él se había equivocado de ideología. Las consecuencias de esta sesión le duran varios días, con una gran depresión y consecuencias físicas...²⁹

He escogido estos tres testimonios de 1976 por tratarse de narraciones bien significativas de cómo fueron los procedimientos de desaparición, tortura y humillación de los Derechos Humanos de los prisioneros. En este caso, quienes han hablado con anterioridad sobrevivieron pero aquellos otros que no tuvieron tanta fortuna, a las penurias aquí descritas venía después la ejecución por arma de fuego, el deceso por destrucción de las defensas del cuerpo o porque, sedados o no, se les arrojaba vivos al mar tal y como se pone de manifiesto en el siguiente testimonio del militar argentino, procesado por la justicia española, Adolfo Scilingo:

El teniente Vaca me fue acercando los cuerpos dormidos y los fui empujando uno a uno al vacío". Con estas palabras el ex militar argentino Adolfo Scilingo, arrepentido ahora de haberse arrepentido, narra en un libro escrito de su puño y letra, *¡Por siempre nunca más!*, cómo llevó a la muerte a 30 personas lanzándolas en vuelo a las aguas del Atlántico. Cerca de 2.000 detenidos políticos fueron asesinados durante la dictadura argentina (1976-1983) por este método, avalado por la iglesia argentina, según el propio Scilingo, por ser "más humanitario", por ejemplo, que los fusilamientos de Pinochet en Chile. A este ex-capitán de corbeta estas muertes "cristianas y humanitarias" le parecieron "poco honrosas", pues no habían sido en combate, lo que le llevó a comenzar a cuestionar la Unidad Operativa Antisubversiva más importante de la Armada, donde había sido destinado. Ocho años después de la dictadura, Scilingo no aguantó más su silencio y comenzó su periplo de confesiones a la prensa y a la Justicia de su país buscando venganza contra sus superiores, especialmente contra Emilio Massera, ex-jefe de la junta militar y máximo responsable de la Armada. Sintiéndose poco seguro en Argentina, se presentó de forma voluntaria en 1997 ante el juez Garzón con la aspiración de recibir protección como colaborador de la Justicia. Ahora que en Madrid la Audiencia Nacional le está juzgando [2002] (se enfrenta a 6.626 años de cárcel por genocidio, terrorismo y tortura), dice que todo lo que contó es una farsa. "Vine para contar la fantasía más grande del mundo para sensibilizar a la opinión pública y ayudar a Garzón..." Pero el libro, titulado *¡Por siempre nunca más!*, publicado por la editorial La Plata, con una tirada de apenas 100 ejemplares, lo escribió en 1996, y por más que reniegue también de él -dice que sólo puso su nombre a cambio de 300 dólares-, su relato le perseguirá por siempre. La orden de ejecutar los llamados *vuelos de la muerte* la recibieron los jefes

²⁹ CONADEP, Buenos Aires, 1984. Legajo nº 6837. Oscar Martín Guidone, residente en Luján de Cuyo, provincia de Mendoza, fue detenido por una patrulla del ejército y llevado al regimiento local donde quedó retenido el 2 de junio de 1976. En agosto de 1978 fue liberado.

y oficiales navales e infantes de Marina en el cine Martín Rivadavia de la base naval de Puerto Belgrano en 1976. “Durante algún viaje en avión podría ocurrir que algunos subversivos no llegaran a destino”, cuenta Scilingo que les dijo el vicealmirante Luis María Mendiá. “Explicó que se había consultado a las autoridades eclesiásticas y se había aprobado el método por considerarlo una muerte cristiana y humanitaria”. Meses después, en diciembre de 1976, Scilingo logró destino como jefe de electricidad en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), el mayor centro clandestino de detención. “Mis sueños estaban cumplidos. Iría a la guerra, a combatir contra el enemigo que, solapado, escondido y a traición, intentaba destruir los valores de la argentinidad”. Todos los martes, Inteligencia proponía los listados de los que serían “trasladados” al día siguiente. *Traslado* y *se va para arriba* eran los términos elegantes con que se definían las ejecuciones. Se realizaban los miércoles y consistían en arrojar a aguas del Atlántico a los condenados desde aviones Electra de la Aviación Naval, tras previamente haber anestesiado a los reos. En caso de necesidad se ampliaban vuelos los sábados. Cuando la urgencia lo requería, se usaban lanchas que operaban desde el Apostadero Naval de San Fernando y se fondeaban los cuerpos dormidos en aguas del Delta del Tigre. Un miércoles de junio de 1977 le avisaron que había sido asignado para un vuelo. El capitán Jorge Eduardo Acosta, alias “El Tigre”, entró en el sótano de la ESMA, donde había alineados 25 detenidos, a quienes comunicó que iban a ser puestos a disposición del Poder Ejecutivo nacional y trasladados a un penal del Sur. “Para que estuviesen alegres hizo poner música y a los gritos les decía que bailaran. Todos comenzaron a hacerlo. En determinado momento comunicó que todos serían vacunados”. Un médico entró y comenzó a aplicarles una primera dosis de Pentotal. “Poco a poco los movimientos de los bailarines fueron más lentos [...] Parecían zombis”. Al llegar a Aeroparque (aeropuerto de Buenos Aires), de noche, 13 fueron subidos a un *Sky-Van*, especie de *Hércules* con forma de cajón, bimotor. Se había averiado el avión previsto, que era mayor, y en el que habrían cabido todos. Junto con los 13 *trasladados* estaban, además de Scilingo, jefe del vuelo, el teniente Vaca, un suboficial, un cabo de Prefectura y el médico naval, cuyas identidades no son reveladas por el ex-militar. Ya en vuelo, “el médico aplicó a cada detenido una sobredosis de Pentotal y se fue a la cabina [...] Vaca y yo comenzamos a desvestir a cada uno. Le avisé al piloto que estábamos listos. Las 13 personas estaban desnudas, semisentadas y dormidas, apoyadas unas contra otras, del lado izquierdo del avión. Igual a una escena de un campo de concentración de la Segunda Guerra Mundial. Desde la cabina ordenaron abrir la puerta trasera [...] El suboficial mantendría la puerta sujeta con el pie de modo que sólo dejara una abertura de unos 40 centímetros. Vaca me fue acercando los cuerpos dormidos y los fui empujando uno a uno al vacío [...] En determinado momento patiné en el piso de acero y casi caigo. Entre Vaca y el suboficial lo impidieron. Terminamos con los que faltaban.

Cerramos la puerta. Avisé a la cabina y me senté donde minutos antes había 13 personas vivas”. Al llegar a la ESMA, Scilingo se bebió dos vasos de whisky -no quería pensar- y al día siguiente fue a buscar al padre Luis Manseñido, a quien le dijo que había hecho un vuelo. Según su relato, el sacerdote le habló sobre la “importancia de eliminar la maleza. Nosotros debíamos hacerlo para permitir que el trigo creciera. No había pecado. Tampoco debía arrepentirme. Sólo había cumplido las órdenes de mis superiores, que eran las órdenes de Dios [...] Ese día cambió mi vida. Nunca más dormiría sin los efectos de algo, ya sea alcohol o sedantes”. Un mes después, cuando pensaba ir a pasar el fin de semana junto a su familia en Bahía Blanca, fue asignado para uno de los vuelos extra de los sábados. “Había 16 detenidos [...] Esta vez no hubo música ni baile. Todo fue más sobrio [...] El vuelo tuvo una escala: Punta Indio. Se embarcó un detenido que estaba en pésimas condiciones. No habló cuando vio al resto dormido, pero tengo dudas si no presintió su próximo destino. Hizo sus necesidades en su pantalón. El médico aplicó las inyecciones y cuando hicieron efecto se desvistió a los detenidos. Un suboficial me ató con una soga al lado de la puerta de emergencia de popa estribor (atrás derecha) y luego con mucho cuidado la fue retirando. Me acercaron a cada uno de los trasladados y una vez más cumplí mi misión de hacerles traspasar la puerta rumbo a la muerte... Palabra de Scilingo³⁰.

La fuerza negativa, claro está, del texto es sobrecogedora y manifiesta a las claras la fortaleza del terrorismo de Estado, tal y como se pone de manifiesto en las mismas palabras del militar Scilingo. Pese a todo, y como resultado de las tensiones entre las tres fuerzas armadas (marina, aire y tierra) por el reparto del poder, Videla fue apartado de su cargo. Lo reemplazó en la presidencia el Jefe del Estado Mayor del ejército, Roberto Viola, el 29 de marzo de 1981, y quien estaría en el gobierno hasta noviembre de aquel año. Durante su corto mandato la situación económica se agravó, si bien se dio una cierta “apertura” que propició la entrada de civiles en determinados estamentos del poder nacional y local. El sindicalismo aprovechó para reorganizarse y hacer sentir su protesta. A fines de 1980, a pesar de la prohibición legal, la CGT se organizó bajo la dirección de Saúl Ubaldini; distinguiéndose de otro sector más condescendiente con el gobierno militar. En julio de 1981 declaró movilizaciones. En el mes de noviembre la junta fue renovada por segunda vez, conformada entonces por el teniente general Leopoldo Galtieri, el almirante Jorge Anaya y el brigadier general Basilio Lami Dozo. En diciembre de 1981 se hizo cargo de la Presidencia de la Nación Leopoldo F. Galtieri en reemplazo de Roberto Viola. La crítica situación económica y el descontento social parecían ya incontrolables. A fines de marzo de 1982 una movilización popular hizo sentir su fuerza y la policía respondió reprimiendo. Los grupos de Derechos Humanos y las “Madres de Plaza de Mayo”, con sus denuncias y reclamaciones de justicia, tuvieron cada vez más eco en la opinión pública. Frente a esta situación el gobierno de Galtieri necesitaba descomprimir la tensión interna y

³⁰ En Azcona Pastor, José Manuel. *Historia del Mundo Actual (1945-2005)*, Universitas, Madrid, 2005, pp. 369-371.

lograr consenso. Por ello Galtieri recurrió, en 1982, al proyecto de recuperación de las Islas Malvinas para restablecer la firmeza que el régimen estaba perdiendo.

Pero, y pese a estos cambios, no hubo muchas diferencias a la hora de ejercer la represión por parte de todos estos gobiernos. Así, el tiempo de detención era, salvo excepción, corto. A los lugares clandestinos el prisionero llegaba inmediatamente después del secuestro, antes de su liberación o para pasar a disposición del llamado Poder Ejecutivo Nacional. Famosa por sus tormentos, se hizo la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA), donde incluso se exterminaba a las víctimas para tapar los delitos que cometían los verdugos. Los prisioneros eran numerados del 001 al 999, y cuando se llegaba a ese número se volvía a empezar por el 001. Hasta marzo de 1978, las personas que pasaron por este centro superaron las 4.700. En mayo de 1977, el general Ibérico Saint Jean, gobernador de la provincia de Buenos Aires, hizo la siguiente declaración como nos cuenta nuestro entrevistado Pablo Francescutti, de origen argentino y que resulta del todo ilustrativa del lienzo sobre el que se tejía el hilo represor: “Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después... a sus simpatizantes, enseguida... a aquellos que permanecen indiferentes, y finalmente mataremos a los tímidos”.

Un año antes, en 1976, se había lanzado un sarcástico mensaje publicitario que repetía “¿Sabe usted dónde está su hijo en este momento?” También en 1977 y con motivo de una visita a Argentina de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, la junta militar distribuyó panfletos con el lema siguiente: “Los argentinos somos derechos y humanos”.

A consecuencia de la tortura, del *shock* eléctrico, de la inmersión, de la sofocación y también de la violencia masiva, colectiva o individual, premeditada o por el lanzamiento al mar, la pena de muerte fue incorporada a legislación penal, durante el gobierno militar, argumentándose que era necesaria para prevenir los delitos mas graves de la subversión. Hubo miles de muertos y ninguno de los casos fatales se juzgó por la vía judicial ordinaria o castrense. Ninguno de ellos fue la deriva de una sentencia. También se dieron fusilamientos en masa, producidos por enfrentamientos armados o por intentos de fuga. Al borrar la identidad de los cadáveres, se trataba de paralizar la reclamación pública, de asegurar por un tiempo el silencio de los familiares y de toda la sociedad. Precisamente, alentando en ellos la esperanza de que su ser querido estaba con vida, se creó una ambigüedad que obligó al familiar a no hacer nada que pudiera irritar al gobierno, para que su conducta no fuera la determinante de que su hijo, su padre o su hermano pasara a engrosar la lista de las personas muertas. A veces, se hacía cavar su propia tumba a quienes iban a ser ejecutados. Imagínese la pesadilla por la que atravesaban los prisioneros antes de morir.

“La sacaron a rastras y con los ojos vendados del campo de concentración La Perla; la llevaron a un descampado, le dijeron que cavara su tumba, luego la fusilaron y rociaron su cuerpo con gasolina, para no dejar rastro; ella estaba embarazada”. El gendarme retirado Carlos Beltrán, que se negó a dispararle y por eso fue expulsado del cuerpo, revivió esa noche de horror de 1977 en el juicio de Luciano Benjamín Menéndez, uno de los generales más crueles de la última dictadura militar argentina. A Beltrán le costó encontrar las palabras y por eso el diario *La Voz* pensó que era “tal vez

limitado en su expresión verbal”. Pero en ningún momento dudó. Cuando le tocó contar su verdad miró fijamente a Menéndez y sus siete secuaces, acusados de crímenes de lesa humanidad en la provincia de Córdoba, y comenzó su relato feroz. El ex-gendarme no puede olvidar cómo esa joven, casi una adolescente, fue arrojada a la muerte junto con otro detenido. Después de rechazar la orden superior de disparar a la cautiva, alegando que “eso era un asesinato”, oyó el ruido de las balas. El joven falleció de inmediato, la imagen de la chica moribunda le persigue desde entonces. “Cuando intentó reincorporarse, uno de ellos sacó una pistola y le disparó hasta matarla”, dijo a los jueces. Beltrán, acusado de ser un cobarde, fue dado de baja de la policía en 1978, aún lleva grabado el nombre de Luís Alberto Manzanelli, el represor que quiso obligarle a mancharse de sangre. Menéndez fue el jefe del III Cuerpo de Ejército, con sede en Córdoba, una provincia que en 1969 fue foco de la rebeldía obrera y estudiantil contra el régimen del general Onganía. El golpe de Estado de 1976 descargó contra los cordobeses toda su ferocidad. Por el campo de concentración La Perla y La Perla Chica pasaron miles de personas que engrosan la lista de desaparecidos. El general no se arrepiente; es más: insistió que reincidiría en cada uno de sus actos.³¹

Otra actividad con carácter macabro que realizaron los torturadores-militares, que roza los límites de lo increíble, consistía en sacar a los prisioneros de vez en cuando a cenar, a pasear por el centro de Buenos Aires y otras importantes ciudades, o llevarlos a espectáculos culturales. A veces se llegaba más lejos cuando torturador y víctima llegaban de visita (o a comer, o a cenar) a casa de los padres de la prisionera³², que así constataban que aún vivía hasta que era ejecutada. Momento éste en el que empezaba la angustia paterna hasta el día de hoy, angustia que se identificaba con la ausencia posterior de visitas domiciliarias. En estas salidas de la cárcel referidas, los ejecutores uniformados debatían con sus víctimas sobre aspectos de la política local, nacional o internacional, e incluso sobre otras cuestiones de ámbito cultural. Hechos estos verdaderamente surrealistas y de un carácter tan morboso que resultan difíciles de entender, por cierto.

Sobre el modo de proceder para terminar con la llamada subversión, son bien ilustrativas las palabras de Videla, recogidas por Vicente Muleiro y María Seoane:

“No, no se podía fusilar. Pongamos un número, pongamos cinco mil. La sociedad argentina no se hubiera bancado los fusilamientos: ayer dos en Buenos Aires, hoy seis en Córdoba, mañana cuatro en Rosario, y así hasta cinco mil. No había otra manera. Todos estuvimos de acuerdo en esto. Y el que no estuvo de acuerdo se fue. ¿Dar a conocer dónde están los restos? ¿Pero, qué es lo que podemos señalar? ¿En el mar, el Río de la Plata, el riachuelo? Se pensó, en su momento, dar a conocer las listas. Pero

³¹ Abel Gilbert. Buenos Aires, en el periódico *Sábado*, 21 de junio de 2008.

³² Fue más frecuente sacar de las cárceles de tortura a mujeres con las que se paseaban los torturadores por la ciudad, especialmente si eran bellas, y con quienes compartían niveles de conversación y debate que no eran nada frecuentes en sus -normalmente- aburridos hogares.

luego se planteó: si se dan por muertos, enseguida vienen las preguntas que no se pueden responder: quién mató, dónde, cómo”³³.

Y en lo que concierne al carácter de guerra que los militares dieron a la represión, escuchemos a Emilio Massera en su defensa en el juicio de 1985:

“No he venido a defenderme. Nadie tiene que defenderse por haber ganado una guerra justa, y la guerra contra el terrorismo subversivo fue una guerra justa. Sin embargo yo estoy aquí procesado por haber ganado una guerra justa”.

Videla, en la entrevista que hemos señalado ahora, comentó cómo sólo unos pocos elegidos podían entender y aceptar lo que la sociedad en su conjunto no era capaz. Este general se mostraba elocuente cuando hablaba de que había un plan general de exterminio, cuya existencia “era conocida por unos pocos”. Así que la maquinaria de muerte provenía desde el poder ejecutivo y era puesta en marcha por el ejército y las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, con el apoyo de una trama civil aún poco estudiada, según nuestro entender³⁴. Por tanto, había que empezar por humillar a las víctimas con lo que se garantizaba que el prisionero afectado tuviese clara la conciencia de su error y purgase así su culpabilidad ideológica. La figura del “quebrado” pasó a ser entonces símbolo de fuerza ideológica. La idea de que una persona podía ser quebrada demostraba la capacidad de los uniformados para conseguir su imposición ideológica, porque los militares nunca tuvieron habilidades para expresar lo que querían construir aunque siempre fueron radicales en lo que querían destruir. Empezando por el comunismo. Para todos ellos, como dice con agudeza Federico Finchelstein, si Marx posee la virtud de ser el filósofo que proveía la base teórica de la subversión, el psicoanálisis denotaba, según la mentalidad nacionalista, su estrategia cultural. La idea de infiltración ideológica comunista de la sociedad argentina (recuérdese que estábamos en una fase de recrudescimiento de la Guerra Fría) fue central para motivar ejecuciones de intelectuales y simpatizantes marxistas y de seguidores de Freud. Se partía de la premisa de que el gobierno militar (mimetizado con el propio Estado) estaba en guerra contra el comunismo internacional y contra la revolución bolchevique que los Montoneros, el ERP y otras organizaciones marxistas querían imponer en el país. Videla, en 1979, sostenía:

“Esta guerra sí tiene, como todas, y por eso es guerra, una dimensión distinta del valor de la vida. Se rompen diques y barreras; la vida y la muerte se juegan en aras de la victoria. Lo peor no es perder la vida, es perder la guerra [...] Esta guerra, como todas, deja una secuela, tremendas heridas que el tiempo, y solamente el tiempo, puede restañar. Ellas están

³³ Muleiro, Vicente y Seoane, María, *El dictador, la historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001, pág. 46.

³⁴ En efecto, en ámbitos económicos, la dictadura retornó a un nacionalismo de tipo fascista en la cual la economía se manifestaba en términos neoclásicos y sus protagonistas, también clásicos, los terratenientes plutócratas fueron sustentadores del régimen.

dadas por las bajas producidas; los muertos, los heridos, los detenidos, los ausentes para siempre”.³⁵

Para Viola, los muertos eran culpables de su muerte y a ellos debían increpar sus propias familias:

“La delincuencia terrorista creyó con desmedida soberbia que asesinando podía quebrar la voluntad de vencer de los hombres de armas y de la inmensa mayoría de la población. Lamentablemente estaba integrada por hombres y mujeres circunstancialmente nacidos en este suelo generoso. Se engañaron ellos, engañaron y ensombrecieron el suelo de su cuna”.³⁶

Bajo el sofisma ideológico de la dictadura, la guerra era un valor en sí mismo, tal y como sucedía en la ideología fascista, y la propia expansión de su retórica culminó con los preparativos bélicos de una contienda, nunca consumada afortunadamente, contra Chile en 1978.

Enlazando con estas consideraciones, hemos de decir que la desaparición fue la fórmula más siniestra de la guerra sucia: el “objetivo” era secuestrado (“chupado”) por un comando paramilitar (grupo de tareas o “patota”) donde, convertido en un número y sin ninguna garantía legal, quedaba a merced de sus captores. La desaparición de personas fue un programa de acción, planificado con anticipación, estableciéndose los métodos por los cuales llevarlo a la práctica: arrojando a los desaparecidos al Río de la Plata (previa aplicación de sedantes) desde aviones o helicópteros militares y en fosas comunes; fusilamientos y ocultamiento de cadáveres, sin ningún tipo de identificación. Y, para controlar a la sociedad civil, la censura obró a la perfección desde el principio. Así, en el comunicado número 19, de 24 de marzo de 1976 redactado por la Junta de Generales y expuesto a la nación por todos los medios de comunicación argentinos (nosotros consultamos el diario *Clarín*) expresaba lo que sigue:

“Se comunica a la población que la Junta de Comandantes Generales ha resuelto que sea reprimido con la pena de reclusión por tiempo indeterminado el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare comunicados o imágenes provenientes o atribuidas a asociaciones ilícitas o personas o grupos notoriamente dedicados a actividades subversivas o al terrorismo. Será reprimido con reclusión de hasta diez años, el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes, con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar las actividades de la fuerzas armadas, de Seguridad o Policiales”.

³⁵ Cfr. Federico Finchelstein. *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2008, p. 190.

³⁶ *Idem*

Desde enero de 1977 la Junta empezó a publicar nóminas incompletas de nuevos detenidos y de “liberados” que en su mayoría no eran tales sino procesados que dejaban de estar a su disposición pero seguían presos. Todos estaban incluidos en la categoría de “enemigos de la nación”. La metodología implementada consistió en la desaparición de personas, las cuales en realidad eran llevadas a centros clandestinos de detención, operados por las fuerzas armadas, donde se los sometía a interrogatorios basados en tormentos físicos. Se levantaron centros clandestinos de detención y violencia. En estos laboratorios del horror se detenía, se torturaba y se asesinaba a personas. Se encontraban en el propio centro de las ciudades del país, con nombres tristemente famosos, como la ESMA, el Vesubio, el Garaje Olimpo, el Pozo de Bandield o la Perla. Existieron trescientos cuarenta distribuidos por todo el territorio. Locales civiles, dependencias policiales o de las propias fuerzas armadas fueron acondicionados para funcionar como centros clandestinos. Estas cárceles ilegales tenían una estructura similar: una zona dedicada a los interrogatorios y tortura, y otra, donde permanecían los secuestrados. Ser secuestrado o “chupado”, según la jerga represora, significaba ser fusilado o ser arrojado al Río de la Plata desde un avión o helicóptero. Y debido a su propia naturaleza, una desaparición encubría la identidad de su autor. Si no había preso, ni cadáver, ni víctima, entonces nadie podía ser acusado de nada. Pero este *modus operandi* no terminaba con los desaparecidos pues los militares consideraban que los hijos de estos debían perder su identidad. Por ello, también desaparecían y eran entregados a familias de militares; quienes pensaban -por cierto- que la subversión era casi hereditaria o que se transmitía a través del vínculo familiar o genético. En el informe del “Nunca Más” se insiste en que los represores arrancaron a los niños de los ejecutados en el momento del parto como quien dispone de un botón de guerra. En este sentido, en la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA) hay testimonios variados y coincidentes que insisten en la existencia de muchas mujeres tiradas en el suelo, en colchonetas, que esperaban el nacimiento de sus hijos. La sustracción de niños de los llamados “irrecuperables” tenía como fin el castigo último, según el cual aquellos recién nacidos nunca sabrían quiénes eran sus verdaderos padres. Además, los verdugos entendían estos modelos de raptos como una mal entendida caridad cristiana. El procedimiento de usurpación de recién nacidos lo realizaba el entonces director de la ESMA, el capitán de navío Rubén Jacinto Chamorro, quien acompañaba personalmente a los visitantes, generalmente altos mandos de la marina, para mostrar el lugar donde estaban alojadas las prisioneras embarazadas, jactándose de la “garda” (la maternidad más importante aquel entonces en Buenos Aires) que tenía instalada en aquel campo de prisioneros.

Los padres secuestradores eran elegidos de los grupos sociales que apoyaban el Proceso, se trataba de personas con vínculos ideológicos, religiosos y financieros con los militares, tal y como puede verse en las magníficas películas *La historia oficial* (1985) y *Cautiva* (2003), verdaderos testimonios documentales. Testimonios de las víctimas indican cómo en el hospital naval se configuró una lista de matrimonios de marinos que no podían tener descendencia pero que estaban dispuestos a adoptar a niños que provenían de desaparecidas. El sacrificio de las víctimas era el precio ideológico para aquellos padres que estaban dispuestos a recibir hijos del desastre y brindarles una versión deformada de supuesto amor filial.

Los adolescentes tampoco corrieron mejor suerte y en la operación conocida como “la noche de los lápices” y que se desarrolló entre agosto y octubre de 1976, fueron secuestrados y pasaron a la categoría de desaparecidos numerosos estudiantes de enseñanza secundaria de la ciudad de La Plata, por del delito de haber participado en actividades para mejorar las condiciones de los estudiantes.

Se generó un cúmulo importante de documentación, pues todos los secuestrados eran identificados, y que se ha destruido o que se mantiene oculta. Solamente una mínima parte ha podido ser individualizada. En los saqueos habituales, los militares se apropiaban de papeles, o bien se falsificaron escrituras,

documentos, títulos y registros de automóviles. En la universidad el control fue absoluto, los alumnos que habían tenido alguna participación política que no se escondieron o exiliaron corrieron el mismo destino: la desaparición. Los profesores también sufrieron represión por lo que el empobrecimiento académico fue tremendo, ya que además de las prohibiciones, el terror implantado fue tan grande que enmudeció a la Academia: las universidades fueron intervenidas y los planes de estudio modificados. Lo mismo pasó en las escuelas secundarias, donde se impusieron regímenes disciplinarios de colegios militares, desaparecieron estudiantes y profesores, y el resto se limitó a concurrir a las aulas con carácter asustado. Los planes de estudio fueron intervenidos y se prohibieron autores y asignaturas en todas las disciplinas. Numerosos docentes fueron cesados y alejados de las aulas durante toda la dictadura, en todos los niveles de la enseñanza. La vida de los jóvenes de entonces transcurrió con silencio, miedo y mucha represión, aún para quienes nunca habían tenido ninguna participación política. Eso sucedió en todo el país, tanto en el interior como en las grandes ciudades. Por supuesto que la represión en las ciudades grandes fue mucho mayor y cambió totalmente la vida: la noche era más “tranquila”, “más ordenada”, sin “subversión política”. El rock’n roll no se consideró muy peligroso porque nunca había tenido actitudes de enfrentamiento con el poder constituido, si bien hay trabajos muy interesantes sobre las letras de rock en esos tiempos, y... algo se decía. Fue un escape poético, que quizás a la junta militar le pareció inofensivo o quizás no lo entendió.

Así cuenta el profesor Pablo Francescutti la estructura represiva que le tocó vivir con quince años:

“Yo iba a un colegio privado de izquierdas, gratis, como tiene que ser, un proyecto de izquierda plural, donde había socialistas, progresistas, comunistas e incluso peronistas. Era una especie de experimento... y de hecho todos mis profesores eran la intelectualidad progre de la ciudad [Rosario]. Yo noté que un día nos sacaron a todos de clase y nos encerraron en la cancha de baloncesto pues había un tiroteo entre militares que habían rodeado una casa de subversivos. El tiroteo duró tres horas, hasta que mataron a todos los miembros de la casa. Al cabo de un año, el colegio es intervenido por los militares, so pretexto de un desfalco de fondos, aunque todos sabíamos que la intervención era por ideología. Todos los miembros del colegio, vinculados a los montoneros, fueron presos y algunos muertos... La mejor amiga de mi madre era dentista en Buenos

Aires y la secuestraron y fue una desaparecida más, y una paciente de mi madre, que era dentista, es detenida antes del golpe, con lo cual es una “detenida legal” y mi madre iba a la cárcel a arreglarle los dientes, y a través de mi madre vinculada a un ámbito de izquierda moderada dentro del colectivo de médicos y dentistas, circulaban en casa noticias sobre profesores universitarios, artistas e intelectuales que eran secuestrados, o que habían desaparecido. Y todo ello se contaba como al oído, pues todo era muy espantoso. Yo empecé a tener miedo en un momento dado pues era secretario de prensa para el centro de estudiantes, donde editábamos una revista -me tiraba mucho lo del periodismo- y en esa época los militares no hacían muchas preguntas, pero afortunadamente no pasó nada”³⁷.

La vida en casa también se alteró: familias enteras fueron diezmadas, y se debieron acoger al silencio ante la falta de solidaridad y acompañamiento por miedo del resto de la familia o de vecinos y amistades. Claro que también existió el apoyo de otros parientes y otros amigos. Hubo cambios de escuela y universidad para los hijos, porque algunas instituciones estaban catalogadas como más peligrosas. También se dio pérdida de amigos para los hijos de los perseguidos, mientras imperaba la ley del silencio. Y en este contexto debemos situar a la iglesia católica. Y es que podemos considerar que la curia episcopal, cuando menos, dejó pasar los acontecimientos sin protestar ni criticar por los hechos que eran un secreto a voces. Así, en septiembre de 2007, el sacerdote Rubén Capitano, afirmó: “La iglesia no mató, pero no salvó [...] Debimos estar al lado de los crucificados, y no tan cerca de los crucificadores”. Pero también la represión alcanzó a la iglesia y en ocasiones al alto clero, como al obispo de La Rioja, Enrique Angelelli, quien fue asesinado por militares el 4 de agosto de 1976 sin que el obispado argentino emitiera ni una nota de protesta. Otros casos relevantes fueron el asesinato de cinco religiosos palotinos -uno de ellos acababa de denunciar en una homilía la subasta de bienes de desaparecidos- y el secuestro, tortura y asesinato en la Escuela Mecánica de la Armada (ESMA) de dos religiosas francesas. Sin embargo, en otras ocasiones hubo perfecta connivencia entre las altas jerarquías católicas y las juntas militares. Este es el caso de Christian Von Wernich, cuya biografía seguimos de la mano de Jorge Marinodríguez³⁸. Pasó este cura casi inmediatamente del seminario a las filas de la policía bonaerense. Entre ambos hechos figura su ordenación sacerdotal, con treinta y ocho años de edad, celebrada en 1976, el mismo año del golpe militar en Argentina. No era la primera vez que Von Wernich, hijo de una familia acomodada de la provincia de Entre Ríos, trataba de ser ordenado, pero varios obispos habían preferido no hacerlo al dudar de las motivaciones y carácter del aspirante a sacerdote³⁹. Dos factores decisivos para que el general Ramón Camps, jefe de la temida fuerza policial, le concediera el rango de subinspector y capellán de la

³⁷ Entrevista a Pablo Francescutti, 10 de octubre de 2007.

³⁸ Diario *El País*, 11 de octubre de 2007.

³⁹ Es interesante el trabajo de Cruz Esquivel, Juan, “Estado e Iglesia católica en la Argentina reciente”, en Saborido, Jorge, *Historia reciente de la Argentina (1975-2007)*, revista *Ayer*, nº 73, Madrid, 2009, pp. 103-132.

institución. Dotado de fuerte carácter y presencia -que algunos testigos en el juicio en su contra calificaron de imponente- Von Wernich fue mucho más allá de la mera presencia en los centros de detención clandestinos de la provincia de Buenos Aires. Tras la caída en 1983 de la dictadura, llegó a declarar en el juicio contra las juntas militares celebrado en 1985, acusado de tortura y asesinato. Destituido, Von Wernich fue trasladado a la localidad de Bragado, donde arremetieron las protestas y se vio envuelto en un escándalo amoroso que en 1996 motivó que el ex-capellán se trasladara a Chile. Allí ejerció como párroco en una localidad cercana a Valparaíso bajo una identidad falsa, hasta que fue descubierto en 2003 por la revista chilena *Siete más siete*, que lo fotografió celebrando misa. Para entonces, ya pesaba una orden de captura contra él por los crímenes que le han valido la cadena perpetua. El 8 de octubre de 2007 fue sentenciado, tras varios meses de juicio, a cadena perpetua, pues fue hallado culpable de siete asesinatos, torturas a treinta y cuatro personas y secuestro ilegal en cuarenta y dos casos, además de ser declarado culpable de genocidio. Es decir, que la sentencia reconoce la existencia de un plan establecido y sistemático para la eliminación de personas durante el régimen militar.

El de Von Wernich es el tercer proceso relevante desde 2005 contra miembros de la iglesia católica. Los anteriores fueron contra Jorge “Tigre” Acosta y Miguel Etchecolatz, y en ambos casos el resultado final fue la cadena perpetua. Y al hacerse pública la condena de Von Wernich el presidente de la Conferencia episcopal argentina, Jorge Bergoglio, emitió un comunicado en el que expresó su conmoción por los delitos gravísimos (sic) en los que había participado Von Wernich, al tiempo que destacaba que “si algún miembro de la iglesia hubiese avalado con su recomendación o complicidad alguno de estos hechos de represión, habría actuado bajo su responsabilidad personal”.

Por otro lado, el 18 de diciembre de 2007, los generales Cristino Nicolaidis y Santiago Hoya, recibieron cada uno la pena dictada por los tribunales bonaerenses de veinticinco años de prisión. Esta ha sido la primera condena que castiga a militares argentinos desde 1986. Ello ha sido posible porque en 2005 la Suprema Corte de Justicia Argentina anuló definitivamente las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. Nicolaidis fue el último comandante del ejército de la dictadura y obsequió a los argentinos con perlas intelectuales cultivadas con sus ideas ultras: “El comunismo acecha al mundo desde 500 años antes de Cristo” (sic). Mientras, Hoya se inclinó hacia la represión ya desde antes de la dictadura. Y en 1979, con el aval de los Estados Unidos, fue enviado a Honduras a formar a la contra nicaragüense que combatió el sandinismo y a los escuadrones de la muerte que azotarían Guatemala y El Salvador. El 24 de marzo de 1980 -coincidiendo con el cuarto aniversario del golpe militar en Argentina- fue asesinado en San Salvador su arzobispo, monseñor Oscar Romero, cuando oficiaba una misa. Una bala de fusil le atravesó el corazón y es un secreto a voces que el francotirador era argentino.

Junto a estos dos represores, en la misma fecha fueron sentenciados: Jorge Arias Duval, 25 años; Juan Carlos Gualdo, Waldo Roldán y Julio Simón, 23 años; Carlos Fontana, 21 años; Pascual Guerrieri, 20 años. Todos ellos formaban parte, y bien activa, del batallón 601 de inteligencia del ejército argentino. Se les atribuye el secuestro de seis montoneros -cinco de los cuales fueron ejecutados- entre 1979 y

1980, cuando la cúpula de esta organización en el exilio soñó con lanzar una contraofensiva y ordenó volver a Argentina a sus militantes de menor rango para derrotar al régimen de Jorge Videla, siguiendo instrucciones recibidas en Cuba y Palestina. La gestación propia de la Operación Cóndor -de la que luego hablaremos- y algunas filtraciones, desbarataron la iniciativa. Muchos montoneros fueron apresados en la frontera argentina con Chile o Brasil, pese a que viajaban hasta con cuatro pasaportes e identidades falsas.

El 7 de diciembre de 2008, un equipo de arqueólogos argentinos halló huesos humanos donde estuvo el campo de concentración y muerte “Pozo de Arana”, un centro de torturas y exterminio ubicado en las calles 640 y 131 de la ciudad de La Plata, que por ser sede universitaria y fabril, sufrió de forma especial la represión. Los restos descubiertos por el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) estaban en parte quemados. Con ello se confirman los testimonios de los pocos supervivientes sobre la escabrosa práctica que ejercían los verdugos de incinerar a sus víctimas en barbacoas a campo abierto. El Pozo de Arana formó parte del circuito de los llamados campos de la muerte, junto a Puesto Vasco, Comisaría 5ª y Pozo de Banfield, comandados por el entonces jefe de la policía, General Ramón Camps, apodado “El Carnicero de Buenos Aires” porque se jactaba de la matanza de cinco mil guerrilleros y opositores a la dictadura. En los juicios a los lugartenientes de Camps, el comisario Miguel Etchecolatz y el capellán Christian von Wernich -ambos ahora purgan cadena perpetua-, surgió la revelación de las cremaciones. Y por ello los jueces inspeccionaron el Pozo de Arana, donde actualmente funciona un almacén de automóviles, y ordenaron las excavaciones. Es la primera vez que se recuperan restos humanos de un antiguo centro clandestino de detención, hasta ahora, sólo se habían encontrado cadáveres de víctimas del terrorismo de Estado en distintos cementerios, enterrados sin nombres en fosas masivas: en San Vicente, provincia de Córdoba, o en Avellaneda, suburbio bonaerense. Por ejemplo, los restos de tres fundadoras de las Madres de Plaza de Mayo (Azucena Villaflor de De Vicente, Esther Ballestrino de Careaga y María Ponce de Bianco) fueron desenterrados del cementerio de la localidad bonaerense de General Lavalle. Habían sido secuestradas el 8 y 10 de diciembre de 1977 por un comando de marinos de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA); en su casa, De Vicente, y las otras dos, en la iglesia de Santa Cruz. Los cadáveres de las tres habían sido recogidos, en enero de 1978, por pescadores en la playa, donde llegaron arrojados por las mareas del Atlántico, las extremidades presentaban múltiples roturas, signo inequívoco de que los cuerpos habían caído desde gran altura. Esos datos permitieron a los arqueólogos del EAAF probar científicamente la existencia de los tétricos vuelos de la muerte.⁴⁰

Pero, poco después de estos acontecimientos, y en concreto el 20 de diciembre de 2008, el gobierno argentino de Cristina Fernández logró evitar el escándalo internacional que hubiese supuesto la excarcelación de significativos represores de la dictadura, entre los que se ubicaba el ex-capitán Alfredo Astiz. La Cámara de Casación penal aceptó la apelación del Fiscal General del Estado y de momento los represores seguirán en prisión. Astiz se erigió en emblema de la represión por su hipocresía, su

⁴⁰ Irigaray, J. I. Enviado especial del Diario *El Mundo*, 7 de diciembre de 2008.

crueledad y la impunidad de la que gozó hasta años después de sus crímenes. Casi no podía salir a la calle sin ser insultado, golpeado, amenazado y hasta escupido. En 1998 declaró en un suplemento del Diario *Clarín* que se consideraba “el mejor capacitado para matar a un político o a un periodista” porque así lo había querido la Armada que le preparó para ello. Pero en 2003 las leyes de amnistía fueron derogadas y fue detenido. En 1977, un año después del golpe de Estado, se infiltró entre familiares de desaparecidos que se reunían en una iglesia de Buenos Aires haciéndose pasar por hermano de una víctima. Los congregados no sólo confiaron en él sino que lo protegieron por ser el más joven. Pero Astiz realizaba un trabajo de inteligencia para la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), la temible institución que actuaba como campo de exterminio. Denunció a una de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo, Azucena Villaflor, que fue secuestrada, torturada y arrojada al mar por reclamar a su hija. La misma suerte corrieron dos religiosas francesas, Alice Domon y Leonie Duquet, que fueron raptadas y asesinadas por lo que la justicia gala condenó a Astiz en ausencia en 1990, cuando gozaba de la protección de la ley de amnistía. El “Ángel de la Muerte” también está acusado del asesinato en 1976 de la joven sueca Dagmar Hagelin cuando salía de una vivienda en Buenos Aires junto a otros jóvenes perseguidos. Su padre, Ragmar Hagelin, declaró desde el país nórdico que la excarcelación de Astiz es “una bofetada en cada mejilla al pueblo argentino”.⁴¹

Y es que desde la primera declaración de nulidad de las leyes de punto final y obediencia debida que habían garantizado la impunidad de los represores durante quince años, una avalancha de procesos se precipitó sobre la frágil estructura judicial argentina, todavía contaminada por funcionarios afines a la ideología del régimen dictatorial. Cerca de ochocientas causas contra ex-militares están en curso y a pesar de las reclamaciones ninguno de los tres poderes de aquella república consigue adoptar medidas para simplificar y acelerar los procesos por los miles de desaparecidos. Hay propuestas para unificar los juicios en grandes centros de detención, una manera de agilizar los trámites y evitar que acusados y testigos desfilen durante años frente a distintos jueces declarando lo mismo una y otra vez. Pero el poder judicial considera que la decisión corresponde al Congreso, que debería aprobar leyes que permitan avanzar con más celeridad. Y el poder legislativo, si bien tiene en estudio algunas iniciativas, se resiste a sancionar leyes que luego puedan ser utilizadas por la defensa para alegar que no se respetaron las garantías de un juicio justo de los acusados. Los abogados defensores de los Derechos Humanos hace tiempo que señalan que la justicia “nunca fue depurada” y muchos de sus integrantes emiten fallos que parecen tender a garantizar la impunidad de los represores. Mientras corregimos el texto original antes de su publicación, el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner ha puesto fin a la impunidad legislativa militar el 27 de febrero de 2009⁴². En efecto, a partir de esta fecha desaparece completamente la jurisdicción penal militar y se incorporan al código penal ordinario figuras delictivas específicas para el ámbito castrense, entre ellas el nuevo delito de acoso sexual cometido por un superior. Por el contrario, desaparecen todos los antiguos delitos “contra el honor militar”, una figura

⁴¹ Marcela Valente, corresponsal del Diario *El Correo* en Buenos Aires, 20 de diciembre de 2008.

⁴² Esta reforma ya se había comenzado en el gobierno de Néstor Kirchner. Soledad Gallego-Díaz, *El País*, 26 de febrero de 2009.

que sólo servía para resaltar la idea de que los militares tienen un honor y valores diferentes del resto de los ciudadanos. Especialmente importante es también la desaparición absoluta de la pena de muerte (que existía como figura penal en el derogado código de justicia militar, y que, aunque no se aplicaba desde hace tiempo, se seguía pidiendo formalmente en determinados casos) y del delito de homosexualidad, una supresión de alto contenido simbólico en unas fuerzas armadas tan vinculadas a la religión católica que hasta hace todavía poco obligaban a los oficiales que se divorciaban a pedir el retiro. Además, el antiguo código permitía que los jueces e integrantes de los tribunales militares no fueran abogados y, además, les obligaba a mantener una relación de jerarquía, con lo cual no existía ni asistencia técnica ni la menor independencia judicial. Amparados por el código de justicia militar que desaparece -aunque data de 1951, es prácticamente el mismo que redactó José María Bustillo en 1898-, y por el que Videla y muchos como él cometieron gran cantidad de abusos y atropellos durante casi un siglo. También lo utilizaron para salir impunes. La normativa, como lo expresó el juez de la Corte Suprema, Eugenio Zaffaroni, ante el Congreso en 2007, es un resabio del pasado que en algunos momentos de la historia del país llegó a estar al margen de la Constitución. La reforma otorga al militar argentino los mismos derechos que a cualquier otro ciudadano y mete al ejército en el siglo XXI.

El Cóndor mata

Todas las operaciones de crueldad sin límites que hemos descrito en el ámbito de la dictadura argentina, no tuvieron lugar ni de forma única, ni de manera original. En efecto, desgraciadamente formaban parte de una estrategia política de macabra tonalidad que involucró a: Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, Chile y Bolivia, aunque también participaron en este entramado Perú y Ecuador. Nos referimos a la llamada Operación Cóndor.

De acuerdo a las investigaciones realizadas en relación al asesinato de Orlando Letelier, del que luego hablaremos, se ha logrado establecer que el general chileno Manuel Contreras, jefe de los servicios secretos chilenos (DINA), concibió y organizó la Operación Cóndor, que tuvo como tarea “la recolección, el intercambio y el almacenamiento de datos de inteligencia relacionados con los activistas de izquierda, los comunistas y los marxistas, con el fin de eliminar a los terroristas marxistas y sus acciones en la zona”⁴³. Esta acusación ha sido ratificada con algunos documentos hallados en los archivos secretos de la policía paraguaya. Contreras viajó hacia Argentina, Bolivia, Paraguay, Venezuela y Estados Unidos, para exponer su proyecto represivo supranacional y convencer a los jefes de los servicios secretos de estos países sobre la importancia de la coordinación y cooperación “para eliminar al comunismo” y defender la sociedad “occidental y cristiana”.

El general Contreras sostuvo desde 1974 varias entrevistas con el general Ramón Camps, jefe de la policía de Buenos Aires, quien años después diría que “en Argentina no quedan desaparecidos con vida, asumo toda la responsabilidad y me siento orgulloso”. Otro colaborador de Contreras, el general Ibérico Saint Jeant,

⁴³ Cuya, E; “La Operación Cóndor: el terrorismo de Estado de alcance transnacional” en *Memoria*, nº 5, 1993, Nuremberg, Alemania, p. 3.

interventor de la provincia de Buenos Aires, igualmente afirmó en la época de la dictadura militar: “Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, luego a sus simpatizantes, luego a quienes permanezcan indiferentes y, por último, a los indecisos”. En agosto de 1975 en su esfuerzo para concretar la “Red Cóndor”, Manuel Contreras se entrevistó en Washington con Vernon Walters, director adjunto de la Agencia Central de Inteligencia, CIA, de Estados Unidos. En Venezuela se reunió con Rafael Rivas Velásquez, director del Servicio de Inteligencia venezolano. En Paraguay habló con los generales Benito Guanes Serranos, jefe de inteligencia del Estado Mayor y Francisco Brites, jefe de la policía de la República. Entonces, en el marco de la Operación Cóndor, se lograron concretar acuerdos amplios entre los servicios secretos de Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay, y se animó a la participación de Brasil, Ecuador y Perú. El campo de acción fue fijado entre los límites de todas las naciones firmantes del acuerdo, estableciéndose facilidades para el desplazamiento clandestino de agentes de estos países, y la ejecución de operaciones represivas conjuntas. También se aprobó la formación de equipos especiales de los países miembros, para viajar a cualquier parte del mundo, con el objetivo de eliminar a políticos opositores, subversivos o colaboradores de los grupos terroristas de cualquiera de los países de la Operación. En el marco de este acuerdo se realizaron los operativos criminales antes mencionados⁴⁴.

Estamos ante el “grandioso plan” de Pinochet, como fue descrito por uno de los oficiales de inteligencia instados a unirse a él para vencer al comunismo mundial. Su proceso nombra como acusados a una larga lista de altas personalidades militares, incluyendo a Pinochet, al dictador argentino Jorge Rafael Videla, al paraguayo Alfredo Stroessner y al boliviano Hugo Banzer (estos dos últimos ya fallecidos). Hay que destacar, también, que la Operación Cóndor tuvo inspiración (con métodos ilegales) en la cooperación internacional de las fuerzas policiales agrupadas en INTERPOL⁴⁵. Docenas de documentos, que describían las características de Cóndor y de télex que probaban la coordinación internacional para destruir a sus enemigos, fueron encontrados en Paraguay y guardados en el llamado “Archivo del Terror”, bajo el auspicio de la Corte Suprema. Los militares argentinos depuraron la mayoría de los archivos operacionales que podrían haber probado su responsabilidad en crímenes masivos pero fueron descuidados en la limpieza de lo que aludía a Chile. Una corte argentina guarda varios miles de páginas de comunicaciones secretas entre el hombre de Cóndor en Buenos Aires, Enrique Arancibia Clavel, y sus jefes de la DINA en Santiago. Esos documentos (descubiertos en la Corte Federal Argentina por Mónica González) entregan un mapa de ruta del desarrollo de Cóndor en muchas de sus operaciones más importantes, especialmente cuando se examinan junto a otras fuentes. Cóndor también atrajo la atención especial de la CIA y el FBI. Sus informes, ahora desclasificados, quedaron a salvo de los esfuerzos de Pinochet y sus aliados de esconder la evidencia de sus operaciones internacionales. El conjunto de las evidencias

⁴⁴ Véase, María Lozada, S; Viaggio, J; Zamorano, C; Barcesar, E. *Inseguridad y desnacionalización. La doctrina de la seguridad nacional*, Liga Argentina por los Derechos del Hombre, Buenos Aires, julio de 1985, p. 107.

⁴⁵ Dingers, John, “Operación Cóndor: el plan que se volvió contra Pinochet y sus aliados” en *Siete Más 7*, Santiago, Chile, 2004, p. 2.

de Cóndor es monumental e innegable. El hecho de la participación directa de Pinochet es también sólido. Primero, el establecimiento de una alianza militar internacional involucrando a seis países de América Latina sólo pudo permitirse con la aprobación explícita del jefe de Estado, Pinochet. Actividades de más bajo nivel pueden quizás explicarse como “abusos aislados” o, como dijo Pinochet en una entrevista a un canal de televisión de Miami, porque “en la lucha política hay gente que no se controla”. Estamos hablando de una alianza internacional aprobada en una reunión de alto nivel en Santiago, financiada por Chile, y de acuerdo con el testimonio del coronel Jahn, quizás con la presencia personal de Pinochet. Hay otra evidencia que apunta a Pinochet en la creación de Cóndor. De acuerdo con un documento fechado el 15 de septiembre de 1975, que llegó hasta las manos del dirigente chileno Hugo Miranda en 1977, Contreras supuestamente informó a Pinochet de sus planes de expandir la DINA en operaciones internacionales y pidió fondos: 600.000 dólares, una suma enorme en ese tiempo. En opinión de John Dingers, fue el propio dictador Pinochet quien afirmó: “[...] Este es el momento de moverse, de avanzar y llevar la lucha a nivel mundial”⁴⁶.

El 3 de octubre de 2008, el diario *Folha de Sao Paulo* publicó un reportaje en el que se hacía eco de cómo militares argentinos establecieron bases y campos de concentración en Sao Paulo y Río de Janeiro, para detectar opositores a la dictadura que gobernó Argentina desde 1976 hasta 1983. Los centros de operaciones funcionaron durante el periodo de la llamada Operación Cóndor. Los uniformados argentinos destacados en Brasil estaban vinculados al Batallón de Inteligencia 601, centro militar de interrogatorios y torturas, localizado en Buenos Aires, y cuyo máximo responsable era Cristino Nicolaidis. Este personaje fue integrante de la cuarta junta militar que gobernó la República Argentina entre 1982 y 1983, y que fue condenado a cinco años de reclusión en diciembre de 2007. El texto íntegro de la resolución judicial fue obtenido por el activista brasileño y abogado Jair Krischke, presidente del Movimiento Nacional de Justicia y Derechos Humanos del estado de Río Grande do Sul (sur), testigo del proceso y asesor en el caso del fiscal italiano Giancarlo Capaldo, el que pidió las extradiciones en Roma. El informe relata el testimonio del carcelero argentino Néstor Norberto Cendon, quien trabajó en el batallón 601 y que según la sentencia relató que las bases de los argentinos en Brasil tenían como prioridad a los militantes montoneros, el mayor grupo guerrillero de Argentina. A partir de 1978 los Montoneros iniciaron una segunda contraofensiva, en un plan que buscaba el retorno a Argentina de los guerrilleros que vivían en el exterior para un fracasado embate final contra la dictadura. La orden de los militares era interceptar a los activistas en territorio argentino, según el texto de la sentencia. Solamente en 1980 por lo menos veinte montoneros murieron, cuatro de ellos presos en Brasil y entregados a Argentina, donde desaparecieron. Entre estos desaparecidos se encuentra el italo-argentino Horacio Campiglia, preso en 1980 en el aeropuerto Galeao de Río, junto con la guerrillera Mónica Binstock. Estas detenciones son investigadas por la justicia italiana, que el 24 de diciembre de 2007, en Roma, ordenó la prisión de ciento cuarenta sudamericanos supuestamente involucrados en la Operación Cóndor, entre

⁴⁶ Dingers, John. Art. Cit., p. 9. Del mismo autor, véase *The Condor Years*, The News Press, Nueva York, 2004.

ellos trece militares brasileños (cuatro de ellos ya fallecidos). El caso cobró nueva relevancia en medios de prensa de Brasil después de la orden de extradición emitida por la justicia italiana y que en aquel país no tendría ningún efecto, pues la Constitución prohíbe extraditar a los nacionales del país.

El 6 de marzo de 2001, el *New York Times* publicó un documento desclasificado. Era un cable de 1978, mandado por el embajador de Estados Unidos a Paraguay, Robert E. White, y que decía que los servicios secretos de los países miembros de Cóndor “están en contacto entre ellos por una instalación de comunicación de EE.UU., localizada en la zona del Canal de Panamá” (“*keep in touch with one another through a U.S. communications installation in the Panama Canal Zone which covers all of Latin-American*”). Y, si bien algunos de los gobiernos militares antes citados, negaron de hecho la implicación norteamericana en la cuestión que aquí estamos tratando, determinados papeles desclasificados de la CIA muestran lo contrario. Así, tal y como publicó la revista *Qué pasa*, el 22 de agosto de 1978, el Servicio de Inteligencia norteamericano mandaba a sus principales embajadas en Sudamérica la siguiente advertencia: “La Operación Cóndor es un esfuerzo cooperativo de inteligencia y seguridad entre muchos países del Cono Sur para combatir el terrorismo y la subversión. Los miembros originales incluían a los servicios de inteligencia de Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil y Bolivia, mientras que Perú y Ecuador se integraron recientemente”.

La CIA también afirma en el documento que su primer conocimiento sobre esta organización data de marzo de 1976. “En ese tiempo se reportó que el coronel Manuel Contreras, jefe de la DINA, inició un programa de colaboración entre los servicios de inteligencia de distintos países de Sudamérica al que bautizó como Plan Cóndor”. No obstante, los estadounidenses sabían que esa cooperación existía desde comienzos de febrero de 1974 -la misma fecha en que Contreras asume como director de la DINA- y que el esfuerzo cooperativo no fue formalizado hasta mayo de 1976, tras una reunión que se llevó a cabo en Santiago. De hecho, a través de una carta que fue publicada por el corresponsal norteamericano, John Dinges, Contreras invitó a los jefes de la inteligencia paraguaya Guanes, Pastor y al general Francisco Brites a asistir a una reunión estrictamente secreta en Santiago junto con los jefes de inteligencia de otros países, entre ellos, Argentina, Bolivia y Uruguay. Chile pagaría los gastos de los asistentes a este “Primer Encuentro de Trabajo de Inteligencia Nacional”, que ocurrió entre el 25 de noviembre y 1 de diciembre de 1975. Según el documento, “los temas básicos de la reunión fueron la cooperación de los servicios de los distintos países, y acordar que los miembros de la Operación Cóndor iban a ser identificados de manera numérica, por ejemplo, 'Cóndor uno, 'Cóndor dos'. Chile y en realidad el propio Contreras, era “Cóndor uno”.

Por otra parte, dos años antes, un documento del Departamento de Estado, fechado el 18 de agosto de 1976, un mes antes del asesinato en Washington DC del ex-canciller chileno Orlando Letelier, revela que el ex-Secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger y otros oficiales del mismo departamento habían sido alertados de “rumores” respecto de que entre los planes de la Operación Cóndor se incluían “asesinatos de subversivos, políticos y figuras prominentes tanto dentro de las fronteras nacionales como en países del Cono Sur y el extranjero”. Informes

contenidos en los documentos secretos señalan a Chile como el centro de dirección de la Operación Cóndor, creada en 1976 por los regímenes militares de América del Sur para eliminar a la oposición de izquierda. Al mismo tiempo revelan que Estados Unidos conoció de la existencia de esta actividad, así como los detalles sobre su organización poco después de su creación, en 1976.

El informe, que tiene su origen en Argentina, fue elaborado por el coronel Paul Coughlin, del ejército de tierra de Estados Unidos y miembro de la agregaduría militar en Buenos Aires. Se detallan, también, algunos viajes de responsables de la inteligencia militar argentina a Chile para trabajar sobre la operación. El documento añade que los oficiales militares argentinos, “que antes habían estado mudos sobre el asunto, han comenzado a hablar abiertamente. Una frase favorita es que uno de sus colegas está fuera del país porque está volando como un cóndor”. Un cable del embajador de Estados Unidos en Paraguay, Robert E. White, dirigido al Departamento de Estado en 1978, citó al jefe del Estado Mayor del dictador paraguayo Alfredo Stroessner diciendo que la instalación estadounidense en la Zona del Canal fue “empleada para coordinar información de inteligencia” entre los países sudamericanos. Decía el cable: “Obviamente, esta es la red Cóndor, de la que todos hemos escuchado hablar en los últimos años”⁴⁷.

Aún antes del golpe de Estado en Argentina (marzo de 1976), ya se habían logrado acuerdos entre los servicios secretos de ese país y de Chile, para el intercambio de información clave y para facilitar la captura de militantes izquierdistas chilenos. Esta cooperación se logra perfeccionar con la Operación Cóndor. Numerosos militantes y simpatizantes del marxismo, chilenos, uruguayos, paraguayos, brasileños y bolivianos, establecidos temporalmente en Argentina fueron capturados en ese territorio así como en Paraguay, por agentes policiales de sus respectivos países, en el contexto de esta coordinación represiva. Quienes más persecución sufrieron en Argentina fueron principalmente los líderes y militantes del MIR chileno. Igualmente los grupos de Derechos Humanos han documentado casos de represión policial contra ciudadanos alemanes, españoles, judíos y peruanos, entre otros que figuran entre los miles de desaparecidos.

Tal como se ha demostrado en diversos procesos judiciales, los servicios secretos de Chile y Paraguay tuvieron a su disposición las líneas aéreas estatales, (LAN Chile, LAP-Líneas Aéreas Paraguayas) así como carta blanca en las cancillerías, el servicio de correos, los tribunales de justicia, etc. Igualmente encubrieron sus actividades con empresas comerciales e industriales fantasmas. En Chile se crearon treinta empresas ficticias al servicio de la DINA y un centro de operaciones formal: la Empresa Pesquera Chile, de San Antonio. La incursión en el mundo empresarial y financiero sentaría las bases para crear mecanismos de protección de los agentes secretos, dirigidos por el general de la fuerza aérea chilena, Vicente Rodríguez⁴⁸.

⁴⁷ Información recogida por Calloni, S. en su libro *Operación Cóndor: pacto criminal*, Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

⁴⁸ A fines de 1992 se descubrió en Santiago de Chile la estructura que los ex-represores y agentes de la DINA, juntamente con los oficiales y agentes de inteligencia militar habían organizado para asegurar el fácil cambio de nombre y la rápida obtención de nuevos documentos de identidad, tanto de los ex-

Desde finales de los años sesenta existían relaciones fluidas entre oficiales de las fuerzas armadas de Sudamérica, quienes habían recibido juntos cursos de especialización contra la subversión en las academias militares norteamericanas, donde se forjaron lazos de amistad y familiaridad. En otras etapas, militares latinoamericanos habían convivido por períodos de seis meses a dos años en centros de formación de Argentina o Panamá. Estas relaciones de uniformados argentinos con sus similares uruguayos, paraguayos, brasileños, chilenos, bolivianos, ecuatorianos y peruanos, tendrían sus frutos en los años de las dictaduras. Y en este ámbito debemos ubicar el fuerte apoyo del Paraguay de Stroessner en esta urdimbre militar de mano dura y de nulo respeto a los Derechos Humanos, que gobernó este país entre 1954 y 1989. Stroessner ofrecía -según sus propias palabras- “estabilidad política envidiable”, además de todo tipo de facilidades jurídico-administrativas, financieras y logísticas para el desarrollo de actividades promovidas por el ámbito castrense zonal. Por supuesto que todos los delitos que se cometieron en Paraguay entre aquellas fechas tenían garantías de la más absoluta impunidad.

Ya desde fines del siglo XIX Paraguay había ejercido una fuerte atracción para racistas alemanes como el doctor Bernard Forster, quien fundó allí la colonia “Nueva Germania”, con el objetivo de aplicar su programa de pureza racial. El “modelo paraguayo” de totalitarismo que aseguraba la “paz social a cualquier coste” fue elogiado entre otros por el entonces presidente norteamericano Richard Nixon, quien reconoció que este país constituía un eje estratégico clave para la lucha contra el comunismo. El 4 de mayo de 1968, al llegar a Asunción, Nixon le dijo a Stroessner: “En el campo de los asuntos internacionales, no conozco otra nación que se haya levantado más fuerte que la suya en contra de la amenaza del comunismo”⁴⁹. La dictadura paraguaya despertaba envidias entre los militares del cono sur de América, que igualmente aspiraban a dirigir el destino de sus países por períodos prolongados que les permitieran concretar sus proyectos a largo plazo. Por esta razón, muchos de los principales agentes secretos de las tiranías latinoamericanas confluyeron en Paraguay en diversas oportunidades a fin de aprender de su experiencia represiva y coordinar estrategias para “limpiar a la región de la potencial amenaza del comunismo y la subversión”. En Argentina se siguieron los pasos de este modelo fatídico paraguayo, y lo mismo aconteció en Bolivia, Uruguay y Chile. Finalmente, y según fuentes provenientes de los archivos descubiertos en Lambaré (Asunción, Paraguay), en 1992, el Plan Cóndor se saldó con unos 50.000 muertos y 400.000 presos.

La metodología propicia para que este sistema funcionase a la perfección consistía en la detención de militantes de formaciones políticas de tronco marxista que fuesen originarios de otras naciones y que se hallasen en una de las naciones organizadoras de esta triste experiencia. Allí se les detenía por policías o militares

agentes como de sus familiares. Dicha organización, también conocida como “Sociedad Benefactora” igualmente les garantizaba la adquisición de pasaportes y visas de residencia en otros países, la transferencia de recursos económicos y financieros, y sistemas de desplazamiento para evadir los controles policiales y las demandas judiciales. La organización funcionaba en un local de la calle Teatinos, a pocos pasos del Palacio de La Moneda y estaba a cargo del general de la FACH (Fuerza Aérea de Chile) y ex-jefe de Inteligencia de esa institución, Vicente Rodríguez.

⁴⁹ Esta afirmación fue repetida hasta la extenuación por Stroessner y su gobierno como muestra de que se caminaba por el “buen sendero político ante el más alto reconocimiento internacional”.

locales o del país de origen, se les interrogaba bajo tortura y a veces se les ejecutaba en las mismas dependencias militares o policiales. Otras, se enviaban en vuelos secretos a sus sitios de habitabilidad común, donde conocían la muerte. La lucha contra el terrorismo era el eje político de estos procedimientos, y por supuesto ni había juicios, ni respeto a los Derechos Humanos, ni nada. Entre los asesinados se encuentran Carlos Prats González quien fuera vicepresidente de Chile y ministro de Estado en el gobierno de Salvador Allende y que fue ejecutado el 30 de septiembre de 1974 en Buenos Aires, junto a su esposa Sofía Cuthbert. Otro ex-vicepresidente de la República de Chile, y abierto opositor al régimen de Pinochet estuvo en la mira de los servicios de inteligencia. Nos referimos a Bernardo Leighton, alto dirigente del Partido Demócrata Cristiano, a quien cuando se hallaba de visita en Roma se le prohibió regresar a su país, bajo la acusación de desarrollar “actividades antichilenas”. Leighton promovió el acercamiento de la Democracia Cristiana con los grupos políticos de izquierda, a fin de trabajar juntos por el retorno al sistema democrático en aquel territorio. El 6 de octubre de 1975, Pier Luigi Concutelli y Salvatore Falabella, neofascistas italianos, aliados de Stefano delle Chiaie, temporalmente al servicio de la DINA, atentaron contra Bernardo Leighton y su esposa, cuando llegaban a su domicilio en Roma. Leighton recibió un disparo en la frente y la bala salió por su oído izquierdo. Ana Fresno, su esposa, fue baleada en el pecho. Ambos sobrevivieron luego de varias intervenciones quirúrgicas y pudieron identificar a sus agresores.

Michael Townley, el norteamericano integrado a la DINA, que actuaba también con el nombre de Kenneth Enyart, y su esposa Mariana Inés Callejas, chilena que se escondía bajo el nombre Ana Pizarro, habían coordinado en Europa (igual que en el caso Prats) los detalles para el crimen de Bernardo Leighton, encargado a los grupos Avanguardia Nazionale y Ordine Nuovo, de Stefano delle Chiaie. Incluso se contó con el apoyo de agentes de la policía secreta del régimen franquista español, según reveló el fascista italiano Aldo Tisei a la Corte de Bologna.

El 21 de setiembre de 1976 la DINA ejecutó otro de sus operativos en el exterior. Esta vez actuó en el corazón mismo del gigante norteamericano, asesinando en Washington D.C. a Orlando Letelier, ex-ministro de Estado en el gobierno de Salvador Allende, y personaje clave de la oposición chilena, a quien pocos días antes Pinochet había quitado la nacionalidad, por “haber llevado a cabo en países extranjeros una campaña publicitaria tendente al aislamiento político, económico y cultural de Chile”, y “por influir en la política exterior norteamericana demandando la suspensión total de su ayuda militar a Chile”. En el atentado, cometido con bomba por control remoto, también murió Ronnie Moffit, quien trabajaba con Letelier en el Instituto de Estudios Políticos. Al igual que en los casos antes mencionados, el responsable de coordinar el operativo fue el norteamericano Michael Townley, un agente incondicional a Manuel Contreras, jefe de la DINA. “Desde que lo liberamos, Letelier ha estado dando problemas al gobierno en el exterior”, le dijo Pedro Espinoza, asistente principal de Contreras, a Townley, cuando le precisó las instrucciones para la misión de asesinar a Letelier en Estados Unidos. Para esta ejecución el mayor del ejército chileno, Armando Fernández Larios, realizó previamente un minucioso trabajo de seguimiento de Orlando Letelier en Washington D.C. Townley confesó a la justicia norteamericana que él mismo, con la ayuda del cubano anticastrista Virgilio Paz,

fabricó el artefacto explosivo y lo colocó en el automóvil del político. En el crimen también participó Dionisio Suárez, del Movimiento Nacionalista Cubano. Unas semanas antes, agentes secretos chilenos habían obtenido en Asunción pasaportes paraguayos y visas para ingresar a los Estados Unidos. También la cancillería chilena entregó a agentes de la DINA pasaportes con nombres falsos. Con el descubrimiento de los archivos del terror, en Paraguay, se confirma que el asesinato de Letelier fue gestado por Manuel Contreras, dentro de la Operación Cóndor.

Ni que decir tiene que la dictadura argentina se benefició sobremanera de esta metodología de crueldad y muerte, aunque en este país, Argentina, antes de iniciarse el ámbito democrático con Raúl Alfonsín, los militares destruyeron infinidad de pruebas incriminatorias. Claro que, en ocasiones, la justicia austral ha actuado de forma contundente varios años después, por ejemplo, en 1989, cuando se exhumó el cadáver de Ana María del Carmen Pérez, y se comprobó que el feto de nueve meses de su hija aún estaba en su interior. Ana María era una estudiante de astronomía, que ya estaba embarazada de nueve meses cuando fue secuestrada en 1976, sólo días antes de ser asesinada de tres disparos, uno de los cuales atravesó la cabecita de la niña. En mayo de 2007, el Tribunal Supremo de Argentina ha dictado una sentencia sin precedentes que reconoce a los nonatos como víctimas de la dictadura (1976-1983). La madre de la universitaria, Elvira Berta Sánchez, obtuvo el derecho a una indemnización por la muerte de su nieta a manos de las fuerzas de seguridad del Estado, de igual forma que ya la había recibido por el asesinato de su hija. Sin embargo, las instancias judiciales previas habían negado el derecho a cobrar la indemnización, alegando que Violeta no había nacido. La sentencia del Supremo acaba con la contradicción en que había entrado la justicia argentina negando el derecho de la abuela. El código civil de este país reconoce al feto como persona “desde la concepción en el seno materno”, argumento jurídico usado habitualmente para penalizar el aborto. El dictamen concluye que no hay motivo para negar la ayuda tratándose en el caso del fallecimiento de una persona por nacer, aunque con reconocimiento legal de persona física. Según confirmó un testigo arrepentido, Ana María del Carmen Pérez fue asesinada el 8 de octubre de 1976, cuando ya había tenido las primeras contracciones. Pasó por dos centros militares junto a su pareja y padre de la niña, Ricardo Gayá, que también fue fusilado. Según ha contado Elvira Berta Sánchez, los problemas para su hija y su novio empezaron cuando Gayá, policía federal, se negó a bajar a un sótano y disparar contra unos detenidos. Los cadáveres de la pareja fueron metidos en tambores de doscientos litros y rellenos con cemento antes de ser arrojados a un río. Más tarde los tambores fueron sacados del agua y los cuerpos enterrados sin identificar en un cementerio cercano a Buenos Aires. La abuela se mostró satisfecha con la sentencia, pero restó importancia a la indemnización ya que tal y como afirmó: “Buscaba que se reconociera la existencia de mi nieta; lo otro era un medio para llegar a la verdad”.

Desde la perspectiva ideológica o más bien espiritual, la influencia de la iglesia católica más radical u ortodoxa se tornó decisiva en el devenir de extorsión y muerte del que estamos hablando, tal y como ya han señalado magníficamente Horacio Verbitsky en 2005, o Emilio Mignone en 2006. Además, no fueron pocos los militares que, mientras declaraban en los juicios que se realizaron en Argentina durante la

Guerra Fría, mantuvieron la tesis de que estaban realizando una cruzada libertadora contra el comunismo internacional, o que estaban llevando a cabo una misión salvadora separando el trigo de la cizaña en la sociedad argentina, por utilizar un símil bíblico. Asimismo, como contaría el militar Scilingo- la utilización de los vuelos de la muerte fue bendecida por los sacerdotes castrenses como una medida “humana” de ejecución. Puede afirmarse, como indica Marie-Monique Robin, que a principios de la década de los setenta del siglo XX la extrema derecha católica preparaba el terreno ideológico para la toma del poder por parte del estamento castrense, predicando un modelo de sociedad integrista en lo teocrático y totalitario en lo social, con unión de ambas formulaciones, de pura inspiración francesa proveniente de la doctrina de Charles Maurras, monseñor Lefebvre o Robert Brasillach, este último periodista del semanario antisemita *Je suis par tout* (Estoy en todas partes) que fue fusilado en París en 1945. Y es que, como indicara el teólogo belga Joseph Comblin, que vivió muchos años en Brasil y Chile, “más que en cualquier otro lugar, Argentina es el país de la alianza sagrada entre los obispos y los generales”. De hecho, hay una nítida línea de continuidad desde el golpe de Estado del general José Félix Uriburu en 1930, hasta el drama protagonizado por Videla y otros en 1976. En estos cincuenta años, los adeptos del llamado “orden cristiano” no cesaron de actuar en los medios militares para animar a las máximas autoridades castrenses a instaurar gobiernos uniformados, clericales e integristas, con estructura sociopolítica totalitaria. Racimo este de planteamientos que vino a denominarse “revolución nacional” y que estaba sustentado por miembros de la sociedad civil de extrema derecha católica y que de Uriburu a Videla se organizan bajo la consigna de “restauración” y cuyo himno identitario comenzaba con la expresión “con la cruz transformada en espada, restauraremos la fe de la nación”. El mensaje no puede ser más claro. Como lo es la expresión del obispo bonaerense lefebvrista, Richard Williamson, quien, tras veinte años de excomunión por negar el holocausto nazi, ha sido rehabilitado recientemente por la iglesia católica, aunque su insistencia en afirmar “que no existieron cámaras de gas en la Alemania nazi” y que sólo murieron doscientos mil hebreos y no seis millones, hicieron reaccionar al Vaticano por lo que, en febrero de 2009, fue expulsado del país. Los seguidores de monseñor Lefebvre, que tiene seiscientos mil fieles repartidos por todo el mundo, además de casi quinientos religiosos (veintidós de ellos en Argentina), reivindican la Inquisición y cuestionan la teoría de la evolución, además de otras cuestiones de esta índole. No nos parece descabellada la idea según la cual y a tenor de los hechos que hemos narrado, fuese Argentina el país en el que floreció con mayor fuerza y prestancia esta irracional, sectaria y truculenta ideología clerical, tan llena de maldad y tan alejada del dogma cristiano. Pero hay precedentes. En el llamado Documento de Puebla, en 1979, que coronaba la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano, los obispos expresaron lo que sigue, en la “Reflexión sobre la violencia política”:

“En los últimos años se afianza en nuestro continente la llamada Doctrina de Seguridad Nacional, que es de hecho más una ideología que una doctrina. Está vinculada a un determinado modelo económico político, de características elitistas y verticalistas que suprime toda participación amplia del Pueblo de las decisiones políticas. Pretende incluso justificarse en ciertos países de América Latina como doctrina defensora de la

civilización occidental y cristiana. Desarrolla un sistema represivo, en concordancia con su concepto de “guerra permanente”.

En algunos casos expresa una clara intencionalidad de protagonismo político.

El texto no puede ser más claro y parece estar escrito para resumir la propia situación sociopolítica del país austral que ahora estamos estudiando.

La Escuela Francesa y el terrorismo de Estado en Argentina

Pierre Abramovici publicó, el 15 de junio de 2001, en *Le Point*, un artículo que tituló “La otra guerra de Aussaresses: cómo Francia exportó la tortura a la Argentina”. En él habla del controvertido general Paul Ausaresses que pasó a la jubilación el 6 de junio de 2001 en París, y quien fuera agregado militar en Brasil entre 1973 y 1975. Durante la II Guerra Mundial trabajó en los servicios especializados de espionaje e inteligencia del ejército galo (SDECE), y en la guerra de Indochina se incorporó al GCMA (Agrupación de los Comandos Mixtos Aerotransportados), una unidad específica dirigida por el teniente coronel Roger Trinquier, sin duda “el principal teórico de la guerra revolucionaria”⁵⁰. A él se deben los primeros estudios en profundidad de la obra y pensamiento de Mao Zedong y se transformó en el máximo conocedor de las formas de lucha de los nativos en las guerras contra Francia en Indochina.

Casi sin medios, en particular de transmisión, Trinquier obtiene en esa época la ayuda de la CIA, que decide aportar, a su unidad, dos funcionarios de enlace. Para los estadounidenses las lecciones aprendidas en el GCMA no serán inútiles. Para Aussaresses tampoco. En 1957 encontrará a Trinquier en otro terreno: la batalla de Argel... Para los jóvenes oficiales que vuelven de Indochina, se trata de una guerra de la misma naturaleza: revolucionaria, no anticolonial. Y todo el ejército francés se convierte a las teorías de la guerra anti-subversiva o psicológica. Los militares encuentran un oído atento en el ministro de Defensa, Maurice Bourges-Maunoury, que acepta crear, en 1956, un servicio de acción psicológica y de información, vinculado a los “Cinquièmes Bureaux” (5ª Sección especial) de los Estados Mayores encargados de las mismas tareas. El coronel Jean Guardias, responsable del Cinquième Bureau de Argel dirá más tarde: “Libramos en Argelia nuestro último combate de hombres libres”.

En 1957, “Trinquier-la cabeza-y-Aussaresses-sistema motor” son auxiliares del general Jacques Massu, que obtuvo plenos poderes en Argel. Trinquier teorizó sobre la represión en zonas urbanas: división de la ciudad en áreas, fichaje de sospechosos, allanamientos y, extorsión para la obtención de información, incluidas las torturas. Se inaugura la práctica de la desaparición de personas destinada a aterrorizar a la población. Aussaresses la aplica.

⁵⁰ Abramovici, Pierre, “La otra guerra de Aussaresses: cómo Francia exportó la tortura a la Argentina” en *Le Point*, 15 de junio de 2001, p. 2. La información más precisa y seria sobre la influencia francesa en los procesos argentinos se ubica en el excelente libro -que nosotros seguimos- Robin, Marie Monique. *Escuadrones de la Muerte. La Escuela francesa*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2005. Se trata de un trabajo exhaustivo y muy bien documentado, además de totalmente esclarecedor.

En otra región, muy lejos de África del Norte, otro ejército se apasiona por los métodos franceses: el argentino, que acaba de derrocar a Juan Domingo Perón. En 1957, recién regresado de la Escuela Superior de Guerra de París, el coronel Carlos Rosas, que se ha convertido en subdirector de la Escuela de Guerra de Argentina introduce un ciclo de estudios sobre la “guerra revolucionaria comunista”. Futuro jefe de la policía federal bajo la dictadura del general Videla, el general Ramón Camps, transmitió a los “jefes del ejército francés”, la petición presentada por Rosas y el envió a la escuela de guerra argentina de los tenientes coroneles Patrice de Naurois y François-Piedra Badie. Camps escribe que “sus cursos son el resultado directo de la experiencia francesa en Indochina, aplicada en esos momentos en Argelia”. El 11 de septiembre de 1958, nace el idilio. El ministro de defensa, Jacques Chaban-Delmas, autoriza a sesenta cadetes pertenecientes a la primera promoción “francesa” del ejército argentino a realizar un viaje de estudios a Argel. Otros sesenta viajarán directamente a la Francia continental, porque en esa época Argelia era colonia de Francia. Este entendimiento se consolida lógicamente con el establecimiento en Argentina de una misión militar francesa permanente en febrero de 1960. Esta misión incluye tres oficiales superiores calificados de “asesores” cuya misión es “acrecentar la eficacia técnica y la preparación del ejército argentino”.

Durante este período, Aussaresses está en la sombra pero un hombre de peso, Pierre Messmer, aparece en escena. Este oficial legionario, combatiente de la primera hora de la Francia libre, se convierte en febrero de 1960 en ministro de defensa. Quince días antes, servía todavía en el “Djebel”, el regimiento que Roger Trinquier acababa precisamente de dejar. Lo menos que puede decirse de él, es que es enemigo de los conceptos de guerra contra-revolucionaria. Messmer envía a Buenos Aires nada menos que al general André Demetz, jefe de estado mayor del ejército de tierra, acompañado del teniente coronel Henri Grand d’Esnon, para instalar la misión. Este último pronuncia, el 26 de mayo de 1960, en la Escuela de Guerra argentina una conferencia donde describe todos los aspectos de la guerra subversiva y hace especial hincapié sobre el lugar central del ejército en el control social de la población y en la destrucción de las fuerzas revolucionarias. Su texto de veintidós páginas, se publica en la revista de la Escuela de Guerra Argentina; un prelude, con el correr de los años, de la edición de otros textos de teóricos franceses.

El triunfo, en 1959, de la revolución de Fidel Castro en Cuba había molestado profundamente a los norteamericanos y en 1960 en Fuerte Amador (Panamá) se establece un centro de lucha anti-revolucionaria y anti-marxista: la CEA (Conferencia de los Ejércitos Americanos). Así ve Pierre Abramovici esta fundación:

“Esta organización típica de la Guerra Fría, reúne secretamente cada año a los responsables militares latinoamericanos, con sus homólogos del Pentágono. Allí trabajan juntos con un único objetivo: la interconexión de los servicios de información y la formación homogénea de las fuerzas armadas del continente. En la reunión de julio de 1961, el general Spirito, jefe de Estado Mayor del Ejército de Tierra argentino, propone la idea francesa a sus colegas y de allí surge el Curso Interamericano de Lucha Antimarxista, dirigido por el coronel López Aufranc, antiguo cursillista de la Escuela de guerra francesa. Concurren y participan en los cursos treinta y

nueve oficiales representantes de trece países de América Latina y de Estados Unidos: todo un éxito para el ejército francés. El embajador de Francia en Argentina escribe en un mensaje al Quai d'Orsay que el papel de los asesores militares franceses en la concepción y la preparación de este curso fue determinante [...] y se debe destacar la presencia de militares de Estados Unidos entre los participantes a esta pasantía, donde se reserva un lugar importante al estudio de la lucha antimarxista [...] y según métodos que se benefician ampliamente de la experiencia adquirida en este ámbito por el ejército francés”⁵¹.

Estamos ante una tarea formativa lenta que culminará en la Operación Cóndor. Uno de los “profesores” militares franceses que más influirá en sus homólogos argentinos será el comandante Boulnois, autor de numerosos textos sobre la guerra revolucionaria y quien sustentaba que era mejor ejecutar al adversario para así evitar que éste matara diez veces más, pues al ser considerado terrorista, su deceso caería en el más absoluto anonimato. Sin duda, un joven, por entonces, Jorge Rafael Videla se iba a hacer eco de estas enseñanzas.

La influencia gala en el ámbito uniformado argentino entre 1956 y 1965 fue espectacular. De 1965 a 1973 París se dedica a la venta masiva de armamento bélico y en este último año comienza de nuevo la actividad formativa antiguerrillera. Por entonces, Pierre Messmer se ha convertido en primer ministro con Georges Pompidou y el nuevo jefe de la misión francesa en Buenos Aires será Robert Servant. Había combatido en Indochina, y también luchó contra la guerrilla del Frente de Liberación Nacional (FLN) en Argelia. Y en Madrid había conocido al teniente coronel Reynaldo Bignone, uno de los hombres más significativos en la junta que conquistó el poder por la fuerza en 1976. Servant es abogado en Buenos Aires en el estado mayor del Ejército (piso 12) dirigido entonces por el general Videla. Servant mantiene distancia con la embajada, lo que confirma el embajador François del Gorce, y si ocurren problemas se contacta con el SGDN (Secretaría General de Defensa Nacional), cuya dependencia era directa del primer ministro, Jacques Chirac, y sucedió a Messmer en 1974. Está también en contacto con un jefe del SDECE para Brasil y Argentina, el capitán Pedro Latanne. Quien depende del agregado militar en Brasil, un veterano llegado a Brasilia en 1973, que es Paul Aussaresses.

Para 1974 el ejército argentino junto con el chileno y el uruguayo establecen las bases de lo que luego sería la Operación Cóndor, o los puntales de la cooperación para el secuestro y el asesinato. He aquí las consecuencias:

“A principios de 1975, la primera gran operación antiguerrillera llevada a cabo en Argentina es en la provincia de Tucumán. El general Antonio Bussi que logrará, un año más tarde, una amplia victoria sobre la guerrilla izquierdista mediante el reagrupamiento de poblaciones, la tortura y las ejecuciones sumarias, etc., es también un antiguo alumno de

⁵¹ Abramovici, Pierre. “La otra guerra de Aussaresses: cómo Francia exportó la tortura a la Argentina” en *Le Point*, 15 de junio de 2001, p. 4.

los franceses. Su antecesor a comienzos del operativo, el general Vilas, reconocerá más tarde: “Aplicamos los métodos establecidos por los franceses en Indochina y Argelia”. Dirá incluso que la obra de Trinquier: guerra, subversión, revolución, es su libro de cabecera. En la primavera de 1975, por otra parte, las ediciones militares tradujeron todas las obras de los expertos franceses, Trinquier, Lacheroy, etc., y es en base a esas mismas fuentes que los militares argentinos diseñan en parte el orden de batalla que darán a luz en marzo de 1976, para instalar su dictadura. Es indudable que combinaron sabiamente las teorías americanas sobre la guerra clásica, la teoría francesa de la contrasubversión y el esquema Trinquier: división en zonas, fichaje, allanamiento, tortura y desapariciones. La batalla de Buenos Aires es copia fiel de la batalla de Argel. El que nos lo dice hoy no es otro que el general Bignone, último jefe de la junta militar, en su época adjunto de Videla en el Estado Mayor del Ejército donde trabajaba Servant, que es por otra parte su amigo íntimo. Servant se relaciona también con Albano Jorge Hargindeguy que será desde marzo de 1976 ministro de Interior de la Junta”⁵².

Por si fuera poco, los militares argentinos habían desarrollado un plan titulado CONINTES (Conmoción Interna del Estado) destinado a prevenir todo movimiento de lucha civil contra el gobierno y sus instituciones. Servant dejó Argentina en 1976 y le sucedió el coronel L'Henoret, en la etapa en que se inicia la guerra sucia contra el pueblo argentino. La semilla francesa había prendido⁵³.

En julio de 1976, la CIA describe una “conferencia Cóndor” en Santiago de Chile en la que se habla de operaciones en París: en un acuerdo separado, los servicios uruguayos de inteligencia aceptaron operar con sus homólogos argentinos y chilenos contra grupos de izquierda, bajo cobertura de París. El mismo mes, el secretario de Estado de USA, Henri Kissinger, lo confirma en un texto distribuido a varias embajadas americanas en Europa, en particular, en París, en el que informa que este grupo desarrollará actividades en la capital francesa. En septiembre de 1976 la CIA se hace eco de lo que llama un particular ataque a la seguridad. Los servicios de información franceses se enteran de la existencia de la Operación Cóndor. Nadie lo sabe pero algunos meses más tarde, se envía a un equipo uruguayo a París con el fin de efectuar operaciones no especificadas, seguramente localizaciones para ejecutar a opositores pese a la seguridad convenida. Y sobre todo, los argentinos instalan en 1977 el Plan Cóndor en París, en un anexo de la embajada argentina, avenida Henri-Martín, 83; es decir, trasladan a la capital francesa su operativo más cualificado para estar junto a las fuentes primarias y organizativas de tal infraestructura. Y que más tarde, los torturadores argentinos lo fueron desplazando progresivamente hacia el Norte y Centroamérica, nuevo lugar de confrontación entre las fuerzas armadas y los opositores. Enviaron varias misiones a Centroamérica con el objeto de ayudar a la

⁵² *Ibíd.*, p. 6.

⁵³ Como, por cierto, también prendieron estas teorías en el ejército norteamericano, como opina Pierre Abramovici, aunque la Administración USA nunca lo admitió.

represión y comenzaron a organizar periodos de prácticas de lucha contra la subversión a partir de la primavera y el otoño de 1979 en Buenos Aires con el fin de formar a los militares centroamericanos. La caída de la dictadura somocista en julio de 1979 fomentó, obviamente, la adopción de normas comunes en la lucha antisubversiva y en particular, gracias a los argentinos y a sus teóricas bases francesas⁵⁴. Curiosamente en este proceso va a jugar un papel protagonista involuntario la película del cineasta italiano, militante del PCI, Gillo Pontecorvo *La batalla de Argel*. En ella se narran los métodos de guerrilla urbana que emprendió el FLN argelino, y que eran seguidos por todos los grupos marxistas de América Latina. La cinta era visionada por el ejército argentino a instancia de los instructores galos precisamente para conocer las técnicas guerrilleras, el objetivo contrario que buscaba el director italiano⁵⁵.

El 4 de enero de 1981, en el diario *La Razón*, el general Camps expresó en una nota que pertenece a una serie de artículos firmados por el mencionado general con el título “Derrota de la Subversión. Apogeo y declinación de la guerrilla en Argentina”:

[...] En Argentina recibimos primero la influencia francesa y luego la norteamericana, aplicando cada una por separado y luego juntas, tomando conceptos de ambas hasta que llegó un momento en que predominó la norteamericana. [...] Francia y Estados Unidos fueron los grandes difusores de la doctrina antisubversiva. Organizan centros, particularmente Estados Unidos, para enseñar los principios antisubversivos. Enviaron asesores, instructores. Difundieron una cantidad extraordinaria de bibliografía.

Esta idea enlaza, además, con lo que ya en 1965 el general Onganía había expresado al respecto, pues tenía claro que su país debía estar aliado con USA para defender el sistema de vida que le era propio: el occidental y cristiano “contra los embates del totalitarismo rojo”. De la misma manera se expresaba el general Saltieri en 1973 en el diario *La Prensa*:

“La Primera Guerra Mundial fue una confrontación de ejércitos, la Segunda lo fue de naciones y la tercera lo es de ideologías. Los Estados Unidos y Argentina deben marchar unidos en función de sus ansiedades y anhelos comunes”.

De nuevo el general Camps era de la misma opinión:

“Hay que partir de una concepción estratégica global, ya que Argentina no es más que un campo operacional en un enfrentamiento global, un enfrentamiento entre Moscú y los EE.UU.; lo que la Unión Soviética procura no es desestabilizar a Argentina sino a los EE.UU., para lo cual necesita gobiernos en la región para que los desestabilicen”⁵⁶.

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 12-15.

⁵⁵ Ha trabajado estas cuestiones con bastante precisión Marie-Monique Robin, “La letra con sangre entra. El rol francés en la guerra sucia”, en *Página 12*, el 3 de septiembre de 2003, y de la misma autora, “La escuela francesa”, en *Lote*, nº 88, Santa Fe, 2004.

⁵⁶ Revista *La Semana*, 3 de febrero de 1983.

Y todo ello en consonancia con el discurso que pronunció ante el Congreso de los Estados Unidos, el entonces Secretario de Defensa de Kennedy, Robert MacNamaara, quien en 1963 afirmó:

[...] Probablemente el mayor rendimiento de nuestras inversiones de ayuda militar proviene del adiestramiento de oficiales seleccionados y de especialistas clave en nuestras escuelas militares y sus centros de adiestramiento en Estados Unidos y ultramar. Estos estudiantes son seleccionados cuidadosamente por sus países para convertirse en instructores cuando regresen a ellos. Son los líderes del futuro, los hombres que dispondrán de la pericia y la impartirán a sus fuerzas armadas. No es necesario que me detenga a aplicar el valor que tiene el disponer en cargos de dirección de hombres con un conocimiento de primera mano de cómo los norteamericanos actúan y piensan. Para nosotros no tiene precio hacernos amigos de estos hombres [...] Nuestro objetivo primordial en Latinoamérica es ayudar, donde sea necesario, al continuo desarrollo de las fuerzas militares y paramilitares, capaces de proporcionar, en unión con la policía y otras fuerzas de seguridad, la necesaria seguridad interna”.

Se había gestado una idea, en el seno de las fuerzas armadas, según la cual los militares argentinos eran los únicos elementos puros de una sociedad “contaminada” por el “cáncer comunista” en el resto de sectores sociales e instituciones nacionales. Este es uno de los principios constitutivos de la teoría de seguridad nacional que presupone a los uniformados castrenses como la primordial reserva moral del país ante la claudicación ética del poder civil ante el comunismo internacional. De esta manera, el ejército tenía la misión salvadora de la patria de emprender una “guerra” contra la subversión. Y en este esquema, los asesinatos de civiles no eran tales, sino bajas como en una contienda tradicional. A este respecto, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, el general Manuel Ibérico Saint Jean, ya afirmó que, según su criterio, aunque seguía en ello la doctrina más pura fascista, que “no es cierto que el pueblo jamás se equivoca o que siempre tiene razón [pues] las mayorías no pueden tener en su conjunto lo que no tienen las individualidades, de manera que no son omnisapientes y se equivocan como cualquiera”. Por su parte, el capitán de navío, Horacio Mayorga, en una alocución expresada en la base Almirante Marcos Zar insistía en que:

“Nuestra Institución es sana, no está contaminada con las lacras del extremismo ni con la sofisticación de un tercer mundo que no da la vida el verdadero Cristo, ni con la tortuosa y demagógica actitud de caducos políticos que ayer adoptaron posiciones que hoy olvidan”⁵⁷.

El general Videla no podía ser más contundente. Así respondía a un periodista cuando éste le insistió en la necesidad de realizar una investigación más profunda sobre el problema de los desaparecidos:

⁵⁷ Diario *Claridades*, 18 de marzo de 1989.

“Me parece que lo que usted quiere decir es que investiguemos a las fuerzas de seguridad, y eso sí que no. En esta guerra hay vencedores, y nosotros fuimos vencedores y tenga la plena seguridad que si en la última guerra mundial hubieran ganado las tropas del Reich, el juicio no se hubiera hecho en Nuremberg sino en Virginia”⁵⁸.

Claro que lo que se habían olvidado las fuerzas armadas, tal y como expresaría Raúl Alfonsín en un mensaje presidencial de 10 de diciembre de 1983, es que en todas las naciones desarrolladas, cualesquiera que sean sus regímenes políticos o su signo ideológico, el ejército siempre ha de estar supeditado a la autoridad civil legal y democráticamente constituida. Y todo ello bajo el amparo de constituciones que garanticen el Estado de Derecho.

La batalla de Argel

Se trata de una de las películas icónicas de la historia del cine y el mejor alegato de la sublevación argelina antifrancesa y uno de los testimonios más representativos de las revueltas anticoloniales tan notables en la década de los sesenta del siglo XX. El argumento es así: Brahim Hadjadj es un ladronzuelo analfabeto con un largo historial delictivo, que malvive en las calles de Argel como trilerero. Tras ser detenido, en uno de sus ingresos a prisión, contempla desde la ventana de su celda la ejecución de un preso vinculado al nacionalismo argelino. Este hecho le hace tomar conciencia de la opresión colonial francesa sobre Argelia, y decide enrolarse tras su fuga, en el Frente de Liberación Nacional, para terminar siendo, al final de la película, uno de sus responsables máximos. La trama comienza por el final, situando la acción en el 7 de octubre de 1957, desde donde se inicia un largo camino que refleja la toma de conciencia e implicación en el movimiento nacionalista argelino del personaje principal. La película se estrenó en 1965, con el título original *La battaglia di Algeri*, y obtuvo el León de Oro de la Mostra de Venecia y el reconocimiento de la federación internacional de la prensa cinematográfica en el mismo certamen.

El proyecto surgió del singular producto de un encuentro excepcional entre el primer gobierno independiente argelino, encabezado por el carismático Ben Bella y el cine político italiano incubado desde las filas del PCI. Su primera inspiración partió del ex-jugador de fútbol y antiguo responsable del FLN (Front de Liberation National), Yacef Saadi, que el espectador podría identificar en la pantalla bajo el rostro de uno de sus protagonistas, Saari Kader. En 1964, Saadi recibió el encargo de su gobierno de buscar a un director italiano que filmase el primer largometraje de ficción propiamente argelino. Aunque la película no oculta nunca que se trata de una reconstrucción, y evoca la minuciosidad de una crónica periodística (sin que para ello se utilice ni un solo metro de material documental), su lógica interna no es la del cine político convencional, sino que retoma el aliento del mejor cine soviético. Aquí, aunque el

⁵⁸ CONADEP, *Nunca Más, Capítulo V, El respaldo doctrinario de la represión*, Buenos Aires, 1984.

tratamiento coral de la película da un sello de autenticidad y de vigor extraordinario, la trama está enfocada como una narración policial, y su verosimilitud fílmica no está perturbada por la necesidad de ningún subrayado político. Este es consecuencia natural de lo que dicen las imágenes.

A través de un largo proceso se cuenta con precisión el desarrollo final de la descolonización de Argelia, desde el 1 de noviembre de 1954 hasta el 5 de julio de 1962, fecha de la independencia argelina de Francia. Se insiste en la lucha de la casbah de la capital frente a la metrópoli y liderada por el Frente Nacional de Liberación (FNL) en cuya dirección estaba el revolucionario Kader Saadi, que luchará contra el coronel galo Mathieu y cuya visión se centrará en terminar con las acciones terroristas del FLN, junto a los temidos cuerpos de paracaidistas franceses.

La importancia de esta cinta estriba en la reflexión y análisis que supone sobre todo tipo de lucha por la liberación nacional. Los dos bandos están establecidos de antemano, el pueblo argelino que busca la independencia, fundamentalmente a través del FLN, y los colonos que, ayudados por la metrópoli, tratan por todos los medios de perpetuar el colonialismo. Los métodos de los que se sirven son enormemente significativos. Francia envía a sus tropas de paracaidistas para acabar con el FLN; para el coronel Mathieu –extraordinariamente encarnado por Jean Martín- hay que descabezar al FLN porque es como la solitaria, se puede desprender de muchos anillos pero, si no se alcanza la cabeza, seguirá reproduciéndose indefinidamente. Hay que localizar a los dirigentes y, para conseguirlo, cualquier medio es bueno. El razonamiento de Mathieu es coherente. No se trata de si se puede utilizar o no la tortura. Se trata de si se está dispuesto a que Argelia siga siendo una colonia de Francia y, en caso afirmativo, hay que destruir a los que tienen como bandera la independencia, sin que importen los métodos. Si se localiza torturando a militantes, se les tortura. Por otra parte, sin ejército, sin armas, sometidos a la diaria explotación francesa, el FLN no tiene más posibilidad que el atentado, que crea una situación de inseguridad, para obligar al colono a volver a Francia, y para poder hacerse con las armas de los policías y militares muertos.

La táctica de Mathieu da resultado y los cuatro responsables del FLN son apresados, o -como Alí la Pointe- volados por los aires. Pero la policía y el ejército francés se ven desbordados por un pueblo que está decidido a alcanzar su independencia y sus derechos, al precio que sea. Por eso, Pontecorvo trata de aclarar que los paracaidistas del coronel Mathieu no son los responsables de lo que ocurre. Son únicamente el instrumento de la represión colonialista. Por ello, Mathieu niega que ellos sean fascistas y arguye que muchos de ellos tienen un brillante historial en la resistencia francesa contra el nazismo. Además, Mathieu, a las preguntas de los periodistas sobre sus métodos para acabar con la guerrilla terrorista del FLN, insiste en que su principal responsabilidad, en aquella lucha, era hacer que Argelia fuese una provincia francesa, tal y como deseaba la mayoría de los franceses, incluido el PCF.

En la película hay imágenes muy ilustrativas de cómo los militares galos actuaban contra la insurgencia local, contra la subversión en una palabra, imágenes que serán después utilizadas por los militares argentinos y también norteamericanos para intentar abatir cualquier conato de sublevación urbanita, tanto en Argentina

como en las áreas de influencia zonal norteamericanas. Es evidente, a este respecto, que Pontecorvo traslada al celuloide aquello que le han contado los miembros del FLN, con los que compartió ideas, puntos de vista y guión para la realización de la película. Por eso hay tanta precisión narrativa en la metodología y forma de actuación de la guerrilla argelina y que, paradójicamente, será utilizada en contra de todos los movimientos guerrilleros y terroristas de raíz comunista a partir de la edición de la cinta. Y es que Pontecorvo enseña al espectador, a lo largo de más de dos horas de metraje, que hay una nueva guerra en marcha en el mundo distinta a los conflictos bélicos clásicos entre naciones y de la que son partícipes niños, mujeres y población civil en general. Guerra que tiene una estructura bien diferente a todo lo conocido con anterioridad y que se muestra en esta película y que acabará convirtiéndose en un documental con fines formativos que dará la vuelta al mundo, visionándose en las principales academias castrenses, también en las argentinas.

Pontecorvo demuestra duramente que no hay imperio colonial que conceda la independencia por vías pacíficas. En *La batalla de Argel*, su director da a conocer la epopeya popular de un país en busca de su libertad y en cuya búsqueda sufre las consecuencias de la represión, aunque también se enseñan la violencia de las acciones terroristas del FLN. Claro que las imágenes que se muestran hacen decantar al espectador al lado argelino. Y, tal como venimos insistiendo, además de transformarse esta película en un referente intelectual de todos los grupos de izquierdas del mundo, también sirvió para perseguir los métodos de acción terrorista de todas las guerrillas marxistas de la época, especialmente de las ubicadas en Sudamérica, y aún más notablemente de las que vieron la luz en Argentina, tal y como hemos narrado páginas atrás.

Secuestro de ideas

Los militares argentinos, en el recorrido que acabamos de trazar, no sólo buscaron la aniquilación física de los enemigos que se habían propuesto y que Jorge Rafael Videla definió sádicamente en 1978:

No tienen entidad, no están vivos ni muertos... están desaparecidos.⁵⁹

Como irónicamente resaltan los profesores vallisoletanos, Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Á. Pérez Sánchez, “probablemente el general Videla cuando pronunció estas palabras no conocía el comentario aparecido en la publicación bolchevique *El Terror Rojo*, el 1 de noviembre de 1918: “No estamos en guerra con individuos aislados. Exterminamos a la burguesía como clase. Este es el sentido y la esencia del terror rojo”. Desaparición y exterminio son dos términos desgraciadamente muy frecuentados por los regímenes antidemocráticos más violentos del siglo XX”.⁶⁰

⁵⁹ Citado por el profesor Jorge Alberto Perea, *Silencios y miedos*, <http://www.monografias.com/trabajos23/silencios-y-miedos/silencios-y-miedos.shtml>, consultado el 26-09-2011, p. 2 y ss.

⁶⁰ Entrevista realizada a los profesores Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Á. Pérez Sánchez en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, el 30 de mayo de 2008.

Las autoridades militares consideraron que también era necesario homogeneizar a la sociedad en una cultura de carácter autoritario y sustituir la adscripción democrática, en muchos casos retórica, de la clase media y de los sectores subalternos, por nuevos valores, mediante su institucionalización desde el sistema educativo. De forma explícita la educación fue planteada como instrumento para una “formación del espíritu”, en detrimento de una cultura científica. Esta política educativa adquirió una dimensión represiva en el plano ideológico pues apuntaba a destruir todas las formas de expresión vinculadas a las corrientes de pensamiento en boga durante la década de los sesenta y la primera parte de los setenta. Los intelectuales argentinos (en muchos casos marxistas en sus múltiples variantes) habían formado parte de organizaciones políticas partidarias de nuevas metodologías de trabajo con fuerte arraigo popular. Para los represores no sólo era fundamental erradicar la presencia física de los intelectuales, sino que se imponía evitar que sus contribuciones teóricas siguieran “infiltrándose” en la escuela y en la universidad. Esta mentalidad autoritaria, virulentamente anticomunista y chauvinista tenía sus raíces en el clericalismo y nacionalismo conservadores de principios del siglo XX. Después de la Revolución cubana, esta disposición de espíritu se había hecho cada vez más fuerte entre los militares, y constituía la base de la política de éstos para defenderse contra la izquierda armada durante los años setenta. Pero el terror también permitió a los militares dominar y suprimir las asociaciones corporativas dirigidas por los sindicatos, que antaño habían podido neutralizar y a veces derrocar gobiernos. Con el pretexto de frenar a la izquierda, la junta usó el mecanismo de las desapariciones, la tortura y el asesinato en masa para amputar al movimiento obrero, sus dirigentes y aplastar una gran red de asociaciones de nivel inferior.

Desde el momento mismo del golpe, la dictadura distribuyó en todos los espacios culturales listas negras en las que figuraban actores, artistas, intelectuales y libros de circulación prohibida. La elaboración de estas listas era instrumento para impedir la distribución de una carga cultural considerada insegura para la sociedad. Mediante estas medidas se instalaba una falsa dicotomía entre valores nacionales y valores apátridas, foráneos, extranjeros (los antivalores). Esta legitimación de una cultura totalitaria fue acompañada por los grandes medios de comunicación que no sólo omitieron informar -lo cual sería en cierto modo explicable por la combinación de censura y temor- sino que no ahorraron elogios al régimen dictatorial y a sus protagonistas. Y es que, en el informe “Nunca Más”, se cita que fueron ochenta y cuatro los periodistas asesinados. La censura cinematográfica actuó y unos setecientos títulos fueron prohibidos y la mayoría de cintas totalmente mutiladas, mientras la producción local capitaneada por Ramón “Palito” Ortega y Sergio Renal edulcoraba al régimen de los uniformados. La circulación de libros y revistas también fue estrictamente vigilada. Las imprentas de capital privado depuraron sus catálogos, entre otros, de textos marxistas de autores latinoamericanos o afro-asiáticos y quienes se negaron a hacerlo sufrieron la clausura inmediata, por ejemplo, las editoriales La Flor, Siglo XXI o el mítico Centro Editor de América Latina⁶¹. En el caso de las imprentas

⁶¹ Esta institución sufrió un ataque y los funcionarios del régimen llegaron a quemar un millón y medio de ejemplares. Con anterioridad se había dado otra quema de libros en Córdoba, protagonizada por el teniente coronel Jorge Garleri, quien llegó a afirmar, como informó *La Razón*: “Hay que incinerar esta

de capital estatal, la intervención militar decidió la destrucción de todos los libros considerados inconvenientes (como le pasó a la editorial Eudeba). Por su parte, las empresas de manuales escolares reformularon su propuesta lectora para situarla en consonancia con la línea oficial.

En el sistema educativo se presionó fuertemente para que todos sus integrantes colaboraran activamente con la persecución militar y al mismo tiempo se instaló un sistema de represión local con proscripciones, desplazamientos internos y hasta despidos. Mediante la intervención de las diferentes instituciones del sistema educativo dependientes de la nación, incluyendo a las universidades, todo quedó bajo las órdenes directas del Ministerio de Educación. La gestión de Ricardo Bruera al frente de esta institución, tenía como premisa restaurar el orden y asegurar el cumplimiento efectivo del proyecto del bloque cívico militar en el poder. El plan de acción en la educación de este bloque fue explicitado tempranamente. El 25 de marzo de 1976 la junta de comandantes dio a conocer los “propósitos y objetivos básicos para el Proceso de Reorganización Nacional”. En el apartado ocho de este documento se expresa que uno de sus objetivos era la “conformación de un sistema educativo acorde con las necesidades del país, que sirva efectivamente a los objetivos de la Nación y consolide los valores y aspiraciones culturales del ser argentino”. En este sentido, se instaba a la escuela a luchar por el impulso de la libertad y la seguridad de la sociedad. Para hacer frente al caos en el que, según la perspectiva de la junta, estaba inmerso el país antes del golpe, el aporte fundamental de los maestros y profesores debía ser el de transmitir contenidos vinculados con las tradiciones del mundo occidental y cristiano. Cabe acotar que, fundamentalmente en los dos primeros años de gestión de la dictadura, primaba la idea de que tanto la escuela como la familia eran los objetivos predilectos de la “subversión” para su destrucción. En junio de 1976, el general de brigada Albano Harguindeguy, en un mensaje dirigido a toda la nación por la cadena oficial de radio y televisión con motivo del asesinato del jefe de la policía federal decía: “Una advertencia: padres, madres e hijos, las ideas nefastas de la izquierda marxista atentan contra nuestras familias, nuestra bandera, nuestra patria y nuestra libertad. Sepamos defenderlas”⁶².

Para instalar en el ámbito formativo los conceptos de “enemigo”, “guerra”, “subversión” e “infiltración”, en 1977 se difundió por resolución ministerial en todas las unidades educativas el documento “Subversión en el ámbito educativo”. Este folleto pretendía esclarecer a los maestros y profesores sobre las características del accionar de los “grupos y agentes antinacionales” y cómo se los podía detectar. La intención implícita era que los docentes denunciaran a sus propios colegas. Durante los años mencionados se privilegiaron los mandatos institucionales referidos a la función del profesor y a sus responsabilidades respecto a la selección, organización y presentación de los contenidos. Además de la transmisión de enseñanzas aparentemente neutrales, los “maestros profesores no intervendrán en la formulación de objetivos, caracterización y nóminas de contenidos”⁶³. El docente debía, así, llevar

documentación perniciosa que afecta al intelecto, a nuestra manera de ser cristiana... y en fin a nuestro más tradicional acervo espiritual sintetizado en Dios, Patria y Hogar”.

⁶² *La Nación*, 4 de noviembre de 1976.

⁶³ Resolución ministerial 204/77.



al aula las disposiciones curriculares decididas desde la conducción educativa. Esta perspectiva trasladaba a la escuela formas de organización queridas a la mentalidad militar. Durante la dictadura se difundieron guías, para reconocer al enemigo en las aulas a partir de su léxico, donde se especificaba que la utilización de vocablos como diálogo, burguesía, proletariado, América Latina, explotación, cambio de estructuras y capitalismo eran sospechosas. En medios masivos, como *Gente* o *Para ti*, se les advertía a los padres sobre la posibilidad de que sus hijos se hicieran subversivos o enemigos de Dios y la patria. Podemos afirmar que, cuando la dictadura se refería a los docentes, lo hacía fundamentalmente desde el lugar que éstos ocupaban en la sociedad argentina como agentes militantes de la defensa de una cultura occidental y cristiana amenazada por una “anarquía internacional” que buscaba la disolución moral y política de la república. Los militares señalaban que la función esencial de quienes enseñaban era la de formar prioritariamente los aspectos espirituales y morales en el desarrollo de la personalidad de los alumnos (vistos como un todo, sin diferenciarlos por género masculino o femenino). En este discurso la transmisión de contenidos disciplinares era colocado en un segundo plano.

Acerca de lo que estaba pasando en el ámbito represor y asesino, dentro de la estructura docente el hermetismo era total y solamente funcionaban los rumores más negros que presagiaban futuros aún más preñados de dolor:

Yo me enteré más tarde que en aquellos años no había manera de saber qué estaba pasando con los desaparecidos lo que, por cierto, era bastante inteligente por parte de los militares. Estaba basado en el terror y en los secuestros, todo ello de forma bien selectiva y asustaba a la gente que había que asustar, a los intelectuales, a los profesores universitarios, a los políticos y sindicalistas opositores. Era un terror masivo pero selectivo. Era ir uno por uno y saber que los vecinos iban a contar el operativo, el secuestro, iban a transmitir a sus amigos lo que esperaba a los disidentes. A veces, los militares soltaban a presos que tenían en los campos de concentración para difundir el terror, el pánico entre sus camaradas... Los militares refinaron las técnicas represivas francesas en Argelia. En las universidades y en los liceos se borraron todas las pintadas, todos los *graffitis*.⁶⁴

En esta misma línea interpretativa se sitúa también Nicolás Sisinni cuando indica que en la universidad se cambiaron los planes de estudio y hubo profesores que, de repente, dejaron de dar clase. La tradición hispanoamericana era considerada por la dictadura y sus colaboradores un valor fundamental de la nacionalidad. Por ejemplo, en el artículo “Lenguas autóctonas en la escuela argentina”, el diario *El Sol* decía que “Preocupados por las lenguas extranjeras, en especial las del Viejo Mundo, nos hemos olvidado totalmente de las autóctonas, muchas de las cuales junto con las aborígenes se han extinguido totalmente [...] Ningún plan de estudios de la enseñanza media ha contemplado ni antes ni ahora, y lo que es peor, ni siquiera se considera en los proyectos de reformas a los planes y programas recuperar toda esa riqueza idiomática.

⁶⁴ Entrevista a Pablo Francescutti, 10 de octubre de 2007.

Llegamos a extremos de sentir orgullo por la creación de una Academia del Lunfardo, que no es ni una cosa ni la otra y mantenemos el más grande silencio cuando se trata de rescatar lo más rico de nuestro acervo lingüístico. A diario nos ensordece un folclore que se va mezclando con el asfalto [...] Interesante sería pues, que tantas horas que se destinan en la enseñanza media a materias intrascendentes, que se destinara una hora por semana, aunque más no fuere, para hacer conocer nuestra lengua autóctona”⁶⁵. En estos párrafos, la imagen idílica del país verdadero era definida como el fruto del mestizaje colonial de un largo periodo de contacto entre los pueblos precolombinos y los conquistadores españoles. Sin embargo, esta identidad - consideraba *El Sol*- se encontraba en peligro, debido a la inquietante presencia de nuevos agentes culturales que destruían la propia cultura nacional. Bajo esta perspectiva conservadora se tomaba a la región histórica como un todo cerrado que subsistiría en tanto y en cuanto se librara de las influencias corruptoras de la ciudad cosmopolita y pluricultural. Por otra parte, en esta nota se apelaba directamente a las nuevas autoridades a reemplazar “materias intrascendentes” por otras que permitieran transmitir lo autóctono.

Este discurso conservador define la posición del diario. En otro artículo titulado “No puede haber educación que no esté al servicio de la tradición” se considera que “urge clarificar una serie de ideas vinculadas a la pedagogía de los últimos tiempos que fueron objeto de una sistemática y deliberada tergiversación efectuada en vistas a una finalidad claramente política [...] despojarlas de excrecencias que fueron subvirtiendo su carácter de ciencia y posibilitando el empleo de un vocabulario netamente crítico [giros tales como “pedagogía de la liberación”, “educación por la palabra”, “hombre nuevo” no significan ni con mucho lo que parecieran sugerir las palabras que intervienen en ellos] [...] no puede haber educación que no sea social y no puede haber educación que no sirva a la tradición porque ésa es su esencia”⁶⁶. Mediante un lenguaje conspirativo se consideraba que era un error toda postura crítica en el ámbito de la ciencia y la enseñanza escolar y se propiciaba la objetividad positivista como modelo a seguir. La educación sistemática debía servir esencialmente para conservar las instituciones y desalentar todo intento de reforma.

¿Qué debían hacer entonces los docentes con sus alumnos?, en primer lugar actuar como “segundos padres” y protegerlos de todo aquello que se opusiese al modelo tradicional de sociedad y, en segundo término, deberían controlarlos y vigilarlos, como harían con sus propios hijos. Esta misión fue definida por el general Bussi cuando decía que al profesorado “le cabe la tremenda responsabilidad de educar a nuestros jóvenes e hijos en el modelo “sanmartiniano” para que ellos, en última instancia, sean los destinatarios de la Argentina que todos queremos y soñamos [...] en la medida que todos lo comprendamos, podremos forjar un destino de grandeza [...] o por el contrario [se] caerá en una sociedad de esclavos donde la materia predomine sobre el espíritu”⁶⁷. Esto es, la dictadura se autoproclamaba como la impulsora de la recuperación el proyecto de grandeza nacional soñado por los “padres fundadores de la Patria”. Bussi anunciaba entre líneas que nadie podía evitar elegir partido a favor o

⁶⁵ *El Sol. Diario de Catamarca*, 26 de abril de 1976.

⁶⁶ *Ibídem*.

⁶⁷ *Ibídem*.

en contra de la dictadura, pues la remisión a tomar una posición era catalogada como un sabotaje por omisión.

A tenor de todas estas circunstancias narradas, los alumnos transitaban por ámbitos de sumisión, no se planteaban la situación sociopolítica en la que vivían ni estaban para analizar premisas de libertad, ni opinar abiertamente. El miedo aparecía, pues, como mecanismo de regulación de la tarea docente. Y lo peor estaba en las denuncias de los compañeros o de los directores de departamento que a veces insistían en ver enseñanza de marxismo hasta en el aire. Todo ello tenía lugar bajo una ambientación en la que enseñar historia de la URSS y del bloque comunista en plena Guerra Fría era una verdadera odisea. Y entre bambalinas, el Ministerio de Educación controlando la pureza educativa de la que también participaban algunas autoridades académicas, mientras la mayoría de los docentes, al igual que una buena parte de la sociedad civil, miraba para otro lado. Claro que, cualquier seria oposición a la dictadura terminaba con la desaparición del opositor. Y es que, como narran Jorge Saborido y Luciano de Privitellio⁶⁸, los militares estaban convencidos de que era necesario iniciar la educación occidental y cristiana en las mentes menos estructuradas de los niños y adolescentes, y apoyada por la presencia de un cuerpo de funcionarios activo y experimentado, que a su vez tenían el control de una trama institucional de rango ministerial. Y es que la educación fue blanco de una actividad intensa por parte del régimen. De hecho, utilizando el lenguaje y los métodos de la guerra, los responsables del ministerio llamaron a esta ofensiva “Operación Claridad”.

En 1977, los directivos de los colegios recibieron un folleto para ser difundido entre los maestros y profesores de enseñanzas medias, elaborado por el Ministerio de Educación y Justicia, titulado *Subversión en el ámbito educativo, conozcamos a nuestro enemigo*, entre sus objetivos aseguraba que “si este folleto contribuye para que los docentes conozcan mejor a los enemigos de la Nación y para que las generaciones venideras puedan decir de los educadores de hoy que cumplieron con su deber, se habría logrado con creces su propósito”, y luego afirmaba: “El accionar subversivo se desarrolla a través de maestros ideológicamente captados que inciden sobre las mentes de los pequeños alumnos, fomentando el desarrollo de ideas o conductas rebeldes, aptas para la acción que se desarrollará en niveles superiores [...] La comunicación se realiza en forma directa, a través de charlas informales y mediante la lectura y comentario de cuentos tendenciosos editados para tal fin. En este sentido se ha advertido en los últimos tiempos una notoria ofensiva marxista en el área de la literatura infantil”. Y para contrarrestar estas desviaciones de moral ideológica oficial, la junta militar fomentó el juego y el visionado del fútbol, y por ello, la celebración del Mundial de junio de 1978 se vendió como un éxito nacional apoteósico que sirvió, además, para tapar y desviar la atención del pueblo.

En verdad, la ideología nacionalista fue llevada al deporte rey durante el Mundial de Fútbol. El seleccionador nacional, César Luis Menotti, agradeció al almirante Massera el “respaldo moral invaluable” brindado al equipo. La idea de que el fútbol estaba conectado al nacionalismo promovido por la junta militar fue

⁶⁸ Saborido, Jorge y Privitellio, Luciano de, *Breve historia de la Argentina*, Alianza, Madrid, 2006, pp. 438-440.

ampliamente compartida durante el evento. Ernesto Sábato expresó en 1978 que Argentina, con el Mundial, se demostró a sí misma y a los extranjeros su verdadero carácter nacional. Llegó a decir: “Este hecho me emocionó [...] Me conmueve la reserva de pasión nacional que hay en nuestro pueblo”. El Mundial de Fútbol de 1978 constituyó uno de los momentos en los cuales la dictadura y su proceso de paz lograron un apoyo popular masivo. El gaucho, bajo estas premisas, se convierte en la mascota del evento deportivo que defendía a la nación de la contaminación de la subversión internacional. De esta forma, la victoria obtenida era la fiesta de todos los argentinos. Era un triunfo colectivo, una heroicidad de todo el pueblo-nación. La única voz discordante la encontramos en el escritor Jorge Luis Borges, quien llegó a afirmar, llevándose por ello una catarata de enfados e improperios:

“No es posible que un país se sienta representado por los jugadores de fútbol. Es como si nos representaran los dentistas. La Argentina tiene dos cosas que ningún país del mundo posee: la milonga y el dulce de leche ¿Qué más identidad pretenden?”

Claro que, dos años antes, en 1976, este escritor, junto a Ernesto Sábato y Leonardo Castellani, quedaron con Rafael Videla para comer raviolis y ensalada de frutas. A los postres tomaron whisky y jerez, y Borges comentó luego a la prensa⁶⁹:

“Le agradecí personalmente [a Rafael Videla] el golpe del 24 de marzo que salvó al país de la ignominia y le manifesté mi simpatía por haber enfrentado las responsabilidades de gobierno”.

Ernesto Sábato, uno de los principales luchadores contra el Proceso, declaró (en referencia al golpe de Estado de Chile bajo Pinochet):

“preferir la espada, la clara espada, a la furtiva dinamita, y lo digo sabiendo muy claramente, muy precisamente lo que digo. Pues bien, mi país está emergiendo de la ciénaga, creo, con felicidad. Creo que merecemos salir de la ciénaga en que estuvimos. Ya estamos saliendo, por obra de las espadas, precisamente. Y aquí tenemos: Chile, esa región, esa patria, que es a la vez una larga patria y una honrosa espada”⁷⁰.

Creemos que tales afirmaciones incidieron, al menos inicialmente, en la acogida popular que tuvo la dictadura también en el ámbito de las letras, las artes, la cultura, en suma. Y eso pese a que, en fecha tan temprana como el 29 de abril de 1976, el que más tarde sería general, Eduardo Gorleri, ordenó en Córdoba una espectacular quema de libros, precedida de este discurso: “Se toma esta resolución para que con este material se evite continuar engañando a nuestra juventud sobre el verdadero bien que representan nuestros símbolos nacionales, nuestra familia, nuestra Iglesia, nuestro más tradicional acervo sintetizado en Dios, Patria y Hogar”. Por

⁶⁹ De este evento, aparentemente lúdico, se hicieron eco los principales diarios del país, como *La Nación*, *La Razón* y *Clarín*.

⁷⁰ Cfr. Federico Finchelstein. *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2008, p. 184.

el contrario, se recomendaba la lectura de autores católicos y nacionalistas, como el padre Meinville y Jordan Bruno Genta, entre otros.

La propia literatura infantil también fue objetivo de la “Operación Claridad”. Se reunió información sobre una multitud de títulos para luego proceder a la prohibición de aquellos en los que los censores reconocían fines subversivos. Como ejemplo de la enorme variedad de cuentos infantiles que, al parecer, atentaban contra las bases intelectuales de Occidente, puede mencionarse el caso de *Un elefante ocupa mucho espacio*, de Elsa Bornemann, cuyo texto fue prohibido por incluir en su narración una huelga de animales. Más pintoresca aún fue la incorporación al índice de la obra *La cuba electrolítica*, detrás de la cual un perspicaz censor castrense intuyó la presencia temible del mismísimo Fidel Castro. Y es que “los regímenes autoritarios han utilizado la propaganda con el fin de controlar a la sociedad y de preservar el poder. Los militares argentinos, en opinión de Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Á. Pérez Sánchez, eran conscientes de que para mantener sus prerrogativas no bastaba con la coacción, la persecución y la extensión del terror organizado. Para ser aceptado socialmente, el ejercicio cotidiano del poder requería una práctica propagandística capaz de crear un mundo de ficción, una red discursiva dentro de la cual el ciudadano se sintiera seguro, convencido de que fuera del régimen no había nada excepto confusión y enemigos. Y de ahí que, para labrar el futuro, había que comenzar por convencer a los más pequeños.”⁷¹

En el ámbito cinematográfico, Santiago García, interventor del Instituto Nacional de Cinematografía, insistía en apoyar desde 1976 todas las películas que exaltasen valores espirituales cristianos, morales o históricos, o vinculados a la nacionalidad argentina. O aquellos otros que reafirmasen conceptos como la familia, el respeto, el trabajo, el esfuerzo fecundo y la responsabilidad social, y siempre había que crear una visión optimista sobre el futuro.

En la película *Brigada en acción* (1977), del realizador Ramón “Palito” Ortega, se siguen estas consignas, dando a entender que quien olvidaba su religión católica olvidaba las condiciones innatas de la nacionalidad argentina. En *¡Qué linda es mi familia!*, Ortega hace de hijo adoptivo y expulsa al padre biológico cuando éste viene a reclamarlo por no ser portador de estos valores clásicos y nacionalistas. En el cine de la dictadura no hay transacciones con la vida cotidiana y la realidad ideológica de los campos de concentración se reproduce en la narrativa fílmica, como sostiene el profesor Finchelstein. Ortega, quien en democracia fue gobernador peronista de la provincia de Tucumán, se convirtió en uno de los mayores propagandistas de la dictadura.

A pesar de su ausencia de los espacios públicos, la cultura siguió sus pasos. En parte, en el exilio, fuera del alcance de las garras de la dictadura, especialmente en México, España, Francia y los Estados Unidos. En la Argentina continuó su camino en institutos privados o simplemente en algunos hogares. Centros como CEDES (Centro para el Estudio del Estado y la Sociedad) albergaron a economistas, sociólogos, politólogos, historiadores y críticos literarios que siguieron estudiando e investigando

⁷¹ Entrevista realizada a los profesores Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Á. Pérez Sánchez en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, el 30 de mayo de 2008.

alejados de las universidades en donde se les prohibía trabajar. Algunos lo hicieron alrededor de revistas, como *Punto de Vista*, dirigida por Beatriz Sarlo. Estos grupos - tanto los de exiliados como los que permanecieron en el país- fueron quienes hicieron frente a la reconstrucción de las entidades educativas universitarias después de 1983.

Hubo universidades privadas que alojaron a destacados investigadores, aunque otras no dudaron en celebrar el régimen y conceder los mayores honores a los dictadores, como sucedió con la Universidad del Salvador, que nombró doctor honoris causa al mismísimo almirante Massera.

A partir de 1979 y de forma más evidente en 1980, la censura militar se relajó a medida que el propio régimen iba perdiendo su impulso. Así, comenzaron a aparecer las críticas, primero veladas y, a medida que pasaron los meses, cada vez más abiertas. En la propia televisión, el genial humorista político Tato Bores lanzaba sus dardos cada vez más duros y certeros. La aparición de la revista *Humor* en 1978 fue otra destacada novedad: primero mediante la burla y luego en forma directa sus ataques contra el régimen la convirtieron en una de las más leídas. En 1981 la revista *El Porteño* siguió ese camino, aunque en un tono más serio; también la radio comenzó a recorrer la senda de la crítica, como sucedió por ejemplo con el programa de la periodista Magdalena Ruiz Guinazú. Algunas formas de crítica más o menos veladas se sucedieron en otras ramas artísticas: en 1980 apareció *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia, una de las novelas argentinas más celebradas de los últimos tiempos, en la cual se despliega un sutil ataque contra el régimen militar. Para la juventud, los conciertos de música pop o de rock (también de cantautores) se convirtieron en un espacio para la protesta, y la Guerra de Malvinas, con la efímera aparición de un nacionalismo enfervorizado, dio pie para que las emergentes figuras del rock autóctono salieran del espacio reducido de los grupos de iniciados a las radios y la televisión y su obra - cantada en español y con arreglos musicales hechos por creadores argentinos- fuera difundida por los medios de comunicación⁷².

Modelo ideológico y racismo

Podemos considerar que la dictadura militar fue nacionalista en algunos de sus aspectos ideológicos y fascista clásica en otros. El llamado Proceso tenía también elementos identitarios de las dictaduras latinoamericanas tradicionales de la década de los años sesenta del siglo XX. No cabe duda de que el Proceso tuvo una amplia base de apoyo civil, con la ejecución del propio golpe de Estado, pero en 1978 con el triunfo argentino en el Mundial de Fútbol la apoteosis fue total. Y también se registró un seguimiento masivo en 1982, con la Guerra de Las Malvinas. Como sostiene Federico Finchelstein, en ambos momentos históricos, la dictadura militar gozó de tanto sustento como Perón en sus etapas de mayor gloria.

Los uniformados que asumen el poder por la fuerza en 1976, se veían legitimados para enderezar el rumbo tradicional de la patria que corría riesgo de ser destruido por la amenaza comunista o subversiva, tal y como ellos sustentaban. Como sostenía la proclama golpista, firmada por los jefes de la junta militar:

⁷² Véase Saitta, Sylvia, "Del compromiso político a la crítica social en treinta años de literatura argentina", en Saborido, Jorge (coord.), "Historia reciente de la Argentina (1975-2007)2, *Ayer*, nº 73, Madrid, 2009, pp.133-157.

Las Fuerzas Armadas han asumido el control de la República. Quiera el país todo comprender el sentido profundo e inequívoco de esta actitud, para que la responsabilidad y el esfuerzo colectivo acompañen esta empresa que, persiguiendo el bien común, alcanzará -con la ayuda de Dios- la plena recuperación nacional.⁷³

Hay una clara identidad con un cierto mesianismo, como si los militares hubiesen recibido el encargo divino de corregir el rumbo de la historia y de la iglesia argentinas. La dictadura representaba el bien público, el orden, la moral, la religión, valores que las víctimas - cuyo poder real de subversión los uniformados sobrevaloraron en alto grado- pretendían destruir, pues buscaban la instauración de una sociedad comunista. Como sostuvo Roberto Viola, en 1977, los subversivos buscaban la modificación total de las estructuras políticas, sociales y económicas de la nación argentina, de acuerdo con su concepción materialista, atea y totalitaria. Muchos tendrían que morir, profetizaba Videla en 1975, para que la nación encontrase la paz⁷⁴. La noción de que los actos criminales de represión y asesinato constituían en realidad una “guerra santa”, tenían mucho que ver con el concepto de purificación del espíritu del pueblo argentino. El arzobispo de Paraná, Victorio Bonamin, apoyaba los asesinatos animando al ejército a expiar las impurezas del país (sic). Monseñor Adolfo Tortolo justificaba la tortura, excepto la picana eléctrica con el fin de “ahorrar electricidad”. A este respecto, el testimonio de Ernesto Reynaldo Saman⁷⁵ es clave:

“Recuerdo que durante mi permanencia en la penitenciaría -penal de Villa Gorriti-Jujuy- el obispo de Jujuy, Monseñor Medina, ofreció una misa y en el sermón nos expresó que conocía lo que estaba pasando, pero que todo eso ocurría en bien de la Patria, y que los militares estaban obrando bien y que debíamos comunicar todo lo que sabíamos para lo cual él se ofrecía a recibir confesiones”.

El discurso no puede ser más claro y explícito. Tanto como el del almirante Massera cuando, en 1979, declaraba:

“Nosotros cuando actuamos como poder político seguimos siendo católicos, los sacerdotes católicos cuando actúan como poder espiritual siguen siendo ciudadanos [...] Sin embargo, como todos obramos a partir del amor, que es el sustento de nuestra religión, no tenemos problemas y las relaciones son óptimas, tal como corresponde a cristianos”⁷⁶.

La idea nacionalista que los militares tenían como enviados de Dios en la tierra era escenificada continuamente. Otro aspecto inherente a la metodología mortífera de las diferentes juntas militares tiene que ver con la necesidad de crear un país homogéneo desde el punto de vista étnico. Baste una muestra: en 1978, el general Albano Harguindegny animaba a continuar la inmigración europea para “seguir siendo

⁷³ Cfr. Federico Finchelstein. *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2008, p. 153.

⁷⁴ *Idem*, p. 155.

⁷⁵ CONADEP. Leg. 4841.

⁷⁶ Cfr. Federico Finchelstein. *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2008, p. 62.

uno de los tres países más blancos del mundo”. No en vano, en los campos de concentración, el racismo fue uno de los elementos centrales. Así, el prisionero Sergio Starik, narra que a un preso con el que compartió cautiverio le pegaban más que al resto, diciéndole que hacían tal cosa porque era negro y le gritaban “negro de mierda”⁷⁷.

Como sustenta el profesor Finchelstein, la relación directa entre lo escatológico, la sexualidad y la imagen del enemigo era central en la concepción del enemigo judío. La familia Dyszel publicó, en 1984, un anuncio en los periódicos sobre su hijo desaparecido y recibió la siguiente respuesta: “Judío, hijo de puta, yo no soy uno de los que mató al mierda de tu hijo, y a la puta de su nuera. Son dos judíos sionistas menos en el mundo. ¡Si vos supieras dónde los enterramos! Te morirías, judío puto”. Es duro, muy duro este testimonio de racismo en estado puro. La parte final del mismo adquiere doble maldad porque -tal y como ya hemos comentado- para la familia de los desaparecidos tener el cadáver de su ser querido aliviaba el trauma de su muerte de forma especial, porque al menos tenía la certeza de que su descendiente no estaba en este mundo y podía disponer de un lugar adecuado donde rezarle o visitarle, según el caso. Por eso, el anónimo malvado insiste en dar a entender un lugar de enterramiento lejano a esta dignidad a la que acabamos de referir.

Los judíos, en tiempos de la dictadura, representaban menos del uno por ciento de la población argentina del momento, y sin embargo, el diez por ciento de los desaparecidos fueron hebreos. Nora Strejvelich, ciudadana argentina judía, oyó reiteradamente a sus torturadores decir que el problema de la subversión era el que más les preocupaba. A los judíos se les castigaba por el hecho de tales, y se afirmaba de forma reiterada que la subversión la financiaba la DAIA (Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas) y, cómo no, el sionismo internacional. Contra los seguidores de la estrella de David se aplicaba todo tipo de torturas pero especialmente una bien sádica que se hacía llamar el “rectoscopio” y que consistía en un tubo que se introducía en el ano de la víctima o en la vagina, según el caso, y dentro del tubo se colocaba una rata hambrienta que buscaba una salida mordiendo los órganos internos de la víctima⁷⁸. En numerosas ocasiones les hacían gritar ¡Heil Hitler!, o desfilar ante su retrato de forma reverencial, o se les obligaba a leer sus discursos o a recitarlos. A los prisioneros judíos se les pintaban bigotes al estilo hitleriano o se les hacía comportarse como si fueran perros. El sargento de policía Julián Simón (“Turco Julián”) cada vez que ejecutaba a un hebreo decía que trabajaba para la AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina). El recuerdo de Auschwitz y la admiración por el holocausto hebreo perpetrado por el nacional-socialismo alemán estaba presente en los campos de concentración argentinos. La lucha antisionista se presentaba como un ideal patriota pero también con connotaciones religiosas. Al igual que en la Alemania hitleriana, los torturadores creían estar construyendo una página gloriosa de la historia nacional. Para el general Cristino Nicolaidis, se estaba asistiendo “al capítulo más importante de la historia argentina”. No en vano, la cúpula militar se había creído la invención surrealista del llamado “Plan Andina”, según la cual existía un plan judío para ocupar Patagonia. Para

⁷⁷ Cfr. Federico Finchelstein. *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2008, p. 168.

⁷⁸ Esta tortura ya había sido utilizada en la Guerra de Vietnam.

la jerarquía católica, estos hechos no tuvieron la consideración cristiana que se hubiese esperado de este dogma espiritual. Así que el cardenal Juan Carlos Aramburu, arzobispo de Buenos Aires entre 1975 y 1990, declaró (en 1982) al diario italiano *Il Messaggero*: “En la Argentina no hay fosas comunes y a cada cadáver le corresponde un ataúd. Todo se registró regularmente en los correspondientes libros. Las tumbas comunes son de gente que murió sin que las autoridades consiguieran identificarlas. ¿Desaparecidos? No hay que confundir las cosas. Usted sabe que hay desaparecidos que hoy viven tranquilamente en Europa”.

Sólo cuatro prelados de los más de ochenta miembros de la Conferencia Episcopal Argentina adoptaron una posición de denuncia pública de la represión ilegal. Había triunfado en la clerecía de aquel país la defensa de los propios valores del catolicismo local y la propia supervivencia material de la iglesia nacional junto a una acérrima defensa frente al comunismo. El integrista y la ideología del nacional-catolicismo se impusieron. Porque la dictadura no fue ajena a la sociedad que la engendró. Y eso pese a que, después de 1983, un coro unánime de ciudadanos argentinos condenó al demonio llamado Proceso, que había usurpado los derechos de una sociedad que aparecía ahora como víctima inocente. Pero este demonio había nacido de las mismas entrañas societarias que entonces se pretendían sepultar.

BIBLIOGRAFÍA

- Azcona Pastor, José Manuel, *Historia del Mundo Actual (1945-2005)*, Universitas, Madrid, 2005.
- Calloni, S. en su libro *Operación Cóndor: pacto criminal*, Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- Castillo Campo, María Teresa. *Ocho años de dictadura militar en Argentina*, bajo la dirección de José Manuel Azcona, o/m, Madrid, 2006.
- CONADEP, *Nunca Más*, Buenos Aires, 1984.
- Cruz Esquivel, Juan, “Estado e Iglesia católica en la Argentina reciente”, en Saborido, Jorge, *Historia reciente de la Argentina (1975-2007)*, revista *Ayer*, nº 73, Madrid, 2009.
- Cuya, E; “La Operación Cóndor: el terrorismo de Estado de alcance transnacional” en *Memoria*, nº 5, 1993, Nuremberg, Alemania.
- Finchelstein, Federico, *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2008.
- Dingers, John, “Operación Cóndor: el plan que se volvió contra Pinochet y sus aliados” en *Siete Más 7*, Santiago, Chile, 2004.
- Dingers, John, *The Condor Years*, The News Press, Nueva York, 2004
- Luna, Félix, *Perón y su tiempo, tiempo, III, El régimen exhausto, 1953-1955*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1986.

María Lozada, S; Viaggio, J; Zamorano, C; Barcesar, E. *Inseguridad y desnacionalización. La doctrina de la seguridad nacional*, Liga Argentina por los Derechos del Hombre, Buenos Aires, julio de 1985.

Muleiro, Vicente y Seoane, María, *El dictador, la historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001.

Perea, Jorge Alberto, *Silencios y miedos*, <http://www.monografias.com/trabajos23/silencios-y-miedos/silencios-y-miedos.shtml>, consultado el 26-09-2011.

Prados de la Escosura, L. y Saz-Villaroya, I. *Institutional instability and growth in Argentina: a long-run view*. Working Paper 04-67, December 2004, Departamento de Historia Económica e Instituciones, Universidad Carlos III de Madrid.

Robin, Marie Monique, *Escuadrones de la Muerte. La Escuela francesa*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2005.

Robin, Marie Monique, “La escuela francesa”, en *Lote*, nº 88, Santa Fe, 2004.

Rock, David, *Argentina, 1516-1988*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

Saborido, Jorge, “Crisis y dilema en la economía argentina”, en Saborido, Jorge (coord.), “Historia reciente de la Argentina (1975-2007)”, *Ayer*, nº 73, Madrid, 2009.

Saborido, Jorge y Privitellio, Luciano de, *Breve historia de la Argentina*, Alianza, Madrid, 2006.

Saitta, Sylvia, “Del compromiso político a la crítica social en treinta años de literatura argentina”, en Saborido, Jorge (coord.), “Historia reciente de la Argentina (1975-2007)”, *Ayer*, nº 73, Madrid, 2009.

ENTREVISTAS

Pablo Francescutti, en la Universidad Rey Juan Carlos, Campus de Fuenlabrada-Madrid, 10 de octubre de 2007.

Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo A. Pérez Sánchez, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, 30 de mayo de 2008.

Martín Ospitaletche, Montevideo, 1 de octubre de 1989.

Nicolás Sisinni, realizada en Madrid, el 22 de enero de 2008.

PERIÓDICOS

Claridades

Clarín



El Correo

El Mundo

El País

El sol. Diario de Catamarca

Folha de Sao Paulo

La Nación

La Razón

La Semana

Le Point

Página 12

Sábado

The New York Times

Colección de Documentos de Trabajo del IELAT

DT 1: Jaime E. Rodríguez O., *México, Estados Unidos y los Países Hispanoamericanos. Una visión comparativa de la independencia*. Mayo 2008.

DT 2: Ramón Casilda Béjar, *Remesas y Bancarización en Iberoamérica*. Octubre 2008.

DT 3: Fernando Groisman, *Segregación residencial socioeconómica en Argentina durante la recuperación económica (2002 – 2007)*. F. Abril 2009

DT 4: Eli Diniz, *El post-consenso de Washington: globalización, estado y gobernabilidad reexaminados*. Junio 2009.

DT 5: Leopoldo Laborda Catillo, Justo de Jorge Moreno y Elio Rafael De Zuani, *Externalidades dinámicas y crecimiento endógeno. Análisis de la flexibilidad de la empresa industrial español*. Julio 2009

DT 6: Pablo de San Román, *Conflicto político y reforma estructural: la experiencia del desarrollismo en Argentina durante la presidencia de Frondizi (1958 - 1962)*. Septiembre 2009

DT 7: José L. Machinea, *La crisis financiera y su impacto en America Latina*. Octubre 2009.

DT 8: Arnulfo R. Gómez, *Las relaciones económicas México- España (1977-2008)*. Noviembre 2009.

DT 9: José Lázaro, *Las relaciones económicas Cuba- España (1990-2008)*. Diciembre 2009.

DT 10: Pablo Gerchunoff, *Circulando en el laberinto: la economía argentina entre la depresión y la guerra (1929-1939)*. Enero 2010.

DT 11: Jaime Aristy-Escuder, *Impacto de la inmigración haitiana sobre el mercado laboral y las finanzas públicas de la República Dominicana*. Febrero 2010.

DT 12: Eva Sanz Jara, *La crisis del indigenismo mexicano: antropólogos críticos y asociaciones indígenas (1968 - 1994)*. Marzo 2010.

DT 13: Joaquín Varela, *El constitucionalismo español en su contexto comparado*. Abril 2010.

DT 14: Justo de Jorge Moreno, Leopoldo Laborda y Daniel Sotelsek, *Productivity growth and international openness: Evidence from Latin American countries 1980-2006*. Mayo 2010.

DT 15: José Luis Machinea y Guido Zack, *Progresos y falencias de América Latina en los años previos a la crisis*. Junio 2010.

DT 16: Inmaculada Simón Ruiz, *Apuntes sobre historiografía y técnicas de investigación en la historia ambiental mexicana*. Julio 2010.

DT 17: Julián Isaías Rodríguez, Belín Vázquez y Ligia Berbesi de Salazar, *Independencia y formación del Estado en Venezuela*. Agosto 2010.

DT 18: Juan Pablo Arroyo Ortiz, *El presidencialismo autoritario y el partido de Estado en la transición a la economía de libre mercado*. Septiembre 2010.

DT 19: Lorena Vásquez González, *Asociacionismo en América Latina. Una Aproximación*. Octubre 2010.

DT 20: Magdalena Díaz Hernández, *Anversos y reversos: Estados Unidos y México, fronteras socio-culturales en La Democracia en América de Alexis de Tocqueville*. Noviembre de 2010.

DT 21: Antonio Ruiz Caballero, *¡Abre los ojos, pueblo americano! La música hacia el fin del orden colonial en Nueva España*. Diciembre de 2010.

DT 22: Klaus Schmidt- Hebbel, *Macroeconomic Regimes, Policies, and Outcomes in the World*. Enero de 2011

DT 23: Susanne Gratius, Günther Maihold y Álvaro Aguillo Fidalgo. *Alcances, límites y retos de la diplomacia de Cumbres europeo-latinoamericanas*. Febrero de 2011.

DT 24: Daniel Díaz- Fuentes y Julio Revuelta, *Crecimiento, gasto público y Estado de Bienestar en América Latina durante el último medio siglo*. Marzo de 2011.

DT 25: Vanesa Ubeira Salim, *El potencial argentino para la producción de biodiésel a partir de soja y su impacto en el bienestar social*. Abril de 2011.

DT 26: Hernán Núñez Rocha, *La solución de diferencias en el seno de la OMC en materia de propiedad intelectual*. Mayo de 2011.

DT 27: Itxaso Arias Arana, Jhonny Peralta Espinosa y Juan Carlos Lago, *La intrahistoria de las comunidades indígenas de Chiapas a través de los relatos de la experiencia en el marco de los procesos migratorios*. Junio 2011.

DT 28: Angélica Becerra, Mercedes Burguillo, Concepción Carrasco, Alicia Gil, Lorena Vásquez y Guido Zack, *Seminario Migraciones y Fronteras*. Julio 2011.

DT 29: Pablo Rubio Apiolaza, *Régimen autoritario y derecha civil: El caso de Chile, 1973-1983*. Agosto 2011.

DT 30: Diego Azqueta, Carlos A. Melo y Alejandro Yáñez, *Clean Development Mechanism Projects in Latin America: Beyond reducing CO2 (e) emissions. A case study in Chile*. Septiembre 2011.

DT 31: Pablo de San Román, *Los militares y la idea de progreso: la utopía modernizadora de la revolución argentina (1966-1971)*. Octubre 2011.

DT 32: José Manuel Azcona, *Metodología estructural militar de la represión en la argentina de la dictadura (1973-1983)*. Noviembre 2011.



Todas las publicaciones están disponibles en la página Web del Instituto: www.ielat.es

© Instituto de Estudios Latinoamericanos (IELAT)

Los documentos de trabajo que IELAT desarrolla contienen información analítica sobre distintos temas y son elaborados por diferentes miembros del Instituto u otros profesionales colaboradores del mismo. Cada uno de ellos ha sido seleccionado y editado por el IELAT tras ser aprobado por la Comisión Académica correspondiente.

Desde el IELAT animamos a que estos documentos se utilicen y distribuyan con fines académicos indicando siempre la fuente. La información e interpretación contenida en los documentos son de exclusiva responsabilidad del autor y no necesariamente reflejan las opiniones del IELAT.

Instituto de Estudios Latinoamericanos
Colegio de Trinitarios
C/Trinidad 1 – 28801
Alcalá de Henares (Madrid)
España
34 – 91 885 2579
ielat@uah.es
www.ielat.es

P.V.P.: 20 €

Con la colaboración de:

